A 040 (a) / 231
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

C. 24.

Inv HO
№ 231
221

EL PRÍNCIPE DE ABISINIA

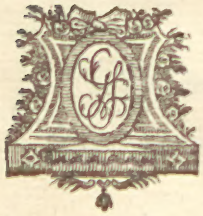
NOVELA

TRADUCIDA DEL INGLES

POR

DOÑA INES JOYES Y BLAKE.

VA INSERTA Á CONTINUACION
UNA APOLOGÍA DE LAS MUGERES EN CARTA
ORIGINAL DE LA TRADUCTORA
A SUS HIJAS.



MADRID
EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
AÑO DE MDCCXCVIII.

Á LA EX.MA SEÑORA

D. MARÍA JOSEFA PIMENTEL,

DUQUESA DE OSUNA, CONDESA DE BENAVENTE, &c. &c. &c.

Ofrece esta leve demostracion de obsequioso afecto

Su mas atenta y apasionada servidora

Ines Joyes.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA INGLESA.

CAP. I. *Descripcion de un Palacio en un valle.* 1

CAP. II. *Descontento de Raselas en el valle feliz.* 5

CAP. III. *Las necesidades del que de nada carece.* 9

CAP. IV. *Empieza el Príncipe á meditar y angustiarse.* 12

CAP. V. *Medita el Príncipe su fuga.* 17

CAP. VI. *Disertacion sobre el arte de volar.* 19

CAP. VII. *Encuentra el Príncipe un hombre científico.* 24

CAP. VIII. *Historia de Imlac.* 26

CAP. IX. *Prosigue la historia de Imlac.* 31

CAP. X. *Sigue la historia de Imlac, y una disertacion sobre la Poesía.* 35

CAP. XI. *Prosigue la narracion de Imlac, y se toca algo de peregrinaciones.* 39

CAP. XII. *Prosigue la historia de Imlac.* 44

CAP. XIII. *Descubre Raselas los medios de hacer su fuga.* 50

CAP. XIV. *Reciben el Príncipe é Imlac una inesperada visita.* 53

CAP. XV. *El Príncipe y la Princesa salen del valle y ven muchas maravillas.* 55
CAP. XVI. *Entran en el Cayro, y todos les parecen felices.* 58
CAP. XVII. *Se junta el Príncipe con jóvenes alegres y determinados.* 63
CAP. XVIII. *El Príncipe encuentra con un hombre sabio y feliz.* 65
CAP. XIX. *Breve idea de la vida pastoril.* 69
CAP. XX. *Peligros de la prosperidad.* 71
CAP. XXI. *La felicidad del retiro. Historia del Ermitaño.* 73
CAP. XXII. *Felicidad del que vive conforme á la naturaleza.* 77
CAP. XXIII. *El Príncipe y su hermana reparten entre sí el trabajo de sus observaciones.* 81
CAP. XXIV. *Exámina el Príncipe la felicidad de los estados elevados.* 82
CAP. XXV. *Prosigue la Princesa sus investigaciones con ménos éxito que diligencia.* 84
CAP. XXVI. *Prosigue la Princesa sus observaciones en la vida privada.* 87
CAP. XXVII. *Argumentos sobre la grandeza.* 91
CAP. XXVIII. *Raselas y Nehayah prosiguen su conversacion.* 94
CAP. XXIX. *Prosigue la disputa sobre el matrimonio.* 98

CAP. XXX. *Imlac entra y se muda la conversacion.* 104
CAP. XXXI. *Van á visitar las pirámides.* 108
CAP. XXXII. *Entran en la pirámide.* 111
CAP. XXXIII. *Afligese la Princesa con una desgracia inesperada.* 113
CAP. XXXIV. *Se vuelven al Cayro sin Pehuah.* 115
CAP. XXXV. *La Princesa se consume por la falta de Pehuah.* 119
CAP. XXXVI. *Aun es recordada Pehuah, y progresos de la tristeza.* 124
CAP. XXXVII. *Adquiere la Princesa noticias de Pehuah.* 126
CAP. XXXVIII. *Aventuras de la Señora Pehuah.* 128
CAP. XXXIX. *Prosiguen las aventuras de Pehuah.* 134
CAP. XL. *La historia de un hombre de estudios.* 141
CAP. XLI. *Descubre el Astrónomo la causa de su fatiga.* 144
CAP. XLII. *Se explica la opinion del Astrónomo y se justifica.* 146
CAP. XLIII. *Da el Astrónomo á Imlac sus instrucciones.* 148
CAP. XLIV. *El peligroso dominio de la imaginacion.* 150
CAP. XLV. *Tienen conversacion con un viejo.* 154

CAP. XLVI. *Visitan la Princesa y Pehuah al Astrónomo.* 158
CAP. XLVII. *Entra el Príncipe, é introduce nuevo asunto.* 165
CAP. XLVIII. *Discurso de Imlac sobre las Momias.* 169
CAP. XLIX. *La conclusion en que nada se concluye.* 171

HISTORIA DE RASELAS,

PRÍNCIPE DE ABISINIA.

HISTORIA DE RASELAS,

PRÍNCIPE DE ABISINIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Descripcion de un Palacio en un valle.

Vosotros que escuchais con credulidad las voces de la imaginacion, y perseguis con ansia las fantasmas de la esperanza, confiados en que la edad cumplirá las promesas de la juventud, y que los yerros de hoy se suplirán mañana; atended á la historia del Príncipe de Abisinia.

Raselas era el hijo quarto del Grande Emperador, en cuyos dominios, empieza su curso el padre de las aguas, cuya bondad derrama arroyos de abundancia, y esparce por la mitad del mundo las cosechas de Egipto.

Segun la costumbre seguida de siglo en siglo entre los Monarcas de la Tórrida Zona, estaba Raselas encerrado en un Palacio secreto, con los demas hijos é hijas de la Real estirpe Abisina, entretanto que el órden de sucesion lo llamase al trono.

El parage que la sabiduría ó política de la antigüedad habia destinado para residencia de los Príncipes Abisinos, era un valle espacioso en el reyno de Amhara, rodeado por todas partes de altas montañas. La única entrada que tenia era por una abertura hecha debaxo de un peñasco, siendo disputable si fué obra de la naturaleza ó de la humana industria. La salida de esta caverna la ocultaba un espeso bosque, y la entrada al valle estaba cerrada con puertas de hierro, labradas por artífices de la antigüedad, y tan macizas, que ningun hombre podia sin el auxîlio de máquinas abrirlas ó cerrarlas.

Desde las montañas caian por todos lados arroyuelos de agua, que fertilizaban y llenaban el valle de verdor, haciendo en medio una laguna cuyos sobrantes formaban un riachuelo que se precipitaba por una obscura abertura en la montaña del norte, cayendo con estrepitoso y horroroso ruido de precipicio en precipicio hasta perderse de vista.

Los lados de las montañas estaban cubiertos de árboles, y las orillas de los arroyos adornadas con variedad de flores. Cada vientecillo sacudia desde los peñascos al valle finos y olorosos aromas, y cada mes caian al suelo nuevas y sazonadas frutas. Todos los animales que pacen la yerba y roen las matas, ya mansos, ya silvestres, andaban por aquel extendido cerco, libres del peligro de las

fieras por la altura y aspereza de las montañas que impedian su entrada. Por una parte se veian manadas de ganados pastando, y por otra, todo género de animales de montería retozando por las llanuras. El alegre cabritillo saltaba por las peñas: el sutil mono jugueteaba entre los árboles, y el grave elefante reposaba en la sombra. Todas las variedades del mundo, y toda la hermosura de la naturaleza se habian reunido en aquel sitio, y habian excluido de allí todos los males.

El valle, grande y fértil, suministraba con abundancia todo lo necesario para la vida, y todo lo deleitable y superfluo se añadia anualmente en una visita que hacia el Emperador á sus hijos quando, al son de una gran música, se abrian las puertas de hierro, y durante el término de ocho dias, todo el que residia en el valle era preguntado qué deseaba para hacer mas agradable su retiro, entretener su atencion, y aminorar el tedio del tiempo. Todo deseo se lograba sin dilacion, y todos los artífices del placer eran llamados para alegrar la festividad. Los músicos se esmeraban en que brillase el poder de la armonía, los baylarines esforzaban su ligereza delante de los Príncipes, con la esperanza de pasar su vida en aquel feliz cautiverio, al que solo eran admitidos aquellos cuyas habilidades parecian capaces de realzar el luxo con la novedad. Tales eran las apariencias

de seguridad y deleyte que ostentaba aquel retiro, que los que nunca le habian visto deseaban que fuese perpétuo; y como aquellos, para quienes una vez se cerraban las puertas de hierro, nunca tenian permiso de salir, no se podian saber los efectos de la experiencia. De esta suerte producia cada año nuevos proyectos de placer, y nuevos competidores para el encierro.

El Palacio estaba situado en una eminencia, como treinta pasos mas alto que la superficie del lago, y dividido en varios quadros ó patios edificados con mas ó ménos magnificencia segun la dignidad de los sugetos para quienes se destinaban. Las techumbres eran arcos de piedras macizas, unidas con un betun que se endurecia con el tiempo, y el edificio se sostenia de siglo en siglo, despreciando las lluvias del solsticio, y los uracanes del equinoccio sin necesitar de reparos.

Era tan grande esta casa, que solo la conocian toda algunos Oficiales antiguos que se iban sucediendo en los secretos de aquel Palacio, que habia sido fabricado por un plan al parecer formado por los mas profundos recelos. Cada pieza tenia su entrada natural, y otra secreta; y cada quadro se comunicaba con los demas, ya por los quartos altos, ya por galerías ocultas, ó ya por pasages subterráneos. Muchas de las columnas tenian cavidades desconocidas, en las que una dilatada se-

rie de Monarcas habian depositado sus tesoros. Estaban tapadas con mármoles sus aberturas, y no se tocaban sino en las mayores urgencias del Reyno, llevando cuenta de estas riquezas acumuladas, en cierto libro que tambien se guardaba escondido en una torre donde solo entraba el Emperador acompañado de su sucesor inmediato.

CAPÍTULO II.

Descontento de Raselas en el valle feliz.

Aqui vivian los hijos é hijas de Abisinia conociendo solo las vicisitudes del placer y del reposo, y servidos de quantos tenian habilidades propias para contentar los sentidos. Paseábanse por jardines llenos de fragancia, y dormian entre fortalezas de seguridad: pues todo el arte se exercitaba en hacerlos vivir complacidos de su estado. Los sabios que los instruian no les hablaban mas que de las miserias de la vida pública, y pintaban el mundo como region de calamidad, donde lo asolaba todo la discordia, y donde los hombres destruian á sus semejantes. Para aumentar mas la idea de su felicidad, los entretenian diariamente con canciones cuyo asunto era el valle dichoso, ó excitaban sus apetitos freqüentemente con enumeraciones de variedad de gustos; de suerte que la

diversion y alegría eran la ocupacion de todas las horas desde el amanecer hasta la noche.

Este sistema tenia generalmente buen éxîto, y pocos de los Príncipes deseáron jamas ensanchar sus límites, ántes pasaban su vida plenamente convencidos de que tenian en su mano quanto el arte y la naturaleza pueden dar de sí; y se compadecian de aquellos á quienes la suerte habia excluido de esta mansion de tranquilidad, mirándolos como juguetes del hado, y esclavos de la miseria.

Así, se levantaban todos por la mañana, y se recogian á la noche contentos los unos de los otros, y de sí mismos; ménos Raselas, que llegado á los veinte y seis años de su edad, empezó á retirarse de sus entretenimientos y asambleas, y á deleitarse en paseos solitarios, y tristes meditaciones. Muchas veces se sentaba en mesas servidas con el mayor luxo, y no probaba ninguno de los delicados manjares que le ponian delante. Levantábase repentinamente en medio de una cancion, y se retiraba apresurado léjos del son de la música. Sus criados que observaban esta mudanza, hacian esfuerzos para renovar su amor á los placeres; mas él miraba con indiferiencia sus anhelos, y desechaba sus convites, pasando un dia y otro en las orillas de los arroyuelos, á la sombra de los árboles, donde ya escuchaba el canto de los

páxaros en las ramas, ya se divertia en ver juguetear los peces en la corriente, ó ya volvia la vista á los montes y prados llenos de animales que unos pastaban la yerba, y otros dormian entre las matas.

Esta extrañeza de humor se hizo muy notada, y uno de los sabios, con cuya conversacion se deleitaba en otros tiempos, lo siguió secretamente esperando descubrir la causa de su inquietud. Raselas, que no advertia que lo escuchaban, fixó la vista algun rato sobre las cabras que andaban royendo las matas entre los peñascos, y empezó á comparar aquel estado con el suyo.

¿Qual, decia, será la diferencia que se constituye entre el hombre, y las demas criaturas animadas? Cada animal de los que me rodean tiene las mismas urgencias corporales que yo: le acosa la hambre, y come; le da sed, y bebe en el arroyo, y satisfechas así estas necesidades, queda tranquilo y contento, sin que tenga mas que desear. Yo siento el hambre y la sed como él, mas no quedo satisfecho aunque coma y beba: como á él me fatiga á mí la necesidad, pero no me sosiega la abundancia: los intermedios del tiempo me son fastidiosos y tristes, y anhelo por tener otra vez hambre para que me llame algo la atencion. Los paxarillos pican las frutas y el trigo, y echan á volar á las arboledas donde paran entre las ramas con

todas las muestras de felicidad, y pasan su vida repitiendo sin diferencia alguna los mismos cantos. Yo quando quiero, puedo llamar al cantor y al que toca el laud, pero el son que ayer me gustó me cansará hoy, y mañana me fastidiará del todo; no encuentro en mí facultad capaz de placer que no esté saciada con el mismo gozo; y sin embargo no siento en mí ni gusto ni deleyte. Sin duda hay en el hombre algun sentido que en este lugar no encuentra satisfaccion, ó bien tiene algunos deseos distintos de los sentidos que se han de ver satisfechos para que pueda ser feliz.

Dicho esto, levantó la cabeza, y viendo salir la luna se encaminó hácia el Palacio, y conforme atravesaba los campos, miró á los animales que le rodeaban y dixo: vosotros sí que sois felices, y no teneis que envidiarme á mí que camino entre vosotros abrumado con el peso de mí mismo, ni yo tampoco, mansas criaturas, envidio vuestra dicha, pues no es dicha para el hombre; tengo inquietudes de que vosotras estais libres; temo el dolor quando no lo siento, me angustian los males pasados, y á veces me asusta la idea anticipada de los males por venir: ciertamente estarán igualados en la balanza de una justísima providencia las penas con los gozos correspondientes.

Con tales reflexîones se entretenia el Príncipe en su camino, pronunciándolas con voz lamenta-

ble, pero con cierto ayre que manifestaba lo que se complacia en su propia perspicacia, y que recibia algun alivio de las miserias de la vida por la finura con que las sentia, y la eloqüencia con que las expresaba. Llegó algo sereno á concurrir á las diversiones de la noche, y todos se alegráron al ver que se manifestaba mas contento.

CAPÍTULO III.

Las necesidades del que de nada carece.

El dia siguiente creyendo su anciano Pedagogo que enterado ya de la dolencia del ánimo del Príncipe lo podia curar con buenos consejos, solicitó ocasion de tener alguna conferencia con él. Pero el Príncipe, que lo consideraba tiempo habia como hombre cuyas facultades estaban ya debilitadas, no se inclinaba á concedersela; porque, decia entre sí, este hombre viene á molestarme, y no ha de llegar la hora en que se me permita olvidar aquellas lecciones que solo agradaban porque tenian el mérito de la novedad, y que para que vuelvan á gustar como nuevas deben olvidarse primero. Con esto se encaminó hácia el bosque donde se iba disponiendo para sus acostumbradas meditaciones, quando ántes que sus pensamientos tuvieran lugar de tomar rumbo, vió á su perseguidor á su

lado. Al pronto se excitó en él un sentimiento de impaciencia, y quiso volverle la espalda y retirarse; pero no pareciéndole bien ofender á un hombre á quien algun tiempo miró con reverencia y aun con amor, le convidó á que se sentase junto á él.

Animado con esto el viejo comenzó á lamentar la triste mudanza que se observaba de algun tiempo en el Príncipe, y á preguntarle porque se retiraba tan amenudo de los placeres de Palacio á la soledad y al silencio. Huyo del placer, dixo el Príncipe, porque dexó de agradarme; busco la soledad porque soy infeliz, y no quiero turbar con mi presencia, la felicidad de otros. — Vos Señor, dixo el sabio, sois el primero que se ha quejado de miseria en el *valle feliz*, y espero convenceros de que vuestras quejas no tienen verdadera causa. Os hallais aquí en plena posesion de quanto el Emperador de Abisinia puede dar. Aquí no hay trabajo que sufrir, ni peligro que temer, y aquí se encuentra quanto á costa de trabajos y peligros se puede procurar ó comprar. Tended la vista por todas partes y decidme que podeis desear que no tengais; y si nada os falta ¿cómo sois infeliz?

El no necesitar de nada, dixo el Príncipe, ó bien el no saber lo que deseo, es la causa de mi inquietud. Si tuviera alguna necesidad cierta, tuviera un deseo cierto: este deseo excitára el esfuer-

zo, y no me causaria tedio ver moverse el sol con tanta lentitud hácia la montaña del occidente, ni me lamentára quando apunta el dia, y el sueño ya no me quiere ocultar de mí mismo. Quando veo los cabritos y los corderos jugueteando entre sí y persiguiéndose, se me ocurre que seria feliz si tuviese que solicitar alguna cosa; mas poseyendo todo lo que puedo necesitar, encuentro una total semejanza entre un dia y otro dia, una hora y otra hora, con la sola diferencia que la última me es mas enfadosa que la primera. Infórmeme vuestra experiencia como haré para que los dias me parezcan tan breves como me parecian en mi niñez quando todo para mí era nuevo, y cada momento me representaba lo que ántes nunca habia visto. Ya he gozado demasiado, dadme algo que desear.

Quedó el viejo sorprendido al oir tan nueva especie de afliccion, y no sabia que responder; mas no queriendo callar, dixo: Señor, si hubierais visto las miserias del mundo, sabriais apreciar vuestro presente estado.... Ahora sí, replicó el Príncipe, que me habeis dado algo que desear. Yo quisiera ver las miserias del mundo, porque su vista es necesaria para mi felicidad.

CAPÍTULO IV.

Empieza el Príncipe á meditar y angustiarse.

A este tiempo, el son de la música anunciaba ya la hora de comer, y cesó la conversacion. Retiróse el viejo bastante disgustado de ver que sus raciocinios habian parado en todo lo contrario de lo que él queria persuadir; pero en la ancianidad suelen el rubor y la afliccion durar poco; ya sea porque podemos sobrellevar mejor lo que hemos tolerado mucho tiempo, ó bien que hallándonos en esa edad ménos atendidos de otros, atendemos ménos á los demas, ó que hacemos poco caso de aflicciones que vemos estan cercanas á acabarse con la muerte.

El Príncipe, cuyas ideas se habian extendido mas, no podia tan pronto aquietar su ánimo. Poco ántes le asustaba la larga vida que su naturaleza y edad le prometian, considerando que en largo tiempo mucho se habia de padecer; y ahora se regocijaba de su juventud porque en muchos años se podia hacer mucho.

Este primer rayo de esperanza que se introduxo en su entendimiento, avivó los colores de la juventud en sus mexillas, y dió nuevo brillo á sus

ojos, enardeciéndose con el ansia de emprender alguna cosa, aunque no alcanzaba distintamente, ni los medios, ni el fin.

Ya no estaba tétrico ni insociable, porque se consideraba como dueño de un tesoro secreto de felicidad, que solo podia gozar ocultándolo, y así se esmeraba en parecer afanado en busca de diversiones, procurando que otros estuviesen contentos con aquel estado que á él le fastidiaba; mas como los placeres nunca se pueden multiplicar, ni continuar de suerte que no dexen mucha parte de la vida desocupada, le quedaban muchas horas del dia y de la noche que podia gastar á solas con sus pensamientos sin ser notado, y así le era ménos pesada la vida. Presentábase alegre en las asambleas, porque se figuraba que el freqüentarlas convenia á sus ideas; y se retiraba gustoso á la soledad, porque se hallaba con asuntos bastantes para entretener el pensamiento.

Su principal diversion era figurarse á sí mismo el mundo que no habia visto. Imaginaba hallarse en varias situaciones, enredado en dificultades y empeñado en aventuras extrañas; mas su ingenio benévolo siempre concluia sus proyectos con aliviar al desgraciado, descubrir el engaño, confundir la tiranía, y esparcir felicidades.

En esto se pasáron veinte meses de la vida de Raselas, engolfándose con tal ahinco en sus

imaginadas bullas, que se olvidaba de la soledad en que estaba, y entre las varias disposiciones que á todas horas discurria, para dar salida á los negocios intrincados que se le figuraban entre las gentes del mundo, descuidaba la consideracion de los medios por donde lograria mezclarse con el resto del género humano.

Un dia, sentado en la orilla de un arroyo, se figuró que una doncellita agraviada por un amante traidor, lloraba y clamaba á él pidiendo justicia y venganza. Hizo tanta fuerza esta imaginacion en su entendimiento, que repentinamente se levantó á defender á la doncella, con la precipitacion que pudiera si fuera efectivo el empeño. Mas como el temor da alas al que huye, no pudo Raselas con todos sus esfuerzos alcanzar al fugitivo; pero resuelto á cansar con su perseverancia á aquel cuya ligereza no podia vencer, siguió la carrera hasta que dió con el pie de la montaña que se la detuvo.

Aquí volvió en sí y sonriendose de su vana impetuosidad, levantó los ojos hácia la montaña y exclamó: este es el obstáculo fatal que me priva igualmente del gozo de los placeres, y del exercicio de la virtud; ¡quanto tiempo ha que mis anhelos y mis esperanzas han volado mas allá de este lindero de mi vida, que aun no he emprendido pasar! Herido con estas reflexîones se sentó á me-

ditarlas, y se acordó que desde que la primera vez resolvió escapar de su encierro, habia dado el sol dos veces la vuelta al globo en su curso anual, y sintió en aquel instante un grado de arrepentimiento, que nunca habia experimentado, considerando quanto se podia haber hecho en el tiempo que habia pasado. Hacia comparacion de lo que eran veinte meses con la vida de un hombre. De esta vida, decia, no se puede contar la niñez, ni la ignorancia é imbecilidad de la decrepitud. Mucho se pasa ántes que seamos capaces de pensar, y presto perdemos las facultades de obrar; el verdadero periodo de la humana exîstencia se puede razonablemente calcular en quarenta años, de la qual he malbaratado yo en inútiles meditaciones la vigésima quarta parte. Lo que he perdido era cierto, pues ciertamente lo poseia; ¿pero quien me asegurará veinte meses por venir?:: El remordimiento de su propia necedad le atravesaba el corazon, y se pasó largo espacio de tiempo ántes de poder reconciliarse consigo mismo. El tiempo, decia, que he perdido por culpa ó locura de mis antepasados, y por las absurdas instituciones de mi patria, lo recuerdo con disgusto, pero sin remordimiento; mas los meses que han pasado, desde que una nueva luz se introduxo en mi alma, y desde que formé un nuevo plan de felicidad racional, han sido malbaratados por mi propia culpa; he desperdiciado lo que nun-

ca puede restaurarse; y he visto el sol salir y ponerse por espacio de veinte meses, siendo ocioso admirador de la luz del cielo. En este tiempo, han abandonado los paxarillos el nido de su madre entregándose á los bosques y á los ayres: el cabritillo ha dexado de mamar, y aprendido poco á poco á encaramarse sobre los peñascos en busca de alimento y libertad; solo yo nada he adelantado, y me hallo siempre ignorante y sin recursos. La luna con mas de veinte mudanzas, me enseñaba la instabilidad de la vida: el arroyuelo que corria á mis pies censuraba mi desidia, y yo me estaba parado recreándome en ideas intelectuales, y despreciando igualmente los exemplos de la tierra y los avisos de los Planetas. Veinte meses se han pasado; ¿quien me los restaurará?

Estas tristes reflexîones abrumaban su entendimiento; y pasó quatro meses en determinarse á no perder mas tiempo en ociosas irresoluciones, habiéndose animado á obrar con mas vigor, luego que oyó decir un dia á una muchacha que habia roto una taza de china, que lo que no se podia remediar no se debia sentir.

Esto era claro, y Raselas se reprendia á sí mismo de que no se le hubiese ocurrido; sin considerar, ni saber quantas ideas útiles se alcanzan por casualidad, y quantas veces arrebatado el entendimiento de su propio ardor á mirar muy distan-

tes, descuida las verdades que tiene muy cerca de sí. Pasó algunas horas en arrepentirse de su arrepentimiento, y desde aquel tiempo ocupó todo su discurso en buscar los medios de escapar del valle feliz.

CAPÍTULO V.

Medita el Príncipe su fuga.

Hallaba que seria muy dificultoso efectuar aquello que era muy fácil suponer efectuado, quando miraba al rededor y se veia preso entre barreras puestas por la naturaleza y que nunca fuéron quebrantadas, y aquella tremenda puerta por donde jamas pudo salir el que una vez habia entrado. Estaba impaciente como águila aprisionada, y se le pasaban las semanas seguidas, trepando por las montañas, en busca de algun resquicio ó abertura oculta entre las matas; pero hallaba todas las alturas inaccesibles por su demasiada elevacion. Desesperaba de poder abrir la puerta de hierro, porque no solo estaba asegurada con todo el poder del arte, mas tambien velada por centinelas que se mudaban sin intermision, y expuesta por su situacion á ser observada de todos los moradores del valle.

Siguió exâminando la caverna por donde descargaban las aguas del lago, y mirando al tiempo

que el sol derramaba sus rayos por la entrada, advertia que estaba llena de peñascos quebrados, los quales, aunque permitian la salida de las aguas por aquellas angosturas, impedirian el paso á qualquier cuerpo sólido. Con esto se volvia triste y desalentado; mas habiendo probado la dulzura de la esperanza, determinó conservarla siempre.

En estas inútiles pesquisas gastó diez meses: con todo, el tiempo se le pasó agradablemente. Por la mañana se levantaba con nuevas esperanzas, por la tarde aplaudia su propia diligencia, y por la noche dormia profundamente. Despues de su fatiga encontraba mil diversiones que suavizaban su trabajo, y variaban sus pensamientos.

Exâminaba la variedad de instintos en los animales, y de propiedades en las plantas, y encontraba todo aquel sitio lleno de maravillas, con cuya contemplacion propuso recrearse, aunque no encontrase nunca los medios de lograr su fuga, alegrándose con sus esfuerzos aun quando no fuesen felices, pues le ofrecian un manantial perenne de investigaciones; mas no aplacándose su primitiva curiosidad, resolvió adquirir algun conocimiento de los caminos y costumbres de los hombres. Este deseo no cesaba, y su esperanza iba á ménos. Dexó, pues, de exâminar las murallas de su prision y de buscar con nuevos trabajos rendijas y salidas que no se podian hallar. Sin embargo determinó no olvidar

su intento ; y aprovechar la primera ocasion que se le presentase.

CAPÍTULO VI.

Disertacion sobre el arte de volar.

Entre los artistas que habian sido traidos al valle feliz , para trabajar en la diversion y placer de sus moradores , habia un hombre , eminente en la mecánica , que habia inventado muchas máquinas útiles á la comodidad y al recreo. Mediante una rueda que movia la corriente del arroyo, llevó el agua á lo alto de una torre , desde donde se distribuia á todas las viviendas del Palacio. Levantó un pabellon en el jardin, en cuyos alrededores mantenia el ayre siempre fresco con lluvias artificiales. Uno de los bosques destinado á las señoras , lo refrescaban unos abanicos movidos contínuamente por el agua de un arroyuelo que pasaba por medio. Habia construido instrumentos de música suave colocados en proporcionadas distancias, algunos de los quales sonaban por el impulso del viento , y otros por la fuerza de la corriente del agua.

A este artista visitaba algunas veces Raselas, que gustaba de todo género de ciencia , con la idea de que llegaria el tiempo en que le sirviesen estos conocimientos en el gran mundo. Uno de los dias que

vino á entretenerse segun acostumbraba, halló al maestro ocupado en hacer una carroza que navegase. Vió que la idea era practicable en una superficie llana, y con expresiones de grande estimacion le animó á que la perfeccionase. El artífice complaciéndose del aprecio que le manifestaba el Príncipe, resolvió grangear mayores honores, y le dixo: Señor, hasta ahora no habeis visto sino una pequeña parte del poder de la mecánica. Mucho ha que sigo la opinion, de que en lugar del tardo movimiento de carruages y navios, podria el hombre usar de alas para hacer mas veloces sus viages, pues los espacios del ayre estan abiertos á las ciencias; y solo la ignorancia y la ociosidad necesitan arrastrarse sobre la tierra.

Esta idea encendió de nuevo el deseo que el Príncipe tenia de pasar las montañas, y viendo lo que el maquinista habia executado ya, empezaba á persuadirse de que podria hacer mas; pero sin embargo determinó informarse mejor ántes de consentir en nada, no fuese que frustradas sus esperanzas, se aumentase mas su pena. Mucho temo, dixo al artista, que vuestra imaginacion supera vuestra habilidad, y que me estais diciendo mas bien lo que deseais que lo que sabeis. Cada animal tiene su elemento señalado; los páxaros tienen el ayre, el hombre y las bestias tienen la tierra. Tambien los peces, replicó el Mecánico, tienen el agua, en la que

naturalmente nadan las bestias, y los hombres con el arte. Aquel que puede nadar, no debe perder la esperanza de volar; puesto que el nadar, no es mas que volar en un fluido mas denso, y volar es nadar en uno mas sutil. Así que, no tenemos mas que proporcionar nuestras fuerzas de resistencia á la densidad de la materia por donde hemos de pasar. Sereis sin duda sostenido por el ayre, si podeis renovar sobre él qualquier impulso ántes que se acabe enteramente su primera fuerza. Pero el exercicio del nadar, replicó el Príncipe, es muy trabajoso, y los mas robustos miembros se cansan presto. Temo, pues, que el acto de volar sea todavia mas violento, y de poco servirán las alas, si no se puede volar mas largo tiempo que el que se puede nadar.

El trabajo de levantarse del suelo será grande, dixo el artista, como lo vemos en las aves domésticas mas pesadas; pero segun vayamos remontando mas alto, la atraccion de la tierra y la gravedad del cuerpo van disminuyendo hasta que lleguemos á una region en que el hombre flote, ó digamos nade, sobre el ayre sin rezelo de caer. Entónces no es menester mas cuidado que el de moverse hácia adelante, lo que se podrá efectuar con el mas leve impulso. Vos, Señor, cuya curiosidad es tan extensa, podeis imaginar ¡qual será el placer de un Filósofo armado de alas andando por ese firmamento, al ver

la tierra y todos sus habitadores dando vueltas debaxo de él, y presentando á su vista sucesivamente por su movimiento diario, todos los paises dentro del mismo paralelo! ¡Quanto recreará al pendiente espectador el mirar la movible escena de tierra, mar, ciudades y desiertos: el observar con igual seguridad las escalas de comercio, y los campos de batalla: las montañas pobladas de bárbaros, y las regiones fructíferas, en que mediante la paz y la abundancia reyna la alegría! ¡Con quanta facilidad seguirémos el Nilo desde su nacimiento, por todas sus vertientes, y pasarémos por cima de regiones distantes, exâminando la faz de la naturaleza, desde un extremo de la tierra al otro!

Todo esto, dixo el Príncipe, seria muy bueno; pero temo que ningun hombre podrá respirar en aquellas regiones de especulacion y quietud; pues me han dicho que se respira con dificultad en los montes muy elevados, y siendo mucha la tenuidad de ayre que producen esas alturas, es muy fácil caer por aquellos precipicios. Así, recelo que en qualquiera altura á que se pueda llegar con vida, habrá siempre el peligro de baxar con demasiada violencia.

Nada se emprenderá, replicó el artista, si se han de vencer primero todas las objeciones posibles. Si quereis favorecer mi proyecto, yo haré la prueba del primer vuelo á mi propio riesgo. He conside-

rado la estructura de todos los animales volátiles, y encuentro que la hechura de las alas del murciélago se acomoda mas á la forma humana. Sobre este modelo comenzaré mañana mi tarea, y espero, en el término de un año, elevarme en el ayre mas allá del alcance de la malicia y persecucion del hombre. Pero voy á trabajar baxo la condicion de que el arte no se ha de divulgar, y que no pretenderéis que haga alas mas que para nosotros dos.

Porqué quereis, dixo Raselas, que envidien otros una ventaja tan grande? Toda ciencia se debe cultivar para el bien comun; todo hombre debe mucho á los otros hombres, y debe pagarles los bienes que ha recibido de ellos..... Si los hombres fueran todos virtuosos, respondió el artista, les enseñaria con el mayor gusto á volar; ¿pero donde encontrarian seguridad los buenos, si los malos pudiesen invadirlos desde el firmamento? ¿Que defensa se hallaria contra un exército navegando por las nubes? Ni las murallas, ni los montes, ni los mares servirian de seguridad: una multitud de salvages del norte podrian venir por esos ayres, y caer de repente con irresistible violencia sobre la capital de una abundante region. Aun este valle, retiro de Príncipes, y centro de felicidad, podria ser violado por el repentino descenso de algun enxambre de aquellas naciones bárbaras que habitan las costas de la mar del Sur.

Prometió el Príncipe guardar secreto, y esperó las resultas, no sin alguna esperanza de feliz éxîto. Visitaba la obra de quando en quando, y en sus progresos observaba muchas ingeniosas trazas para facilitar el movimiento uniendo con la fuerza la ligereza. El artista cada dia consentia con mas certeza en que habia de lograr con la rapidez de su vuelo adelantarse á las águilas y los buytres; y el contagio de su confianza se iba ya comunicando al Príncipe.

Dentro del año se acabáron las alas, y señaló el maquinista una mañana para probarlas. Subiéronse á un altillo: movió un rato las plumas para coger ayre, y saltando de su puesto, fué á caer en la laguna. Sus alas que ya no le podian servir en el ayre, le sostuviéron sobre el agua, y el Príncipe lo sacó á tierra medio muerto de terror y enfado.

CAPÍTULO VII.

Encuentra el Príncipe un hombre científico.

No se afligió mucho el Príncipe con esta desgracia, porque no se habia dexado llevar de la esperanza sino en quanto por entónces no hallaba otro medio de escapar, y así persistió en el intento de salir del valle feliz luego que hallase arbitrio para ello.

Su imaginacion estaba como parada, no viendo

apariencias de poder entrar en el mundo; y á pesar de los esfuerzos que hacia para sostener su ánimo, ganaba terreno el descontento, y empezaba á vencerle la tristeza, quando las lluvias, que en aquellos paises son periódicas, estorbaban el pasearse por los bosques.

Duráron las aguas mas tiempo y con mas violencia que jamas se habia experimentado: se abrian las nubes sobre los montes que circundaban, y baxaban por todas partes tan caudalosos torrentes, que la caverna no alcanzaba á dar salida á las aguas. Creció sobre sus márgenes la laguna, y se inundó toda la llanura del valle. Solo la eminencia en que estaba fabricado el Palacio, y algunas otras alturas se descubrian libres á la vista. Las manadas y hatos de ganados y bestias mansas y silvestres se guarecian en las montañas.

Esta inundacion reduxo á todos los Príncipes á buscar diversiones caseras, y la atencion de Raselas se entretuvo particularmente con un poema que oyó recitar á Imlac sobre las varias situaciones de los hombres. Mandó llamar al Poeta á su quarto para que segunda vez le recitase sus versos; y entrando despues en conversacion familiar con él, tenia por felicidad el haber encontrado un hombre que conocia el mundo tan bien, y sabia pintar con tanta perfeccion las varias ocurrencias de la vida.

Le hacia mil preguntas sobre cosas, que aun-

que muy comunes entre los mortales, eran para él extrañas y nuevas, á causa de su constante encierro desde la niñez. El Poeta compadeciendo su ignorancia, y amando su curiosidad, le entretenia cada dia con alguna novedad instructiva; de suerte que el Príncipe se afligia de que fuese necesario el sueño, y deseaba que volviese la mañana para renovar sus gustos. En una de estas conversaciones mandó á Imlac que le refiriese la historia de su vida, y le dixese qué acaso le obligó, ó qué motivo le induxo á acabar sus dias en el valle feliz. Iba á empezar su narracion quando llamáron á Raselas para asistir á un concierto, y le fué preciso suspender su curiosidad hasta otra tarde.

CAPÍTULO VIII.

Historia de Imlac.

La caida de la tarde es en las regiones de la Zona-Tórrida el único tiempo de diversion y pasatiempo; así, era ya la media noche quando cesó la música, y se retiráron las Princesas. Llamó entónces Raselas á su compañero, y le mandó que empezase á referir la historia de su vida.

Señor, dixo Imlac, mi historia no será larga, pues una vida entregada á las ciencias se va pasando en el silencio, y contiene poca variedad de acaecimientos.

Hablar en público, pensar en la soledad, leer, y oir, inquirir y responder, es la ocupacion de un estudioso. Rueda por el mundo sin pompa, ni terror, y no es conocido ni apreciado sino por sus semejantes.

Yo nací en el reyno de Goiama, no muy léjos del nacimiento del Nilo. Mi padre era un comerciante rico que traficaba entre los paises interiores del Africa y los puertos del mar Bermejo. Era honrado, frugal y diligente, pero de baxos sentimientos y corto de talento. Solo deseaba ser rico, y ocultar sus riquezas, para que los Gobernadores de las provincias no le despojasen.

Precisamente, exclamó el Príncipe, será mi padre descuidado en su obligacion, quando hay en sus dominios hombres que se atreven á tomar lo que es de otro. ¿Acaso no sabe que los Reyes son responsables de la injusticia que permiten como si la cometiesen? Si yo fuera Emperador, ni el mas humilde de mis vasallos habia de ser oprimido impunemente. Se me enardece la sangre al oir que un comerciante no se atreve á disfrutar sus lícitas ganancias, por temor de que se las arrebate el injusto poder. Nombradme al Gobernador que robó al pueblo para que pueda yo delatarlo á mi padre.

Señor, dixo Imlac, vuestro ardor es el efecto natural de la virtud animada por la juventud: llegará el tiempo en que excusaréis y quizas oiréis con

ménos impaciencia los hechos del Gobernador. Los actos de opresion no son en los dominios de Abisinia ni freqüentes, ni tolerados; pero hasta ahora no se ha descubierto forma de gobierno en que se pueda precaver toda crueldad. La subordinacion supone poder de una parte y sujecion por otra; y puesto que el poder exîste en manos de hombres, no puede ménos de abusarse alguna vez de él.

La vigilancia del Supremo Magistrado puede mucho, mas siempre le queda mucho por hacer, pues ni puede saber todos los delitos que se cometen, ni siempre puede castigar todos los que sabe.

Eso, dixo el Príncipe, es lo que yo no entiendo; pero mas bien quiero oiros que disputar. Seguid, pues, vuestra narracion.

En mi primera edad, prosiguió Imlac, no pensó mi padre en darme otra educacion, que la que mas bien me habilitase para seguir el comercio; y descubriendo en mí una memoria feliz, y una viva comprehension, manifestó muchas veces la esperanza de que algun dia seria yo el hombre mas rico de Abisinia. ¿Para que deseaba vuestro Padre, preguntó el Príncipe, aumentar su caudal, puesto que ya era mas grande de lo que se atrevia á manifestar, ó de lo que podia gozar?

Las inconseqüencias, respondió Imlac, no pueden ser fundadas á todas luces, mas en el hombre caben todas. Sin embargo, la diversidad no es

inconseqüencia. Mi padre podria esperar algun tiempo de mas seguridad; á mas de que es menester algun deseo para avivar nuestra exîstencia, y aquel cuyas verdaderas urgencias están satisfechas, ha de admitir las de fantasía.

Eso, dixo el Príncipe, en algun modo lo entiendo, y siento haberos interrumpido.

Con esta esperanza, prosiguió Imlac, me envió mi padre á la escuela; mas luego que llegué á sentir el deleyte del saber, el gusto de la inteligencia, y el orgullo de la invencion, empecé á mirar las riquezas con desprecio, y determiné seguir una senda opuesta á las ideas de mi padre, cuyos groseros pensamientos me causaban lástima. Llegué á los veinte años de edad ántes que su ternura me quisiese exponer á la fatiga de los viages. En este tiempo habia sido instruido por varios maestros en toda la literatura de mi nativo suelo. Como cada hora me enseñaba algo de nuevo, vivia en un continuado círculo de placeres; pero, segun me iba acercando mas á la edad viril, iba perdiendo mucho de aquella veneracion con que acostumbraba mirar á mis maestros; porque saliendo de la leccion, no los hallaba mas juiciosos, ni mejores que los demas hombres.

Al fin determinó mi padre iniciarme en el comercio, y abriendo una de sus tesorerías subterráneas, me contó diez mil piezas de oro. Muchacho,

me dixo, este es el fondo con que has de negociar. Yo empecé con ménos de la quinta parte, y ves con quanta diligencia y parsimonia lo he ido aumentando. Esto ya es tuyo para gastarlo, ó aumentarlo. Si lo desperdicias por negligencia, ó por capricho, has de aguardar á mi muerte para ser rico: mas si en el término de quatro años doblas tu caudal, desde entónces para en adelante cesará entre nosotros toda subordinacion, y vivirémos como amigos y compañeros; pues siempre miraré como igual mio al que posea igualmente el arte de enriquecerse.

Cargámos nuestro dinero sobre camellos, escondiéndolo entre fardos de géneros de poco valor, y caminámos hácia la orilla del mar Roxo. Quando tendí la vista sobre aquella extension de aguas, me saltaba el corazon en el pecho como á un prisionero fugitivo. Sentia encenderse en mi ánimo una inextinguible curiosidad, y determiné no perder la ocasion que se me presentaba de ver las costumbres de otras naciones, y de aprender las ciencias desconocidas en Abisinia. Reflexîoné que la ley que me habia impuesto mi padre de adelantar mi fondo, no me obligaba por promesa que yo hubiese hecho, y que solo incurriria, si la quebrantaba, en una pena que habia quedado á mi arbitrio, y así determiné contentar mis ardientes deseos, y bebiendo en las fuentes de la sabiduría apagar la sed de mi curiosidad.

Como era mi tráfico conocidamente separado del de mi padre, me fué fácil hacer conocimiento con un Capitan mercante, y ajustar mi viage á otro pais. Yo no tenia motivos para escoger á donde ir, pues me bastaba saber que á qualquiera parte que me dirigiese, habia de ver lo que ántes no habia visto, y así me embarqué en un navio que iba á Surate, dexando escrita una carta para mi padre en que le declaraba mi intencion.

CAPÍTULO IX.

Prosigue la historia de Imlac.

Luego que me ví en aquel piélago de aguas, y perdí de vista la tierra, miré al rededor entre gustoso y sobresaltado, pensando que mi alma se habia agrandado con aquella inmensa perspectiva que imaginé poder mirar siempre sin saciarme; mas en breve tiempo me cansé de observar aquella estéril igualdad, donde á cada instante veia lo que ya habia visto. Entónces baxé á lo interior del navio y empecé á recelar que todos mis gustos futuros acabasen, como este, en disgusto y desengaño. Sin embargo, decia yo, el océano y la tierra se diferencian mucho: el agua no tiene mas variedades que la quietud y el movimiento, pero la tierra tiene montes y valles, desiertos y ciudades, y está habi-

tada por hombres de distintas costumbres, y opiniones contrarias; así, puedo esperar encontrar alguna variedad en las gentes aun quando en la naturaleza me falte.

Con este pensamiento sosegué mi ánimo, y me entretuve durante el viage, unas veces aprendiendo de los marineros el arte de navegar, que nunca he exercitado, y otras, haciendo planes de conducta para las varias circunstancias en que me pudiese hallar, de los quales nunca he tenido experiencia.

Ya estaba quasi cansado de mis diversiones navales quando desembarcámos felizmente en Surate. Aseguré mi dinero, y habiendo comprado algunas mercancias de apariencia, me junté á una caravana que iba tierra á dentro. Mis campañeros, no sé porque, conjeturáron que yo era rico, y por mis preguntas y admiraciones descubriéron que era ignorante; y así me consideráron como un novicio á quien tenian derecho de engañar, y que debia adquirir conocimientos á costa de experimentar fraudes. Me expusiéron al latrocinio de criados, y estafas de aduanistas, y me veian sufrir vexaciones mal fundadas é injustas, de las que no les resultaba á ellos ventaja alguna, sino es el gusto de reconocer su propia superioridad de talentos.

Parad un poco, dixo el Príncipe: ¿es posible que haya en el hombre tal perversidad, que quiera agraviar á otro sin que á él se le siga beneficio

alguno? Bien comprehendo que á todos agrada tener superioridad; pero vuestra ignorancia era meramente accidental, y no siendo delito ni locura en vos, no les daba motivo á ellos de aplaudirse á sí mismos, pues el conocimiento que ellos tenian y á vos faltaba, os lo podian dar tan efectivo, advirtiendoos como engañandoos.

La vanidad, replicó Imlac, no suele tener delicadezas y se contenta con muy viles ventajas; y la envidia no goza de su propia felicidad, sino en quanto la compara con la agena miseria. Ellos eran mis enemigos, porque se afligian de mirarme como rico, y eran mis opresores porque se deleitaban en mi debilidad.

Proseguid, dixo el Príncipe, no dudo de los hechos que referis, mas imagino que los atribuis á causas muy diversas de lo que en sí serian.

Con estos compañeros, prosiguió Imlac, llegué á Agra, capital del Indostan, ciudad en que comunmente reside el gran Mogol. Me apliqué á aprender la lengua del pais, y en pocos meses pude conversar con los sabios. Encontré algunos de ellos adustos y reservados, y á otros afables y comunicativos; algunos repugnaban el enseñar lo que con dificultad habian aprendido, y otros manifestaban que el fin de sus estudios era lograr la dignidad de instruir á los demas.

Logré hacerme tan recomendable al tutor de

los jóvenes Príncipes, que fuí presentado por él al Emperador como un hombre de rara sabiduría. Me hizo este Príncipe varias preguntas sobre mi pais y mis viages; y aunque no tengo presente que dixese cosa alguna superior á lo que podia producir qualquiera otro hombre regular, me despedí lleno de admiracion de su sabiduría, y enamorado de su bondad.

Mi privanza llegó á tal punto que los comerciantes con quienes habia viajado, solicitáron mi recomendacion para con las Señoras de la corte. Extrañé la confianza de su solicitud, y reconviniéndoles blandamente con el mal trato que me habian dado en el camino, me oyeron con la mayor indiferencia, sin dar las mas leves señas de vergüenza ni arrepentimiento.

Luego redobláron sus instancias ofreciéndome sobornos; pero lo que yo no queria hacer por cariño, ménos lo habia de hacer por dinero. Así, desatendí sus súplicas, no porque me habian injuriado, sino porque el concederselas les facilitaria los medios de agraviar á otros, pues sabia que usarian de mi empeño, para engañar á los que comprasen géneros.

Habiendo residido en Agra hasta que no hallé mas que aprender, viagé á la Persia, donde hallé muchos monumentos de su antigua magnificencia, y advertí varias comodidades para la vida en-

teramente nuevas para mí. Los Persas son unas gentes sumamente sociables, y sus asambleas me daban diariamente ocasiones de observar genios y costumbres diferentes, y descubrir las huellas de la naturaleza humana en sus varias situaciones.

Desde Persia pasé á la Arabia, donde ví una nacion juntamente guerrera y pastoril; que ni tiene domicilio fixo, ni mas caudal que su ganado y hatos; y que sin embargo ha sostenido en todas edades una guerra hereditaria con todo el género humano, aunque no codician, ni envidian sus posesiones.

CAPÍTULO X.

Sigue la historia de Imlac, y una disertacion sobre la Poesía.

Donde quiera que iba, advertia que la Poesía era considerada como la ciencia mas estimable, y se miraba con cierta veneracion algo semejante á la que un hombre rendiria á la angélica naturaleza. Y me admiró mucho, que en quasi todos los paises, los mas antiguos Poetas se consideran como los mejores, sea porque qualesquiera otro género de talento se adquiere gradualmente y la Poesía es don conferido desde luego; sea porque las primeras poesías de las naciones sorprendiéron con su novedad,

y conserváron este crédito por consentimiento universal despues de haberlo logrado casualmente : ó ya en fin porque perteneciendo á la Poesía el pintar la naturaleza y las pasiones, que siempre son las mismas, se apoderáron los primeros escritores de los objetos mas propios para la descripcion, y no dexáron á los que los siguieron, mas que la facultad de transcribir los mismos sucesos, y hacer nuevas combinaciones de las mismas imágenes.

Sea qual fuere la razon, es comun observacion, que los primitivos escritores están en posesion de la naturaleza ; y sus sucesores del arte : los primeros exceden en la fuerza y en la invencion, y estos otros en la elegancia y finura. Deseaba yo colocar mi nombre entre los de esta ilustre sociedad. Leí todos los Poetas de la Persia y de la Arabia, y ya repetia de memoria los volúmenes que se hallan colgados en la mezquita de la Meca. Pero muy presto descubrí que ningun hombre llega á ser reputado grande por imitaciones. El deseo de sobresalir, me impelió á volver mi atencion á la naturaleza y á los hombres, pues no podia pintar lo que no habia visto, ni incitar al deleyte ó al terror á aquellos cuyas opiniones é intereses no entendia.

Hallándome ya resuelto á ser Poeta, miraba todas las cosas con muy diverso fin. La esfera de mi atencion se engrandeció repentinamente, y creí que no debia despreciar ningun género de conoci-

mientos. Recorria los montes y los desiertos, buscando imágenes y semejanzas para enriquecer mis ideas, y estampaba en mi imaginacion los árboles de los bosques y las flores de los valles. Observaba con igual cuidado las hendiduras de un peñasco y los chapiteles de un palacio; seguia por todas sus revueltas las márgenes de un riachuelo, y algunas veces observaba con atencion las mudanzas de las nubes de verano. Para un Poeta nada hay inutil: todo lo hermoso, y todo lo tremendo debe ser familiar á su imaginacion. Debe tener presente todo lo que es respetable por grande, y elegante por diminuto. Las plantas de la huerta, los animales del bosque, los minerales de la tierra, y los meteoros del firmamento han de concurrir todos á enriquecer su entendimiento con infinita variedad de ideas, porque todas sirven para esforzar y hermosear las verdades religiosas ó morales. Así, el que mas sepa, será mas apto para variar las representaciones y agradar á sus lectores con alusiones remotas y no esperada instruccion.

Por esto estudiaba con cuidado todos los aspectos de la naturaleza; y todos los paises que he recorrido han contribuido algo á mi facultad poética. En tan vasta indagacion, dixo el Príncipe, sin duda se os habrán ocultado algunas cosas, pues yo que hasta ahora he vivido encerrado en el circuito de estas montañas, nunca salgo á pasear sin que

encuentre cosas que ántes no habia visto, ó no habia observado.

La ocupacion del Poeta, dixo Imlac, es observar las propiedades en general y exâminar las especies, no individualizarlas. Así, no se pondrá á numerar las listas de un tulipan, ni á descubrir los varios visos y sombras del verdor de un bosque, pues solo debe presentar las pinturas de la naturaleza en figuras grandes, de suerte que traigan á la idea los originales, pasando por cima de aquellas menudencias que algunos habrán observado y otros no, por estar igualmente expuestas á la vigilancia y al descuido.

Pero el conocimiento de la naturaleza no es mas que la mitad de la tarea de un Poeta; pues debe tambien estar instruido en los varios modos de vivir. Exîge su carácter que sepa dar valor á la felicidad y miseria de cada estado; ha de observar el poder de las pasiones, y sus varias combinaciones, exâminando las mudanzas que causan en el entendimiento humano, modificadas por varias instituciones, y las accidentales influencias del clima y de la costumbre, desde la viveza de la infancia, hasta la flaqueza de la edad decrépita. Debe despojarse de toda preocupacion nacional, ó de su edad, considerando el bien y el mal en sus propiedades invariables; y no haciendo caso de las leyes y opiniones de su tiempo, elevar su discurso á las verdades

generales y transcendentales, que siempre serán las mismas. Por tanto se ha de contentar, con que crezca con mucha lentitud la fama de su nombre, despreciando los aplausos de sus contemporáneos, y dexando á la posteridad el cuidado de hacerle justicia. En fin, ha de escribir como intérprete de la naturaleza, y legislador del género humano, y ha de considerarse presidiendo sobre los pensamientos y costumbres de las futuras generaciones como un ser superior á los tiempos y lugares.

Ni aun aquí acaba su trabajo: ha de saber tambien muchas lenguas y muchas ciencias; y para que su estilo sea digno de sus pensamientos, ha de familiarizarse por medio de la práctica con toda la delicadeza del lenguage y con toda la gracia de la armonía.

CAPÍTULO XI.

Prosigue la narracion de Imlac, y se toca algo de peregrinaciones.

Empezaba ya Imlac á sentir el entusiasmo poético, y seguia engrandeciendo su profesion, quando exclamó el Príncipe, y le dixo, basta: ya me has convencido de que no hay criatura humana que pueda ser Poeta. Prosigue, pues, tu narracion. El ser Poeta, dixo Imlac, es ciertamente muy dificultoso. Tan dificultoso, replicó el Príncipe, que no

quiero oir mas de sus tareas. Decidme, pues, adonde fuisteis despues de haber visto la Persia.

Desde Persia, prosiguió el Poeta, viagé por la Siria, y residí tres años en la Palestina, donde conversé con gran número de gentes del norte y occidente de Europa; naciones que estan ahora en posesion de todo el poder y de todas las ciencias, cuyos exércitos son irresistibles, y cuyas esquadras dominan las mas remotas partes del globo. Quando comparaba estos hombres con los nativos de nuestro propio reyno y los que nos circundan, me parecian casi otro género de criaturas. En sus paises apénas se puede desear cosa que no se pueda lograr: mil artes de que no tenemos noticia, trabajan incesantemente para su conveniencia y gusto, y lo que les niega su propio clima lo suplen por medio del comercio. ¿Por qué medios, preguntó el Príncipe, son tan poderosos los Europeos? ¿y porqué pudiendo ellos con tanta facilidad visitar el Asia y el Africa para comerciar ó conquistar, no podrian los Asiáticos y Africanos invadir sus costas, plantar colonias en sus puertos, y dar leyes á sus Príncipes naturales? El mismo viento que á ellos los lleva á su regreso, podria llevarnos tambien á nosotros.

Son, Señor, mas poderosos que nosotros, respondió Imlac, porque son mas sabios, y el saber siempre predominará á la ignorancia, así como el hombre gobierna á los demas animales. Pero porque

i saber excede al nuestro, no sé que razon se pue-ar dar, sino la incomprehensible voluntad del ser supremo.

Ha! dixo el Príncipe con un suspiro, ¿quándo ograré yo visitar la Palestina, y mezclarme entre quel inmenso concurso de varias naciones? Hasta jue llegue aquel dichoso momento, vamos ocupando el tiempo con las descripciones que me puedes hacer. Bien conozco el motivo que atrae tanta multitud á aquellos lugares, y no puedo dexar de considerarlos como el centro de la sabiduría y de la piedad, donde los hombres mas sabios, y mejores de todos los paises acudirán continuamente.

Hay algunas naciones, dixo Imlac, que envian pocos peregrinos á la Palestina; porque hay en Europa varias sectas numerosas y doctas, que concuerdan en censurar las peregrinaciones como supersticiosas, ó mofarlas como ridículas.

Bien sabeis, dixo el Príncipe, que con la vida que llevo, no he podido adquirir noticia de esa diversidad de opiniones, y como seria por ahora demasiado oir los argumentos de una y otra parte; mas vos que los habeis considerado, decidme lo que resulta de ellos.

Las peregrinaciones, dixo Imlac, así como otros muchos actos de piedad, pueden ser razonables ó supersticiosas segun los principios que inducen á emprenderlas. El hacer largos viages en bus-

ca de la verdad no es obligacion, pues cada qual puede alcanzar todas las verdades necesarias para arreglar su vida si lo solicita con candor y ánimo sencillo. La mudanza de lugar no puede naturalmente causar aumento de virtud, ántes produce inevitablemente disipacion en el ánimo. Sin embargo, como van diariamente las gentes á ver los parages donde se obráron acciones grandes, y vuelven con ideas mas sublimes del suceso, puede semejante curiosidad naturalmente inclinarnos á desear ver aquel pais donde tuvo su principio nuestra religion; y creo que ninguno exâminará aquellos venerables vestigios sin confirmarse algo en sus santas resoluciones. Que la vista de ciertos parages haga una extraordinaria impresion en el entendimiento, es opinion justificada por repetidas experiencias; mas el que supone que con mas facilidad vencerá sus vicios en la Palestina, se hallará quizas muy engañado. Sin embargo, no será locura el ir allá, con tal que no se piense por eso alcanzar el perdon sin combate.

Estas, dixo el Príncipe, son distinciones Europeas: las reflexîonaré otro dia. Decidme quales son los efectos del saber. ¿Son mas felices que nosotros aquellas naciones?

Hay tanta infelicidad en el mundo, dixo el Poeta, que apénas hay hombre á quien sus propios afanes den lugar para calcular ó comparar su felicidad ó infelicidad con las agenas. La ciencia es cier-

tamente uno de los medios de alcanzar el placer; así lo manifiesta el natural deseo que todos tienen de aumentar sus ideas. La ignorancia es una mera privacion que nada puede producir: es un vacio en que yace el alma sin movimiento y entorpecida por falta de atraccion; y sin saber porque, siempre nos alegramos de aprender, y sentimos olvidar. Por tanto me inclino á concluir que, en no siendo ciencias perniciosas, nos hacemos tanto mas felices, quanto se explayan mas los conocimientos de nuestro entendimiento.

Haciendo un cálculo de las particulares conveniencias de la vida, hallarémos que tienen grandes ventajas los Europeos. Ellos curan heridas y enfermedades de que aquí se padece infinito, y que son casi siempre mortales; sufrimos inclemencias del tiempo de que ellos se saben guardar: tienen máquinas para efectuar varias operaciones muy laboriosas, que á nosotros nos cuestan infinito trabajo de manos: hay tanta comunicacion entre parages distantes, que casi no se pueden llamar ausentes unos de otros los amigos: su policía remedia las públicas incomodidades: abren caminos por medio de los montes, y echan puentes sobre los rios; y si miramos la vida privada, son sus habitaciones mas cómodas, y sus posesiones mas seguras.

Ciertamente son felices, dixo el Príncipe, los que gozan de todas esas conveniencias; mas de ellas

solo envidio la facilidad que tienen los amigos distantes de comunicarse mútuamente sus ideas.

Los Europeos, respondió Imlac, son ciertamente ménos infelices que nosotros, pero no son del todo felices, pues es la vida humana en todas partes un estado en que hay mucho que sufrir y poco que gozar.

CAPÍTULO XII.

Prosigue la historia de Imlac.

No me puedo persuadir, dixo el Príncipe, que esté distribuida á los mortales con tanta parsimonia la felicidad; ni puedo dexar de creer que si yo tuviera posibilidad de elegir un género de vida á mi modo, lograria dias llenos de placer. Yo á nadie injuriaria, ni provocaria á enojo: aliviaria á todos los desgraciados, y gozaria las bendiciones de la gratitud.

Elegiria mis amigos entre los sabios, y mi muger entre las virtuosas; y por tanto no estaria en peligro de padecer, ni por traiciones, ni por desamor. Mis hijos por mi cuidado serian sabios y piadosos, y me pagarian en la vejez, lo que hubiesen recibido de mí en su juventud. ¿Qué males podrian molestar á aquel que estuviera rodeado de millares de hombres á quienes hubiese enriquecido su bondad, ó asistido su poder? Y porqué no habia de ser

suave la navegacion de esta vida, mediante los dulces oficios recíprocos de proteccion y reverencia? Todo esto se puede hacer sin el auxîlio de delicadezas europeas, que á mi ver, parecen por sus efectos mas especiosas que útiles. Dexemoslo, pues, y prosigamos nuestro viage.

Desde la Palestina, dixo Imlac, pasé por varias regiones del Asia; en los reynos mas civilizados, como traficante; y entre los bárbaros de las montañas, como peregrino. Al fin comencé á anhelar por mi patria, para poder descansar despues de mis viages y fatigas, en los parages donde habia gastado mi temprana edad, y alegrar á mis compañeros antiguos con la historia de mis aventuras. ¡Quantas veces se me figuraba hallarme rodeado de aquellos con quienes habia pasado las horas alegres de la aurora de mi vida, escuchando con admiracion mi historia, y atendiendo á mis consejos!

Luego que este pensamiento se fixó en mi imaginacion, consideraba como perdido cada momento que no me acercaba á la Abisinia. Me di priesa á entrar en Egipto, y sin embargo de mi impaciencia, estuve allí detenido diez meses en la contemplacion de su antigua magnificencia y en inquirir noticias sobre su antigua literatura. Encontré en el Cayro una mezcla de todas naciones: á unos traia el amor á las ciencias, á otros la esperanza de enriquecerse, y á muchos el deseo de vivir segun su antojo sin ser

observados de nadie, hallándose ocultos y obscurecidos entre la misma multitud; pues en una ciudad populosa como el Cayro, es fácil lograr á un tiempo los gustos del trato humano, y el secreto de la soledad.

Desde el Cayro me encaminé á Suez, y embarcándome en el mar Bermejo, y pasando por la costa llegué al puerto de donde veinte años ántes habia salido. Allí me junté con una caravana y me restituí á mi nativo suelo.

Me parecia ya hallarme entre las caricias de mis parientes y las congratulaciones de mis amigos, y no dexaba de esperar que mi padre, á pesar de su amor á las riquezas, reconoceria con gusto y aun se gloriaria de un hijo que volvia capaz de aumentar la felicidad y el honor de la nacion. Mas muy presto conocí quan vanos eran mis pensamientos. Mi padre habia ya fallecido 14 años ántes y repartido su caudal entre mis hermanos, que se habian mudado á otras provincias. La mayor parte de mis compañeros habian muerto, y los demas quasi no me conocian, y no faltaba tambien quien me mirase como hombre corrompido con las costumbres extrangeras.

Mas el que está acostumbrado á las vicisitudes del mundo no se desalienta fácilmente; y así olvidé luego mis contratiempos y procuré ganar el favor de los nobles del reyno, que me admitian á sus mesas, escuchaban mi historia, y luego me despedian.

Abrí una escuela, pero me prohibiéron enseñar. Entónces determiné elegir una vida sosegada y doméstica. Solicité la mano de una Señora que gustaba de mi conversacion, mas no quiso admitirme por esposo, porque mi padre era comerciante. Al fin, cansado de solicitudes y repulsas, tomé la determinacion de ocultarme para siempre del mundo, y vivir independiente de la opresion y del capricho ageno. Aguardé el tiempo en que se abriese la puerta del valle feliz, para despedirme de la esperanza y del temor: llegó el dia: fué distinguida y aplaudida mi habilidad, y gozoso me entregué á este encierro perpétuo.

¿Y al fin, habeis hallado aquí la felicidad, preguntó el Príncipe? Habladme sin reserva: ¿estais contento con vuestra situacion actual, ó deseais vagar otra vez por el mundo en busca de nuevos descubrimientos? Todos los moradores de este valle celebran su suerte, y en la visita anual del Emperador, convidan á otros á ser partícipes de su dicha.

Gran Príncipe, dixo Imlac, yo hablaré la verdad. No conozco siquiera uno de vuestra Corte que dexe de lamentar la hora que lo traxo á este retiro. Yo soy ménos infeliz que los demas, porque tengo la imaginacion llena de ideas, que puedo variar y combinar segun mi antojo, entreteniendo mi soledad, ya renovando en mi memoria los conoci-

mientos científicos quando me parece que se van borrando, ó ya reflexîonando sobre los varios sucesos de mi vida pasada. Pero al fin todo esto viene á parar en la triste consideracion de que ya me es inútil quanto aprendí, y que no puedo mas disfrutar los gustos pasados. Los otros, cuyos entendimientos no experimentan mas impresiones que las del actual momento, se hallan consumidos de sus malignas pasiones, ó yacen estúpidamente en la obscuridad de una perpétua insulsez.

¿Qué pasiones podrán molestar, dixo el Príncipe, á los que no tienen competidores, pues nos hallamos en un parage que la imposibilidad contiene la malicia, y de donde se halla desterrada la envidia por la igualdad de condicion?

Puede haber comunidad, dixo Imlac, en la posesion de bienes materiales; mas nunca pueden ser comunes el amor y la estimacion. Sucederá precisamente, que alguno agrade mas que otro; aquel que se mire despreciado será siempre envidioso y malévolo, si se ve condenado á vivir siempre á la vista de los que le desprecian. Los convites con que se esmeran en atraer á otros á un estado que tienen por infeliz, proceden de la malignidad natural al que sufre sin esperanza. Están cansados unos de otros y de sí mismos, y piensan encontrar algun alivio con nuevos compañeros; y envidiando la libertad que por su locura perdiéron, quisieran ver á

todo el género humano encarcelado como ellos.

Sin embargo, yo me hallo enteramente libre de este delito, pues ninguno podrá decir que es infeliz por culpa mia; ántes miro con lástima á la multitud de los que anualmente solicitan ser admitidos al cautiverio, y quisiera que me fuera lícito avisarles de su peligro.

Mi querido Imlac, dixo el Príncipe, quiero manifestaros mi corazon. Mucho tiempo hace que medito escapar del valle feliz. Para ello he exâminado las montañas por todas partes, pero encuentro dificultades insuperables. Enseñadme á quebrantar mi prision, y seréis compañero de mi fuga, guia de mis viages, igual en mi fortuna, y mi único director en la eleccion de vida.

Señor, dixo Imlac, vuestra fuga podrá ser dificultosa, y quizas os arrepentiréis muy presto de vuestra curiosidad. El mundo que os figurais tan sereno y sosegado como la laguna de este valle, lo encontraréis como un mar agitado de tormentas, y lleno de escollos y remolinos. Algunas veces os hallaréis sumergido entre olas de violencias, y otras arrojado contra escollos de traiciones, rodeado de agravios, fraudes, competencias y ansias. Desearéis mil veces hallaros en estas mansiones de tranquilidad, y de buena gana quisierais abandonar la esperanza para libertaros del temor.

No penseis desanimarme de mi intento con esos

temores: anhelo con impaciencia por ver lo que vos habeis visto, y pues estais fastidiado de este valle, es claro que vuestro antiguo estado era mejor que este. Y en fin, sean las que fueren las resultas de mi experiencia, estoy determinado á juzgar por mí mismo de las varias condiciones de los hombres, y despues elegir con deliberada reflexîon la vida que he de seguir.

Mucho temo, dixo Imlac, que ha de haber obstáculos mas fuertes que mis persuasiones. Sin embargo, si estais firmemente determinado, no debeis desesperar, pues hay pocas cosas imposibles á la industria y á la ciencia unidas con la actividad.

CAPÍTULO XIII.

Descubre Raselas los medios de hacer su fuga.

En esto envió el Príncipe á su favorito á que descansase; mas entre tanto se hallaba su imaginacion perturbada con las ideas que habia adquirido de maravillas y novedades, y recorria con el pensamiento todo lo que habia oido, preparando un sin número de preguntas para la mañana.

Habia calmado gran parte de su inquietud, teniendo ya un amigo á quien participar sus ideas, y cuya experiencia le podia valer en sus intentos. Ya

no se hallaba obligado su corazon á sufrir en triste silencio sus anhelos; y hasta el valle feliz le parecia tolerable con semejante compañero, no quedándole nada que desear si lograba correr con él por el mundo.

De allí á pocos dias se fuéron aminorando las aguas, y secando las tierras, de suerte que el Príncipe é Imlac pudiéron salir á paseo, y conversar entre sí sin ser observados de nadie. Al pasar por la puerta dixo el Príncipe con un semblante angustiado. Ha! ¿por qué eres tú tan fuerte, y por qué el hombre es tan débil?

No es débil el hombre, le respondió su compañero, pues la ciencia vale mas que la fuerza. El que posée la ciencia de la mecánica se rie de la fuerza. Yo bien puedo romper la puerta, mas no lo puedo hacer con sigilo, y así hemos de buscar algun otro expediente.

Paseándose un dia por la falda de la montaña observáron que los conejos á quienes las aguas habian echado de sus madrigueras, se habian refugiado entre las matas, y formado agujeros detras de ellas que se dirigian en linea obliqüa hácia arriba. Ha sido opinion sentada entre los antiguos, dixo Imlac, que la razon humana adquirió varias artes del instinto de los animales: no tengamos, pues, á ménos el aprender de estos gazapitos. Pudieramos hacer nuestra fuga agujerando el monte en esa misma

direccion. Empezarémos por donde se va descolgando la cabeza del monte sobre el medio, y trabajando siempre hácia arriba lograrémos la salida precisamente mas allá de la prominencia.

Centelleaban de gozo los ojos del Príncipe al oir esta proposicion, pues era fácil la execucion y cierto el éxîto.

No se perdió tiempo. Apresuráronse la mañana siguiente á elegir sitio apropósito para empezar su mina. Trepáron con gran fatiga entre riscos y malezas, y volviéron sin haber descubierto ningun parage apropósito para su intento. Gastáron el segundo y tercer dia del mismo modo, y fuéron igualmente vanas sus diligencias; mas en el quarto halláron una pequeña caverna oculta con una mata y allí determináron empezar su experiencia.

Buscó Imlac las herramientas necesarias para aserrar las piedras, y remover la tierra, y empezáron el dia siguiente á trabajar con mas ansia que vigor; pero pronto se halláron faltos de fuerzas y se sentáron á tomar aliento sobre la yerba.

El Príncipe por un rato pareció desalentado, mas su compañero le dixo: Señor, la práctica nos ayudará á proseguir nuestro trabajo por mas largo tiempo. Observad ahora lo que hemos adelantado, y conoceréis que algun dia se concluirá nuestra obra. Las cosas grandes no tanto se concluyen con la fuerza como con la perseverancia. Ved ese Pala-

cio: él fué elevado con piedras una á una; y sin embargo admirais su eminencia y extension. El que anduviere con vigor tres horas al dia, caminará en siete años un espacio igual á la circunferencia del globo.

Volviéron á su trabajo un dia y otro, y en poco tiempo encontráron una hendidura en la peña que les facilitó el adelantar mucho con poco esfuerzo. Esto lo consideró Raselas como buen agüero.

No perturbeis vuestra imaginacion, dixo Imlac, con mas esperanzas ó temores de los que la razon sugiera, pues si os alegrais con pronósticos de bienes, os asustarán tambien los amagos del mal, y toda vuestra vida será presa de la supersticion. Todo lo que facilita nuestro trabajo es mas que agüero, pues es una causa de feliz éxito. Esta es una de aquellas agradables sorpresas que suele alcanzar una resolucion constante y activa, pues muchas cosas dificultosas en la idea son fáciles en la execucion.

CAPÍTULO XIV.

Reciben el Príncipe é Imlac una inesperada visita.

Habian ya adelantado la mitad de su trabajo, y se regocijaban mirando cercana su libertad, quando baxando el Príncipe á refrescarse un rato al ayre,

encontró á su hermana Nehayah parada en la boca de la cueva. Quedó confuso y sobresaltado, temiendo revelar su secreto, y mirando como imposible el ocultarlo; mas despues de haber reflexionado un momento, se determinó á confiar en la fidelidad de su hermana, y asegurar el sigilo por medio de una declaracion entera y sin reserva.

No imagineis, hermano mio, dixo la Princesa, que he venido aquí como espia. Tiempo hace que desde mi ventana he observado que vos é Imlac dirigis todos los dias vuestro paseo hácia este punto; mas no se me ocurrió que tendriais otro motivo para esta preferencia que el de buscar alguna sombra mas fresca y agradable, ni os he seguido con mas idea que la de participar de vuestra conversacion. Y pues no ha sido sospecha, sino cariño la causa de mi descubrimiento, no querais que malogre sus ventajas. Yo estoy tan fastidiada de este encierro como vos, y tengo igual deseo de saber lo que pasa y lo que se padece en el mundo. Permitidme que huya con vos de esta insulsa tranquilidad, que se me hará todavía mas intolerable quando me dexeis. Bien podeis negarme el que os acompañe pero no podreis estorbar que os siga.

El Príncipe que amaba á Nehayah mas que á todas sus hermanas, no podia negarse á sus ruegos, y se arrepentia de no haberle manifestado ántes su confianza con la voluntaria comunicacion de su se-

creto. Conviniéron, pues, en salir juntos del valle y que entre tanto velase ella para que ninguno por acaso, ó por curiosidad los siguiese á la montaña.

Con el tiempo se concluyó la obra, viéron claridad al otro lado de la montaña, y subiendo á lo alto, observáron el nacimiento del Nilo en un pequeño arroyuelo que serpenteaba debaxo de ellos. El Príncipe, lleno de alborozo, miró todo alrededor, anticipando en su imaginacion los placeres de viajar, y pareciéndole ya estar muy léjos de los dominios de su padre. Imlac, aunque muy contento con su fuga, tenia ménos esperanza de lograr gustos en el mundo. porque ya los habia probado, y experimentado sus reveses. Raselas estaba tan contento de verse en un horizonte mas dilatado, que costó trabajo el persuadirle á que volviese al valle, y avisase á su hermana de que ya estaba abierto el camino y no quedaba mas que disponer las cosas para su salida.

CAPÍTULO XV.

El Príncipe y la Princesa salen del valle y ven muchas maravillas.

Tenian el Príncipe y la Princesa tantas joyas, que bastáran á hacerlos ricos, siempre que fuesen á parar á una plaza de comercio. Ocultáronlas entre sus

vestidos por consejo de Imlac, y luego que llegó la siguiente luna llena, abandonáron de noche todos juntos el valle feliz. Acompañaba á la Princesa una sola favorita que no sabia á donde iba.

Trepáron por aquella concavidad, y empezáron á descender por el otro lado. La Princesa y su criada volvieron los ojos hácia todas partes, y no hallando límites á su vista, se consideráron en peligro de perderse en aquel tremendo vacio. Paráronse como turbadas, y dixo la Princesa: temor me da el empezar un viage cuyo fin no percibo, y de aventurarme en esta inmensa llanura donde por todas partes encontraré hombres que no conozco ni he visto jamas. El Príncipe sentia casi iguales sobresaltos, aunque le parecia deberlos ocultar con varonil esfuerzo. Imlac se sonrió al ver su terror, y los animó á proseguir; pero la Princesa seguia irresoluta hasta que insensiblemente hubo caminado demasiado para retroceder.

Por la mañana se encontráron con algunos pastores que les presentáron leche y frutas. La Princesa se admiraba de no hallar un palacio preparado para recibirla, y una mesa cubierta de manjares delicados, pero sintiéndose debilitada y con hambre, bebió la leche y comió las frutas que le pareciéron mas sabrosas que las del valle.

Siguiéron caminando á jornadas cortas por no estar acostumbrados al trabajo y la fatiga, y sabien-

do por otra parte, que aunque los echasen ménos, no podian ser seguidos. En pocos dias llegáron á una region mas populosa, donde Imlac se divertia al ver la admiracion que causaba á sus compañeros la variedad de modales, estados y ocupaciones.

Sus vestidos eran segun convenia para no dar lugar á que se sospechase en ellos deseo de ocultar cosa alguna. Pero el Príncipe donde quiera que llegaba esperaba ser obedecido, y la Princesa se espantaba de que los que llegaban á su presencia no se postrasen. Imlac se veia obligado á observar con gran vigilancia todos sus movimientos, temeroso de que descubriesen su estado con alguna accion reparable. Así los detuvo unas quantas semanas en el primer lugar para que se fuesen acostumbrando á ver el comun de los mortales.

Poco á poco fuéron conociendo estos aventureros, que habian dexado por algun tiempo su dignidad y que no debian esperar mas obsequios que los que la cortesia y liberalidad podian procurarles: y habiéndolos ido disponiendo Imlac por medio de repetidos consejos y avisos á sufrir el tumulto y bulla de un puerto de mar y la aspereza de muchos de los traficantes, los llevó á la costa.

El Príncipe y su hermana, para quienes todo era nuevo, se hallaban igualmente gustosos en todas partes, y así se quedáron algunos meses en el puerto sin deseos de pasar adelante. Agradaba esta

demora á Imlac porque encontraba peligro en introducirlos en el mundo, como expuestos por falta de experiencia á los accidentes de un pais extraño.

Pero habiendo empezado á temer que fuesen descubiertos les propuso señalar dia para emprender su viage, y ellos, como no podian hacer juicio de lo que les convenia, dexáron á su arbitrio la determinacion y disposiciones. Ajustó, pues, el pasage para todos en un navio que iba á Suez; y llegado el tiempo costó mucha dificultad persuadir á la Princesa á que se embarcase. Tuviéron breve y feliz viage, y desde Suez caminaron por tierra al Cayro.

CAPÍTULO XVI.

Entran en el Cayro, y todos les parecen felices.

Conforme se acercaban á la ciudad parecian atónitos nuestros extrangeros. Entónces Imlac dixo al Príncipe: este es el lugar donde se juntan viajantes y comerciantes de todas partes del globo; aquí encontraréis hombres de varios caractéres y ocupaciones: y puesto que aqui es honroso el comercio, yo pasaré por comerciante, y vosotros viviréis como extrangeros que no tienen mas fin en sus viages que la curiosidad. Presto se advertirá que somos ricos, con cuya reputacion lograrémos entrada con todas

aquellas gentes que deseemos conocer, y de este modo podréis ver las varias condiciones humanas, y elegir con toda reflexîon la vida que os agrade.

Entráron luego en la ciudad atolondrados con el ruido y ofendidos de la bulla. Aun no habian podido prevalecer en su ánimo los documentos de Imlac, de suerte que dexasen de extrañar el poco caso que se hacia de ellos por aquellas calles, y que hasta la gente mas baxa los encontraba sin dar la menor muestra de respeto. No podia la Princesa sufrir la idea de estar confundida con el vulgo, y se mantuvo por algunos dias en su quarto, haciéndose servir por su favorita Pehuah del mismo modo que en el Palacio del valle.

Imlac que entendia el comercio vendió al siguiente dia parte de las joyas. Alquiló una casa grande y la adornó con tanta magnificencia que fué considerado desde luego como un comerciante muy acaudalado. Su política le atraia muchos conocidos, y su generosidad muchos dependientes obsequiosos. A su mesa acudian á porfia sugetos de todas naciones que admiraban su sabiduría, y solicitaban su favor. Sus compañeros no pudiendo mezclarse en la conversacion, tampoco podian manifestar su ignorancia ó admiracion, y conforme iban adquiriendo conocimiento de la lengua iban tomando ideas del mundo.

El Príncipe á fuerza de freqüentes lecciones

habia aprendido el uso y valor de la moneda; pero las señoras en mucho tiempo no pudiéron comprehender lo que hacian los comerciantes con aquellas pequeñas piezas de oro y plata, ni como unas cosas de tan poca importancia eran recibidas como equivalentes en cambio de todas las cosas necesarias para la vida.

Continuáron dos años estudiando la lengua miéntras se disponia Imlac á ponerles á la vista las varias condiciones y estados del género humano.

Hizo conocimiento con todos aquellos en cuya conducta ó fortuna se encontraba algo de particular, y así freqüentaba igualmente los voluptuosos y los frugales, los ociosos y los aplicados, los comerciantes y los sabios.

Hallándose ya el Príncipe en estado de hablar con facilidad la lengua, y enterado de la cautela que debia observar en su trato con los extrangeros, empezó á acompañar á Imlac á todos los sitios de concurrencia, y á asistir á las tertulias para poder elegir modo de vida.

Por algun tiempo creyó ser inútil la eleccion, porque todos le parecian igualmente felices. Donde quiera que iba encontraba cariño y alegría. Escuchaba el canto del placer, ó la risa de la satisfaccion, y empezó á creer que se hallaba el mundo como anegado en una universal abundancia; que nada se negaba al mérito ni á la necesidad; que todas las ma-

nos estaban abiertas para la liberalidad, y que los corazones eran tiernamente benévolos. ¿Quien, pues, decia, será el que se vea abandonado á la miseria?

Imlac le dexaba gozar de aquella dulce ilusion no queriendo ahogar en su ánimo las esperanzas que le daba su poca experiencia; hasta que un dia despues de un rato de silencio, dixo el Príncipe: no sé qué razon habrá para que yo sea mas infeliz que ninguno de nuestros amigos, pues los veo siempre contentos y sin alteracion, mientras encuentro mi espíritu desasosegado é inquieto. No me satisfacen ni aun aquellos gustos que al parecer busco con mas afan, y vivo entre el tumulto de la alegría ménos para gozar de ella, que para huir de mí mismo, manifestando una aparente jovialidad solo para ocultar mi tristeza.

Todo hombre, dixo Imlac, si exâmina la situacion de su espíritu, puede adivinar lo que pasa en el ánimo de los otros. Quando sentis que vuestra alegría es aparente, podeis muy bien sospechar que la de vuestros compañeros no es verdadera. Se nos pasa mucho tiempo ántes que lleguemos á persuadirnos que la felicidad no se encuentra; y cada uno cree que otros la poseen, para sostener la esperanza de lograrla para sí.

En la concurrencia donde anoche estuvisteis reynaba, al parecer, un contento general y tanta gracia, donayre, y viveza de imaginacion, quanta po-

dia convenir á entes de mas alta gerarquia, formados para morar en regiones mas serenas, é inaccesibles á los cuidados y tristezas; sin embargo creedme, ó Príncipe, no habia ni uno que dexase de mirar con temor aquel instante en que la soledad le entregase á la tirana reflexîon.

Eso, dixo el Príncipe, puede muy bien ser cierto en otros, pues en mí sucede así; con todo, por muy general que sea en los hombres la infelicidad, hay unos estados mas felices que otros, y la sabiduría nos enseña á elegir entre los males de la vida, el menor.

Las causas del bien y del mal, respondió Imlac, son tan varias é inciertas, y andan tan entretexidas entre sí, y al mismo tiempo tan diversamente variadas segun las circunstancias, y sujetas á tantas casualidades que no se pueden preveer, que el que se empeñe en elegir un estado en que con razones incontestables quiera asegurar el acierto de su eleccion, pasará la vida y morirá deliberando, é inquiriendo.

Pero á lo ménos, dixo Raselas, esos hombres sabios á quienes escuchamos con tanta reverencia y admiracion, eligiéron para sí aquel modo de vida que les pareció mas apropósito para hacerse felices.

Muy pocos, dixo el Poeta, viven por eleccion; ántes cada qual se encuentra colocado en su actual condicion por medio de causas á que quizas no con-

currió voluntariamente, ni pudo preveer, y por tanto se encuentra rara vez un hombre que no piense que es mejor la suerte de su vecino, que la suya.

Mucho me alegro, dixo el Príncipe, de que mi nacimiento me haya dado siquiera una ventaja sobre otros posibilitándome el medio de determinar por mí mismo. Tengo á la vista el anchuroso campo del mundo, lo exâminaré maduramente y despacio, pues al fin en alguna parte se ha de hallar la felicidad.

CAPÍTULO XVII.

Se junta el Príncipe con jóvenes alegres y determinados.

Levantóse Raselas el dia siguiente muy determinado á empezar sus experiencias de mundo. La juventud, dixo, es el tiempo de la alegría: voy, pues, á juntarme con la gente jóven, cuya única ocupacion es contentar sus deseos, y cuyo tiempo se emplea todo en una sucesion de deleytes. Fué muy bien recibido en aquellas juntas, pero á pocos dias se halló cansado y disgustado porque su alegría carecia de discurso, y su risa de motivo: sus placeres eran groseros y sensuales, sin que en ellos tuviese parte alguna el entendimiento: su conducta era alocada y baxa; y se burlaban de todo órden y suje-

cion, pero la amenaza del poder los confundia, y la mirada del juicioso los sonrojaba.

Presto concluyó el Príncipe que nunca seria feliz siguiendo un modo de vida que le avergonzaba; no pareciéndole acomodado á la nobleza de un ente racional el obrar sin sistema alguno y vivir como por casualidad, ya triste, ya alegre sin saber porque. La felicidad, decia, debe consistir en alguna cosa permanente y solida, sin temor y sin incertidumbre.

Con todo, habiendo tomado algun afecto á sus jóvenes compañeros por su franqueza y cortesía, le pareció que no los debia dexar sin algun aviso y reconvencion. Así les dixo un dia: amigos, he considerado sériamente nuestras costumbres y nuestras esperanzas, y hallo que hemos errado el camino de nuestro propio interes. Deben servir los primeros años de un hombre de hacer prevenciones para los últimos. El que nunca piensa, nunca puede ser sabio. Una perpétua veleidad ha de parar en ignorancia; y la destemplanza, aunque avive los espíritus por algun tiempo abreviará la vida, ó la hará miserable. Consideremos que la juventud no es de mucha duracion, y que en la edad madura quando cesen los encantos de la imaginacion, y las fantasmas del deleyte no nos alucinen mas, serán nuestros únicos gustos y consuelos la aprobacion de los juiciosos y los medios de hacer bien. Paremos, pues, miéntras

somos dueños de parar; vivamos como hombres que algun dia han de ser viejos, y para quienes habrá de ser el tormento mas temible no contar sus años pasados, sino por sus locuras, aumentando con el recuerdo de su salud floreciente el dolor de las enfermedades que produxo su desarreglada vida. Se miráron atónitos unos á otros en silencio y prorumpiéron al fin en una general carcajada de risa que le hizo salir del corro.

Apénas bastó el testimonio que le daba su conciencia de que sus proposiciones eran justas, y sus intenciones benévolas para hacerle llevar con alguna serenidad semejante mofa; pero recuperó su tranquilidad, y siguió su solicitud.

CAPÍTULO XVIII.

El Príncipe encuentra con un hombre sabio y feliz.

Andando un dia por la calle vió un edificio grande y espacioso cuyas puertas abiertas de par en par convidaban á las gentes á entrar. Siguió la corriente de los muchos, y halló un salon ó aula de declamacion, en que los profesores leian sus lecciones al auditorio. Fixó los ojos en un sabio que elevado sobre los demas discurria con la mayor energía, sobre el gobierno de las pasiones. Su semblante era vene-

rable, su accionar agraciado, su pronunciacion clara y su estilo elegante. Hacia ver con las mas convincentes pruebas y con la mayor variedad de ilustracion que la naturaleza humana queda degradada y envilecida, quando las facultades inferiores dominan á las superiores, y que quando la fantasia, madre de las pasiones, usurpa el dominio del entendimiento se sigue precisamente, lo mismo que en un gobierno ilegal, la perturbacion y la confusion, y entrega traidoramente las fortalezas intelectuales á los rebeldes, excitando sus hijos á la sedicion y rebeldía contra la razon su legítima soberana. Comparaba la razon al sol, cuya luz es constante, uniforme y durable, y la fantasia á un meteoro, cuyo lustre es brillante pero transitorio, irregular en su movimiento y engañoso en su direccion.

Despues inculcaba los varios preceptos dados en diferentes tiempos para vencer las pasiones, y ponderaba la felicidad de aquellos que consiguen tan importante victoria, por la qual se liberta el hombre de la esclavitud del temor, de los engaños de la esperanza, de los tormentos de la envidia, y de los volcanes de la ira, no viéndose ya afeminado por la ternura, ni abatido con la tristeza, sino caminando serenamente por medio de los tumultos públicos, y afanes de la vida privada, así como sigue el sol su curso por medio de calmas y tormentas en el firmamento.

Numeraba los muchos exemplares de héroes que habian sido insensibles al dolor y al placer, y que miraban con indiferencia aquellos modos, ó accidentes que el vulgo llama bienes y males. Exhortaba á sus oyentes á que apartasen de sí toda preocupacion, y se armasen de una invulnerable paciencia contra las saetas de la malicia y de la desgracia, y concluia finalmente que este era el verdadero estado de felicidad, y felicidad que cada uno tiene en su mano.

Raselas lo escuchó con la atencion debida á las instrucciones de superior esfera, y saliendo á la puerta á esperarlo, le pidió humildemente licencia para visitarle como tan gran maestro de verdadera sabiduría. Titubeó algun tanto el orador, quando Raselas le puso en la mano un bolsillo de dinero, que recibió con mezcla de gozo y admiracion.

Vuelto á casa dixo el Príncipe á Imlac: he hallado un hombre que puede enseñar todo lo que es necesario saber, y que desde el inmovil trono de la fortaleza racional mira debaxo de sí las mudables escenas de la vida. Si habla, arrebata la atencion; y si discurre, convence luego con sus razones. Este hombre ha de ser mi guia en adelante: aprenderé sus doctrinas, é imitaré su vida.

No seais demasiado pronto, dixo Imlac, en fiaros de los maestros que enseñan la moralidad, pues ellos discurren como ángeles, pero suelen vivir como hombres.

Raselas no podia comprehender como cabian raciocinios tan fuertes, en quien no sentia la eficacia de sus propios argumentos. Fué al cabo de algunos dias á visitar al sabio, y se le negó la entrada; mas habiendo ya aprendido la fuerza del dinero, consiguió mediante una pieza de oro entrar al quarto interior, donde halló al filósofo en una sala medio obscura, con los ojos tristes y descolorido el rostro, que le dixo: venis, Señor, en un tiempo que es inútil toda humana amistad: lo que padezco no tiene remedio: lo que he perdido con nada se puede suplir. Mi hija, mi única hija, de cuya ternura esperaba yo todos los consuelos de mi vejez, murió anoche de una calentura: mis ideas, mis proyectos, todas mis esperanzas se acabáron, y ya quedo como un ente separado de la sociedad.

Señor, dixo el Príncipe, la muerte es un suceso que no debe sorprender á un sabio: sabemos que siempre está cerca de nosotros, y por consiguiente la debemos incesantemente aguardar. Jóven, respondió el Filósofo, hablais como quien nunca experimentó las angustias de la separacion.

¿Pues qué, dixo Raselas, habeis olvidado ya los preceptos que con tanta energía inculcabais? ¿No tiene la sabiduría fuerzas para armar el corazon contra la calamidad? Advertid que todas las cosas externas están naturalmente sujetas á variar; pero la verdad y la razon siempre permanecen las mismas.

¿De qué consuelo, dixo el doliente, me pueden servir la verdad y la razon? ¿Qué efecto tienen ahora mas que decirme que mi hija no me será restituida?

El Príncipe, cuya humanidad no le permitia insultar con reconvenciones á los infelices, se fué muy convencido del vacío de las voces retóricas, y de la ineficacia de los periodos de la eloqüencia y de las sentencias estudiadas.

CAPÍTULO XIX.

Breve idea de la vida pastoril.

Aun seguia ansioso su pesquisa, y habiendo oido hablar de un Ermitaño que vivia junto á la última boca del Nilo, y cuya fama de santidad se extendia por todos aquellos contornos, se determinó á visitarle, é inquirir de él si aquella felicidad que no se conseguia en la vida pública, se encontraba en la soledad: y si un hombre cuya edad y virtud hacian venerable, podria enseñar algun arte nuevo para evitar los males, ó para saberlos sufrir.

Imlac y la Princesa determináron acompañarle: y hechos los necesarios preparativos, emprendieron su viage. Iba el camino por medio de campos amenos donde los pastores llevaban sus manadas, y andaban los corderillos jugueteando entre la yerba.

Esta es, dixo el Poeta, la vida tantas veces celebrada por su inocencia y tranquilidad: pasemos el calor del dia entre las cabañas pastoriles, y veamos si han de terminar todas nuestras pesquisas en el candor y sencillez de esta vida. Les agradó la proposicion: acercáronse á los pastores, y por medio de algunas dádivas y preguntas sencillas y familiares, lográron que les dixeran lo que pensaban de su propio estado. Pero eran tan toscos é ignorantes; tan poco capaces de comparar el bien con el mal de su exercicio, tan confusos en sus narrativas y descripciones, que muy poco se podia aprender de ellos; aunque bien se conocia que sus corazones estaban llenos de descontento y envidia, y que se miraban como condenados á trabajar para el luxo de los ricos, y alzaban la vista con una estúpiba malevolencia hácia los que veian colocados en superior esfera.

La Princesa declaró desde luego con viveza, que nunca sufriria por compañeros á aquellos envidiosos salvages, y que no desearia tan presto volver á ver otras muestras de rústica felicidad; bien que no podia creer que todas las descripciones de los placeres campestres fuesen fabulosas; y aun dudaba que en la vida se pudiese hallar cosa digna de ser preferida al suave deleyte que ofrecen los campos y los bosques. Así que esperaba tiempo en que unida á un corto número de compañeras virtuosas y agraciadas, lograria coger flores cultivadas por su

propia mano, acariciar los corderos de sus propias ovejas, y libre de cuidados, entre arroyuelos y céfiros oir leer en la sombra á una de sus doncellas.

CAPÍTULO XX.

Peligros de la prosperidad.

Al dia siguiente prosiguiéron su jornada hasta que la fuerza del calor los obligó á buscar el alivio de alguna sombra. Viéron á corta distancia un espeso bosque, y apénas habian entrado en él, quando advirtiéron señales de estar cerca de alguna habitacion humana. Las matas estaban cortadas cuidadosamente, para abrir paseos por donde eran mas espesas y sombrías, y las ramas de los árboles curiosamente entretexidas, formaban arcos muy vistosos. Asientos de cespedes y flores se hallaban colocados en los intermedios, y un riachuelo que serpenteaba al lado de una vereda en figura de caracol, formaba por partes con sus orillas pequeñas albercas, y su corriente se hallaba á trechos detenida por montoncillos de piedras para aumentar el suave murmullo del agua.

Anduviéron muy despacio por medio del bosque embelesados con sus inesperadas delicias, y discurriendo entre sí como, ó por quien, en aquella

region desierta, se habria hermoseado aquel parage con tan inocente artificio. Adelantándose algo mas, oyéron el sonido de instrumentos músicos y viéron una quadrilla de jóvenes y doncellas que baylaban entre la arboleda, y mas adelante divisáron un magnífico palacio, erigido sobre una altura y rodeado de espesos bosques. Las leyes de la hospitalidad oriental les permitian entrar, y el dueño los recibió con las mayores muestras de agrado y benevolencia, y como hombre rico y liberal. Asimismo el discernimiento y trato de gentes le hiciéron advertir que sus húespedes no eran sugetos ordinarios, y así les puso una magnífica mesa.

La eloqüencia de Imlac arrebató su atencion, y la altanera cortesía de la Princesa excitó su respeto. Quando tratáron de irse les rogó que se detuvieran; pero habiéndolo conseguido, al dia siguiente sentia mas su partida, y ellos se dexaron fácilmente persuadir á quedarse algun tiempo, con lo qual la cortesía pasó á ser confianza y libertad. El Príncipe viendo alegres á todos los domésticos, y risueña al parecer en los cortornos del palacio toda la naturaleza, no pudo dexar de concebir la esperanza de encontrar aquí lo que andaba buscando; mas al congratular al dueño sobre la posesion de tanta felicidad, respondió este con un suspiro y dixo: mi situacion tiene á la verdad apariencias de feliz; pero son muy engañosas las apariencias, y mi prosperidad pone en pe-

ligro mi vida, pues el Baxá de Egipto es mi enemigo, solo porque soy rico y popular. Hasta ahora me han protegido contra él los Príncipes del pais, pero como es incierto el favor de los grandes, no sé quando llegará el dia en que se dexen persuadir y repartan mis despojos con el Baxá. Por este miedo he enviado mis tesoros á una provincia remota y todo lo tengo preparado para seguirlos á la primera alarma. Entónces se holgarán mis enemigos en esta mansion, y gozarán de los jardines que yo he plantado.

Todos lamentáron unánimemente su peligro y compadeciéron su destierro, y la Princesa sintió en su pecho tal arrebato de indignacion y sentimiento que se retiró á su quarto.

Despues se estuviéron algunos dias mas con su amistoso huesped, y pasáron adelante en busca del Ermitaño.

CAPÍTULO XXI.

La felicidad del retiro. Historia del Ermitaño.

Llegáron en fin al tercer dia, guiados por los paisanos, á la celda del Ermitaño. Era una caverna en la falda de una montaña cubierta de la sombra de muchas palmas, y á tal distancia del Nilo, que solo se oia un murmullo suave y uniforme, que sere-

naba el ánimo y lo disponia á la meditacion y al discurso; mayormente quando el viento soplaba entre las ramas. El arte habia perfeccionado de tal suerte aquella obra de la naturaleza, que estaba repartida la cueva en diferentes viviendas adequadas á varios usos; y muchas veces se alojaban en ella caminantes extraviados por la obscuridad, ó acosados de tormentas.

Halláron al Ermitaño sentado á la puerta en un banco y gozando el fresco de la tarde. A un lado tenia un libro con plumas y papeles, y al otro habia instrumentos mecánicos de varios géneros. Como se le acercáron sin que él lo advirtiese, observó la Princesa que su semblante no daba indicios de haber hallado, ni poder enseñar el camino de la felicidad.

Le saludáron con gran respeto, y correspondió con la urbanidad de un hombre acostumbrado á los usos de la Corte. Hijos mios, les dixo, si habeis perdido vuestro camino, tendreis para pasar la noche todas las comodidades que puede dar de sí esta caverna. Tengo quanto requiere la naturaleza, y os lo daré de buena voluntad; pero no espereis delicadezas en la celda de un Ermitaño.

Diéronle gracias, y entrando viéron con mucho gusto el aseo y buena disposicion que reynaba por todas partes, y aunque él solo se alimentaba con frutas y agua, les sirvió carne y vino. Su

conversacion era risueña sin ligereza, y devota sin entusiasmo. Muy presto se concilió la estimacion de sus húespedes, y la Princesa ya se arrepentia de su acelerada censura.

Al fin, Imlac introduxo la conversacion diciendo: ya no extraño que vuestra reputacion esté tan extendida. Hemos oido hablar en el Cayro de vuestra sabiduría, y venimos á implorar vuestra direccion y consejos, para la eleccion de vida de este jóven y esta doncella.

Para quien vive bien, respondió el Ermitaño, toda forma de vida es buena, ni puedo dar otra regla de eleccion sino es el huir de toda apariencia de mal.

Ciertamente se apartará del mal, dixo el Príncipe, aquel que se dedique á la soledad que recomendais con vuestro exemplo.

Es verdad, replicó el Ermitaño, que he vivido quince años solitario, mas no deseo que mi exemplo produzca muchos imitadores. Yo seguí en mi juventud la profesion de las armas, y ascendí á los mas altos grados militares: he atravesado vastos paises á la frente de mis tropas, y visto muchas batallas y sitios; y al fin disgustado con los ascensos de un oficial mas jóven que yo, y advirtiendo que empezaba á declinar mi vigor, determiné acabar mi vida en paz, habiendo reconocido lo lleno que está el mundo de miseria, discordias y asechanzas. Conocia esta cueva por haberme guarecido en ella huyendo

del enemigo despues de una derrota, y la elegí para mi última morada, trayendo artífices para formar en ella viviendas y llenándola de todo aquello que podia necesitar.

Por algun tiempo despues de mi retiro me regocijaba como un marinero al entrar en el puerto despues de haber escapado de una furiosa tormenta, y encontraba deliciosa la repentina mudanza del ruido y bullicio de las armas á la quietud y sosiego. Luego que pasó el gusto de la novedad empleaba las horas en exâminar las plantas que crecen en el valle, y los minerales que recogia entre los peñascos. Mas esta investigacion ya me parece insulsa y fastidiosa, y me hallo de algun tiempo á esta parte inquieto y distraido. Mi entendimiento fluctúa entre mil perplexidades de dudas y fantasias de la imaginacion que me acosan á todas horas, porque no tengo medios de desahogo ó diversion. Me avergüenzo á veces de pensar que no supe huir del vicio, sin retirarme del exercicio de la virtud, y llego á sospechar que mas bien que la devocion, me impelió el despecho á buscar la soledad. Juguetea mi fantasia entre imágenes de insensatez, y me lamento de haber perdido tanto y ganado tan poco. En la soledad me libro del exemplo de los malos, pero me falta el consejo de los buenos. He comparado por mucho tiempo los daños con las ventajas de la sociedad, y determino volver al mundo ma-

ñana. La vida del hombre solitario será quasi siempre infeliz, pero no siempre devota. *

Quedáron atónitos de su determinacion; mas habiendo reflexîonado, ofreciéron conducirle al Cayro.

Desenterró un tesoro considerable, que habia escondido entre los peñascos, y los acompañó á la Ciudad, que miraba como enagenado de gozo, conforme se iba acercando.

CAPÍTULO XXII.

Felicidad del que vive conforme á la naturaleza.

Freqüentaba Raselas una asamblea de sabios, que á ciertos tiempos se juntaban para explayar el ánimo y comparar sus opiniones. Sus modales eran algo toscos, pero su conversacion instructiva, y sus disputas agudas, aunque algunas veces violentas, y seguidas hasta el punto de no acordarse ni uno ni otro de la controversia sobre qué habian empezado la qüestion. Eran generales entre ellos ciertos defectos, y cada uno queria gobernar á los demas,

* Esto se entiende quando se elige con poca reflexîon ó por motivos méramente humanos, como lo habia hecho aquel Ermitaño, y no quando es verdadero llamamiento de Dios á la soledad, como sucedia á los santos anacoretas de los desiertos.

y gustaba de oir despreciar la ciencia del otro.

Refirió Raselas en esta asamblea la visita que habia hecho al Ermitaño, y la admiracion que le causaba oirle censurar un sistema de vida que habia elegido con tanta deliberacion y seguido con tanto aplauso. Dividiéronse los pareceres de los oyentes. Unos decian que la locura de su determinacion habria tenido su justo castigo condenándolo á una perpétua perseverancia: otro de los mas jóvenes pronunció con gran vehemencia que era un hipocriton. Otros habláron del derecho que tiene la sociedad al trabajo de sus individuos, y consideraban como desertor de su obligacion al que se retiraba de ella: otros concedian que habia un tiempo en que satisfechas ya las obligaciones para con el público, podia un hombre apartarse del mundo, para exâminar su vida y purificar su corazon.

Uno que al parecer estaba mas movido con la narracion, dixo: que no seria extraño ver al anacoreta dentro de pocos años volver á su retiro, y si la vergüenza no le detenia, ó no le alcanzaba la muerte, salir otra vez al mundo; porque está de tal suerte impresa en nosotros la esperanza y deseo de la felicidad, que no es capaz de borrarla ni aun la mas larga experiencia. Quando consideramos el presente estado, sea el que fuere, sentimos y nos vemos como obligados á confesar sus disgustos, pero quando miramos el mismo estado á cierta distancia

nos lo pinta ya la imaginacion como digno de desearse; mas sin duda ha de llegar el tiempo de que no nos atormente mas el deseo, y de que ninguno sea infeliz sino por su propia culpa.

Esa es, dixo un Filósofo que habia estado oyendo con muchas muestras de impaciencia, esa es la presente situacion del hombre sabio. Ya ha llegado el tiempo en que nadie es infeliz sino por su propia culpa. Y no hay cosa mas ociosa que el inquirir donde se halla la felicidad, puesto que la ha colocado benignamente la naturaleza donde la podemos alcanzar. El modo de ser feliz es vivir segun el dictámen de la naturaleza, siguiendo aquella ley universal é inalterable que se halla originalmente impresa en todos los corazones, no escrita con preceptos, sino grabada por el destino; no imbuida por medio de la educacion, sino infundida en nuestro nacimiento. El que vive conforme á la naturaleza no padecerá las ilusiones de la esperanza, ni las importunidades del deseo: recibirá unas cosas y desechará otras con igualdad de ánimo: y obrará, ó padecerá segun alternativamente lo prescriba la razon de las cosas. Diviértanse en hora buena otros hombres en sutiles definiciones ó raciocinios intrincados; mas aprendan á ser sabios por medios mas fáciles. Observen al ciervo en el monte, y al gilguero en el bosque; consideren la vida de los animales, cuyos movimientos se gobiernan por instinto: ellos obede-

cen á su guia y son felices. Cesen, pues, nuestras disputas y aprendamos á vivir: desechemos el peso de los preceptos que nos abruman, y que no entienden aun los que con tanta pompa y orgullo los pronuncian: y llevemos siempre esta sencilla é inteligible máxîma: que el desviarse de la naturaleza, es desviarse de la felicidad.

Cesó de hablar, y echó la vista alrededor con plácido semblente, como quien gozaba del testimonio de su propia beneficencia. Señor, dixo el Príncipe con mucha modestia, yo como todos los hombres, anhelo por la felicidad. He oido con la mayor atencion vuestro discurso, y no dudo de la verdad de una proposicion que un hombre tan sabio como vos nos afirma con tanta confianza; mas permitidme que os pregunte: ¿qué es vivir conforme á la naturaleza?

Quando encuentro jóvenes tan humildes y tan dóciles, dixo el Filósofo, no puedo negarles instruccion alguna que mis estudios me hayan hecho capaz de dar. Vivir, pues, conforme á la naturaleza es llevar siempre en nuestras operaciones fixa la mira en la conveniencia que redunda de las relaciones y qualidades de las causas y de los efectos; concurrir con el grande é inalterable sistema de universal felicidad; y cooperar con la general disposicion, y tendencia del presente sistema de las cosas.

Presto conoció el Príncipe, que era este uno de aquellos sabios á quien quanto mas oyese ménos

entenderia, y así hizo su reverencia y calló, y el Filósofo suponiéndole muy satisfecho y á los demas convencidos, se levantó y salió con el ayre de un hombre que habia explicado el verdadero sistema.

CAPÍTULO XXIII.

El Príncipe y su hermana reparten entre sí el trabajo de sus observaciones.

Volvió á su casa Raselas, lleno de reflexîones y dudando del modo de dirigir sus pasos en adelante, pues veia que ignoraban igualmente el camino de la felicidad el sabio y el insensato; mas como era jóven se complacia de que le quedaba tiempo para mas pesquisas y experiencias.

Comunicó á Imlac sus observaciones y sus dudas, y este le respondió con nuevas dudas y observaciones que no le daban consuelo, y así trató de discurrir mas freqüentemente y con mas libertad con su hermana que aun conservaba las mismas esperanzas que él, y siempre ocurria con alguna razon para hacer ver que podrian lograr en adelante mejor suceso aunque hasta entónces habian salido frustrados sus esfuerzos.

Nosotros, dixo, hemos conocido hasta hoy muy poco del mundo: no hemos sido grandes, ni pequeños. En nuestro pais aunque personas Reales no te-

niamos poder, y en este no hemos visto aun las menudas circunstancias y ocultos consuelos de la paz doméstica. Imlac no favorece nuestras pesquisas temeroso de que algun dia le encontremos engañado. Repartirémos, pues, entre los dos la tarea; vos exâminaréis lo que se pueda encontrar en el esplendor de los Palacios; y yo andaré entre las sombras de estados mas humildes.

Quizas el mando y la autoridad podrán ser la felicidad suprema, porque dan mas ocasiones de hacer bien; ó quizas la que puede dar de sí este mundo se hallará en las sencillas habitaciones de la mediana fortuna, demasiado baxa para grandes designios, y demasiado alta para escaseces y desdichas.

CAPÍTULO XXIV.

Exâmina el Príncipe la felicidad de los estados elevados.

Aplaudió Raselas el intento: y al dia siguiente se presentó con un tren magnífico en la Corte del Baxá, donde muy presto lo hizo distinguir su esplendor, y fué admitido como un Príncipe que atraido de la curiosidad habia venido de paises remotos, por lograr el trato íntimo de los grandes, y aun freqüentes conversaciones con el mismo Baxá.

Al principio se inclinaba á creer, que debe es-

tar satisfecho de su condicion el hombre que ve que se le acercan los demas con respeto y veneracion, y le escuchan con obediencia, teniendo al mismo tiempo poder para extender por todo un reyno sus edictos. No puede haber, decia, placer igual al que experimenta aquel que siente á un tiempo el gozo de millares de hombres á quienes ha hecho felices, mediante su sabio gobierno; sin embargo, como por las leyes de la subordinacion, este placer sublime no puede caber en suerte mas que á un solo individuo; la razon misma dicta que debe exîstir alguna satisfaccion mas general y asequible, y que no pueden millones de hombres estar sujetos á la voluntad de uno solo méramente para colmar en parte su pecho con un incomunicable contento.

Estas ideas ocurrian freqüentemente á su entendimiento y no encontraba solucion alguna á la dificultad. Mas conforme iban los regalos y obsequios ganándole mayor familiaridad, descubria que casi todos los individuos que se hallaban en puestos elevados, aborrecian á los demas, ó eran aborrecidos de ellos; y que su vida se pasaba en una continuada sucesion de conjuraciones, delaciones, estratagemas, facciones y rebeldías. Muchos de los que cercaban al Baxá eran solamente enviados para velar sobre su conducta y dar avisos secretos de ella. Cada lengua murmuraba y censuraba, y todos se volvian ojos para descubrir en él alguna falta.

Al fin, llegáron cartas de revocacion, y el Baxá fué llevado cargado de cadenas á Constantinopla, y no se hizo mas mencion de su nombre.

¿Qué os parece ahora de las prerogativas del poder, dixo Raselas á su hermana? Será acaso absolutamente ineficaz para el bien, ó será solamente peligroso el grado de poder que se halla subordinado á otro? ¿Es acaso el Sultan el único hombre feliz en sus dominios, ó se hallará él mismo sujeto á tormentos de sospechas, y temores de enemigos?

De allí á poco tiempo fué depuesto el segundo Baxá, pues el Sultan que lo habia elevado fué asesinado por los Genízaros, y su sucesor tenia otros favoritos y otras ideas.

CAPÍTULO XXV.

Prosigue la Princesa sus investigaciones con ménos éxîto que diligencia.

Entretanto iba la Princesa introduciéndose en muchas casas, pues hay pocas puertas que dexen de abrirse quando llegan unidas á llamar la generosidad y el genio amable. Observó que las doncellas en muchas partes eran ayrosas y risueñas; pero Nehayah acostumbrada demasiado tiempo á la conversacion de Imlac y de su hermano, no podia gustar de la pueril ligereza que nada significa: y hallaba sus

pensamientos y deseos baxos y encogidos, su alegría las mas veces artificial, y aun sus mismos gustos, tales quales eran, no se conservaban puros; ántes por lo comun acivarados con la vil emulacion y baxas competencias. Siempre miraban con envidia la hermosura agena, siendo una propiedad que nada se puede aumentar con los afanes, ni minorar con la murmuracion. Muchas estaban enamoradas de hombres tan frívolos como ellas, y muchas creian estarlo, quando solo estaban ociosas: no fundaban sus afectos en el juicio, y en la virtud, y por lo mismo las mas veces venian á parar en enojos; pero sus tristezas y sus alegrías, eran igualmente transitorias. Todo fluctuaba en su mente sin conexîon alguna con lo pasado ó lo futuro, de suerte que un deseo daba lugar á otro, así como la segunda piedra que se echa en una alberca de agua borra el remolino que hizo la primera. Entreteniase la Princesa con estas muchachas como con unos animalitos domésticos y nada dañosos, y hallaba que se desvanecian con su agrado al mismo tiempo que las cansaba su trato.

Mas siendo su intento exâminar las cosas prolixamente persuadia á todos con su afabilidad á que le manifestasen los sentimientos del corazon, ya angustiado, ó ya elevado con esperanzas lisonjeras, y todos la buscaban para que participase de sus afectos.

La Princesa y su hermano se juntaban comunmente por las tardes en su albergue de verano á las

orillas del Nilo y se referían mútuamente las ocurrencias del dia. Una tarde que estaban sentados juntos, volvió la Princesa los ojos hácia el rio y exclamó; respondedme, gran padre de las aguas, vos que extendeis vuestros torrentes por medio de ochenta naciones distintas, responded, digo, á las invocaciones de esta hija de vuestro Rey natural, y decid si regais en tan inmenso curso una sola habitacion donde no se oigan las voces y las quejas del dolor?

En eso manifestais, dixo Raselas, que no habeis tenido mejor éxîto en las casas privadas, que yo en las Cortes. Desde que separámos nuestros departamentos, dixo la Princesa, he logrado entrar con franqueza en muchas familias donde habia la mas bella apariencia de prosperidad y paz, y no conozco una sola casa que dexe de tener contra sí la persecucion de alguna furia que destruye su quietud.

Yo no busqué sosiego entre los pobres, porque me hacia cargo de que allí no se hallaria; pero he visto muchos pobres que tenia por gente acomodada.

La pobreza en las ciudades grandes tiene muy varios aspectos: muchas veces permanece oculta entre esplendor, y otras entre gastos extravagantes. Mucha parte del género humano pone su mayor cuidado en ocultar su indigencia á los demás, y se van sosteniendo con arbitrios temporarios, y consumiendo cada dia en idear para el siguiente.

Sin embargo, este mal aunque freqüente, lo he

visto con ménos dolor, porque lo podia aliviar; pero no han faltado algunos que se han negado absolutamente á mis liberalidades, y léjos de agradecer mi buen deseo, se manifestaban ofendidos de que hubiese conocido tan fácilmente sus urgencias. Otros, que impelidos de su gran necesidad admitian mis ofertas, jamas pudiéron perdonar á su bienhechora: y otros tambien han sido verdaderamente agradecidos, sin ostentar gratitud, ni esperar otros favores.

CAPÍTULO XXVI.

Prosigue la Princesa sus observaciones en la vida privada.

Advirtiendo Nehayah que su hermano la escuchaba con atencion, prosiguió su narrativa de este modo.

En las familias, haya ó no haya pobreza, hay por lo comun discordias. Si un reyno, segun nos dice Imlac, es una familia grande, tambien una familia es un reyno pequeño, despedazado con facciones, y expuesto á contínuas turbulencias. Un observador sin experiencia cree que el cariño entre padres é hijos ha de ser constante é igual; pero este amor rara vez subsiste mas allá de los años de la infancia. Pronto vienen los hijos á ser rivales de sus padres, y se ven obscurecidos los beneficios con las

reconvenciones, y la gratitud envilecida con la envidia. Los padres y los hijos rara vez obran de acuerdo, pues cada hijo procura apropiarse exclusivamente la estimacion y el cariño de los padres, y estos con ménos aliciente se descubren á sus hijos; de suerte que unos ponen su confianza en el padre, y otros en la madre, y se llena insensiblemente la casa de engaños y artificios.

Las opiniones de hijos y de padres, de jóvenes y ancianos, son naturalmente opuestas mediante los contrarios efectos de la esperanza y del abatimiento de las apariencias halagüeñas, y de la experiencia, sin que haya delito, ni desatino por una ni otra parte. Los coloridos de la vida en la juventud y en la ancianidad aparecen tan diferentes, como el semblante de la naturaleza en la primavera y en el invierno. ¿Y cómo pueden los hijos dar crédito á las aserciones de sus padres quando sus mismos ojos se las manifiestan falsas? Pocos padres se conducen de modo que puedan esforzar sus máxîmas con el crédito de sus exemplos. El anciano fia enteramente sus aciertos á trazas lentas y progresos contados: el jóven piensa lograr sus adelantamientos, por medio de la fuerza, del genio, del vigor, y de la precipitacion. El anciano mira con respeto á las riquezas; el jóven reverencia la virtud. El anciano ensalza la prudencia como á deidad, el jóven se entrega á la magnanimidad y al acaso: el jóven que no intenta agra-

viar, cree que nadie le ha de querer agraviar á él, y por consiguiente obra cándida y abiertamente; mas el anciano que ha padecido las injurias del engaño, se ve impelido á sospechar, y á veces á practicarlo. La vejez mira con enfado la temeridad de la juventud, y esta desprecia la escrupulosidad de aquella; y de este modo los padres y los hijos viven amándose ménos cada dia. Y si aquellos que tan íntimamente unió la naturaleza se sirven de mútuo tormento ¿adonde buscarémos ternura y consuelo?

Verdaderamente, dixo el Príncipe, debeis de haber sido muy desgraciada en vuestra eleccion de conocimientos: me repugna el creer que la mas tierna union que exîste se frustre en sus efectos por una especie de necesidad.

Las discordias domésticas, respondió la hermana, no son inevitables y fatalmente necesarias, mas sin embargo, no son fáciles de evitar. Rara vez se encuentra una familia entera que sea virtuosa. El bueno y el malo es difícil que caminen de acuerdo, y aun es mas difícil que vivan de acuerdo entre sí los malos, pues aun los buenos suelen á veces tener sus discordias, quando son sus virtudes de temple diferente, ó extremadas. Pero en todo caso podemos asegurar que logran ser mas reverenciados en general los padres que mas lo merecen: pues el que vive bien no puede ser despreciado.

Otros muchos males infestan la vida privada. Algunos son esclavos de criados, á quienes han fiado sus negocios. Unos viven en afanes y fatigas contínuas, por el capricho de un pariente rico á quien no pueden contentar, y no se atreven á ofender. Hay maridos imperiosos, y mugeres perversas: y como siempre es mas fácil el hacer mal que el hacer bien, aunque rara vez alcance la sabiduría y virtud de un individuo á causar la felicidad de muchos, la locura ó el vicio de uno puede hacer á muchos miserables.

Si tales son generalmente los efectos del matrimonio, dixo el Príncipe, miraré en adelante como cosa muy peligrosa, el unir mis intereses con los de otro individuo, temiendo ser infeliz por culpa de mi consorte.

He encontrado, dixo la Princesa, algunos que viven solteros por esas razones, mas no he hallado ninguno cuya prudencia pueda causar envidia, pues pasan el tiempo como en sueño, sin amistad y sin cariño, y se ven obligados á consumir los dias que de nada les sirven, entre diversiones de niños, ó deleites viciosos. Por otra parte, obran como entes que no pueden ménos de reconocer en sí una cierta inferioridad que llena sus ánimos de rencor y mueve sus lenguas á la censura. Son molestos en casa, y fuera malévolos; y como proscritos de la naturaleza humana, no tienen mas ocupacion ni mas pla-

cer que inquietar aquella sociedad, que los priva de sus privilegios. Vivir sin sentir ni excitar las dulces conmociones del amor: ser afortunado sin añadir á la felicidad agena, ó afligido sin gustar el bálsamo de la compasion, es un estado mas lúgubre que la soledad, pues no solo es retiro, sino exclusion del género humano. Muchos trabajos tiene sin duda el matrimonio, pero el celibato no tiene placeres.

Qué harémos, pues, dixo Raselas? Quanto mas inquirimos ménos resolvemos. Ciertamente tiene mas apariencia de contentarse á sí mismo aquel que no tiene inclinacion agena que contemplar.

CAPÍTULO XXVII.

Argumentos sobre la grandeza.

Se suspendió un rato la conversacion, y habiendo considerado el Príncipe las observaciones de su hermana, le dixo, que sin duda habia visto al mundo con mucha preocupacion, y suponia disgustos donde no se hallaban. Vuestra narracion, dixo, echa un velo mas opaco sobre los tiempos venideros, y las predicciones de Imlac son débiles rasgos de los males que pinta Nehayah. Yo por mi parte he llegado á convencerme de que la tranquilidad no es hija de la grandeza, ni del poder: y que su exîsten-

cia no se compra con las riquezas, ni se alcanza con la fuerza.

Es evidente que el que representa en campo mas espacioso, ha de estar mas expuesto á las oposiciones de la enemistad y á las desgracias del acaso; qualquiera que tiene muchos que contentar ó gobernar, ha de valerse del ministerio de muchos agentes, algunos de los quales serán perversos, y algunos ignorantes, siendo mal aconsejado de unos, y engañado de otros; si gratifica á uno, ofende á otro: aquellos que no son favorecidos se tendrán por perjudicados, y supuesto que solo á pocos se pueden conferir favores, el mayor número estará siempre descontento.

El descontento, dixo la Princesa, que sea tan mal fundado, espero que siempre tendré espíritu para despreciarlo, y vos poder para reprimirlo.

El descontento, replicó Raselas, no será siempre sin razon, aun baxo el mas justo y vigilante Gobierno. Ninguno por mas atento que esté podrá siempre descubrir el mérito obscurecido por la indigencia ó por la parcialidad, y nadie por mas poderoso que sea lo podrá siempre recompensar. Por tanto, aquel que ve un mérito inferior elevado sobre el suyo imputará naturalmente aquella preferencia á parcialidad ó capricho. Y á la verdad, no es fácil esperar que ningun hombre, aunque magnánimo por naturaleza, ó de elevada condicion, pueda

siempre persistir firme en una inexôrable justicia distributiva, pues es muy cierto que alguna vez se dexará llevar de sus propios afectos, ó de los de sus favoritos, permitiendo que le agraden los que nunca le pueden servir, y pareciéndole hallar en los que ama qualidades que en la realidad no tienen. De aquí se sigue que algunas veces prevalecen recomendaciones compradas con dinero, ó por el medio todavía mas destructivo de la adulacion ó servidumbre. El que tiene mucho que hacer, habrá de hacer algo mal, y de este mal ha de sufrir él mismo las conseqüencias; y aunque fuera posible que siempre obrase rectamente, donde tantos han de juzgar de su conducta, los malos le censurarán y se le opondran por malicia, y los buenos por engaño ó mala inteligencia.

Las mas elevadas condiciones no pueden por consiguiente ser habitacion de la felicidad, la qual, á mi parecer, huyó de los tronos y Palacios á las humildes moradas de una mediana y plácida obscuridad. Porque ciertamente ¿qué cosa habrá que pueda estorbar la satisfaccion, ó interceptar las esperanzas de aquel cuyos conocimientos son adeqüados á sus ocupaciones, que ve con sus propios ojos todo el ámbito de su poder, que elige por su propio conocimiento aquellos en quien se fia y á quien nadie intenta engañar con esperanzas, ó temores? Cierta-

mente no le queda mas que hacer sino amar y ser amado, ser virtuoso y ser feliz.

Si la perfecta felicidad se puede adquirir por medio de una perfecta bondad, dixo Nehayah, es una qüestion que en esta vida nunca se podrá determinar: pero lo que sí se puede defender, es que no siempre consigue la virtud una visible y proporcionada felicidad. Todos los males naturales y casi todas las desgracias políticas rodean igualmente á los malos y á los buenos: unos y otros se hallan confundidos en la miseria de una hambre general y en la furia de una faccion; unos y otros se hunden juntos en una tempestad, y son arrojados juntos de su pais por invasiones. Lo único que concede la virtud es serenidad de conciencia, y una firme confianza de lograr mejor estado; esto puede ayudarnos á sufrir con paciencia las calamidades; pero acordaos que la paciencia supone necesariamente dolor.

CAPÍTULO XXVIII.

Raselas y Nehayah prosiguen su conversacion.

Querida Princesa, dixo Raselas, habeis caido en el comun error de exâgeraciones declamatorias, produciendo en un exámen familiar, exemplos de ca-

lamidades nacionales y escenas de miseria pública que se hallan en los libros mas que en el mundo, y que tanto quanto son horrendas, son por fortuna raras. No imaginemos males que no sentimos, ni hagamos injuria á la vida con falsas representaciones. No puedo sufrir aquella eloqüencia amarga que amenaza á cada ciudad con un cerco como el de Jerusalen, que ve venir el hambre sobre la tierra con cada nublado de langosta, y que juzga que cada vientecillo del Sur trae consigo la peste.

Si se trata de aquellos males inevitables y necesarios que inundan reynos enteros de una vez, en vano es disputar, pues quando suceden es preciso sufrirlos; mas es evidente que esas tempestades de destrozo y angustia universal son mas temidas que experimentadas. Millares de personas florecen en su juventud y se marchitan en la vejez, sin conocer mas males que los domésticos, y logran iguales placeres y disgustos quando los Reyes son buenos como quando son crueles; quando los exércitos de su patria vencen y persiguen, ó quando son derrotados y perseguidos. Mientras que las Cortes están llenas de disturbios y competencias intestinas; mientras que los Embaxadores están siguiendo negociaciones en paises remotos, el herrero hiere su yunque con el martillo, el labrador sigue su arado, se solicitan las cosas necesarias para la vida y se logran, y van sucediendo sin alteracion las labores y las cosechas.

Dexemos, pues, de parar la consideracion en lo que quizas nunca sucederá, y si sucediere serán vanas las especulaciones humanas. No nos empeñemos en modificar el curso de los elementos, ni en fixar el destino de los Reynos. Nuestro negocio es considerar lo que unas criaturas como nosotros pueden hacer, trabajando cada uno por su propia felicidad, en promover en quanto alcancen sus fuerzas, y sabiduría la felicidad de sus vecinos.

El matrimonio está evidentemente dictado por la naturaleza. Los hombres y las mugeres se criáron para hacerse mútuamente compañia, y no puedo persuadirme que dexe de ser este uno de los medios de felicidad.

Yo no sé, dixo la Princesa, si el matrimonio es mas que uno de los innumerables modos de la miseria humana. Quando veo y cuento las diversas infelicidades de los casados, las no esperadas causas de perpétuas discordias, la diversidad de genios, la oposicion de pareceres, la contrariedad de deseos sostenidos con impulsos violentos, la oposicion de virtudes, las disputas obstinadas aun sobre asuntos virtuosos, y sostenidas con buena intencion, pero en las quales por falta de prudencia piensa cada uno que tiene de su parte la razon, y quiere que el otro se la ceda, me inclino á pensar con los severos casuistas de muchas naciones que el matrimonio mas bien es permitido que aprobado; y que ninguno, á

no estar instigado de una pasion demasiadamente alimentada, se enredaria en un lazo indisoluble.

Parece que olvidais, replicó Raselas, que poco hace representasteis el celibato como ménos feliz que el matrimonio: ámbos estados pueden ser malos, pero ámbos no pueden ser peores. Así sucede que quando se defienden opiniones falsas que mútuamente se destruyen, dan al entendimiento luz para alcanzar la verdad.

No esperaba yo, dixo la Princesa, que motejaseis de falso lo que solo es efecto de fragilidad. El entendimiento es lo mismo que la vista, que no puede comparar con exâctitud los objetos de vasta extension, y diferentes en sus partes. Quando vemos, ó concebimos á un tiempo el conjunto de muchas cosas, prontamente notamos su diversidad, y determinamos la preferencia; pero en dos sistemas que no puede ninguna criatura humana exâminar perfectamente por el ámbito inmenso de su magnitud é infinitas complicaciones, ¿qué extraño será que juzgando del todo por sus partes, me vea movida alternativamente por una ó por otra segun hiera á mi memoria ó á mi imaginacion? Variamos tanto de nosotros mismos como variamos unos de otros, quando miramos solo una parte de la qüestion, como sucede en la multiplicidad de relaciones politicas y morales; pero quando percibimos el conjunto á un tiempo como en los cómputos numéricos,

todos juzgamos de acuerdo y no hay variedad de opiniones.

No agravemos, dixo el Príncipe, los males de la vida con la amarga controversia, ni nos empeñemos en porfias con sutileza de argumentos. Nuestra ocupacion es buscar lo que ambos gozarémos, si el éxîto es feliz, ó lo que padecerémos ámbos si falta el acierto, y así conviene que nos asistamos mútuamente. Vos, no hay duda, concluisteis arrebatadamente de la infelicidad del matrimonio, contra su institucion; y del mismo modo se podria quizas probar, en vista de las miserias de la vida humana que no puede ser esta un don del cielo. El mundo se ha de poblar mediante el matrimonio ó se ha de poblar sin él.

Cómo se ha de poblar el mundo, replicó la Princesa, no es cuidado mio, ni hay para que sea el vuestro. Yo no temo que la presente generacion se descuide en dexar quien la suceda: ahora no estamos inquiriendo para el mundo, sino para nosotros mismos.

CAPÍTULO XXIX.

Prosigue la disputa sobre el matrimonio.

El bien general, dixo Raselas, es lo mismo que el bien de todas las partes. Si es mejor el matrimonio para el género humano, ha de ser evidentemen-

te mejor para sus individuos, pues de lo contrario, una obligacion permanente y necesaria seria causa del mal, y habrian de ser inevitablemente sacrificados algunos á la conveniencia de otros. En la comparacion que habeis hecho de los dos estados, se ve que las incomodidades de la vida soltera son en mucha parte necesarias y ciertas; mas las del estado conyugal accidentales y posibles de evitar.

Yo no puedo dexar de lisonjearme de que la prudencia y benevolencia puedan hacer feliz el matrimonio. La general locura del hombre es causa de continuas quejas. ¿Que se puede esperar sino disgustos y arrepentimiento de una eleccion hecha en el verdor de la juventud y en sus mas ardientes deseos, sin juicio, sin premeditacion, y sin pensar en que haya conformidad de opiniones, semejanza de costumbres, rectitud de juicio, y pureza de sentimientos? De esta manera se procede al matrimonio. Un jóven y una doncella se encuentran por casualidad ó se les hace encontrar: míranse recíprocamente, se hacen cortesias, se van á su casa y sueñan uno con otro; y como no tienen suficientes ocupaciones para divertir la atencion ó variar los pensamientos, están desazonados quando se apartan, y de aquí infieren que juntos serian felices. Pero se casan y entónces descubren defectos que solo una voluntaria ceguedad pudo ocultarles, y gastando la vida en altercaciones, acusan á la naturaleza de

crueldad. De estos matrimonios tempranos procede tambien la rivalidad entre padres é hijos. El hijo ansía por gozar del mundo ántes que el padre tenga gusto en abandonarlo: la hija empieza á lucir ántes que la madre se acomode á parecer vieja, y ninguno de ellos dexa de hallarse bien con la ausencia del otro.

Estos males pueden sin duda evitarse por medio de aquella deliberacion y espera que la prudencia dicta en una eleccion irrevocable. Entre la variedad y jovialidad de los placeres juveniles, se puede bastante bien sobrellevar la vida, sin el auxîlio de compañeros. El progreso del tiempo trae experiencia, y con miras mas extensas hay mas ocasion de inquirir y hacer una eleccion buena. Á lo ménos hallamos en esto una ventaja cierta, y es que los padres serán visiblemente mas viejos que sus hijos. Lo que la razon no puede colegir, ni ha enseñado la experiencia, dixo la Princesa, solo se puede saber por relacion agena. Me han dicho que los matrimonios muy tardíos, no suelen ser los mas felices. Esta es una qüestion demasiado importante para descuidarla, y la he propuesto varias veces á sugetos cuyas observaciones agudas y ciencia comprehensiva hacian respetable su voto, y siempre han determinado, que es peligroso al hombre ó á la muger fiar su suerte mútuamente uno de otro, en el tiempo en que están arraigadas las opiniones, y estable-

cidas las costumbres, y quando por una y otra parte se han contraido amistades, se ha establecido un plan de vida, y ha gozado por mucho tiempo el entendimiento de la contemplacion de sus propias ideas.

Es casi imposible que dos que han caminado por el mundo conducidos del acaso se vean dirigidos á una misma senda, y rara vez sucederá que alguno de ellos quiera apartarse del camino que le ha hecho agradable la costumbre.

Quando la natural ligereza de la juventud se llega á convertir en regularidad, presto sucede el orgullo que se avergüenza de ceder, ó la obstinacion que se deleita en contradecir; y aunque por medio de la mútua estimacion se produzca el deseo de agradar, el tiempo mismo, así como va modificando insensiblemente la apariencia exterior, determina y dirige tambien las pasiones, y da una inflexîble rigidez á los modales. Las costumbres arraigadas no se destruyen fácilmente: y el que quiere mudar el curso de su vida, trabaja muchas veces en vano. ¿Cómo, pues, hemos de hacer por otros lo que rara vez podemos hacer por nosotros mismos?

Pero sin duda, replicó el Príncipe, suponeis olvidado el principal motivo para la eleccion. Quando yo busque muger mi primera pregunta será, si es de aquellas que se dexan gobernar por la razon.

De ese modo, dixo Nehayah, es como se engañan los Filósofos. Hay mil disputas familiares que la razon no puede decidir; mil qüestiones que eluden toda investigacion, y hacen inútil y ridícula la lógica; y mil casos en que precisamente se ha de hacer algo, y se puede decir poco. Considerad el estado de la humanidad, y ved quan pocos podemos suponer que obran siguiendo todas las razones que se presentan á sus entendimientos. Infelices serian sobre toda infelicidad, aquellos que estuviesen condenados á ajustar cada mañana con razones el minutísimo detalle de un dia doméstico. Los que se casan en edad avanzada probablemente se librarán de la demasiada libertad de sus hijos; pero en contrapeso de esta ventaja los dexarán ignorantes y débiles, entregados á la merced de un tutor; ó á lo ménos saldrán de esta vida ántes de verlos colocados. Y si de los hijos tienen ménos que temer, tienen tambien ménos que esperar; y ademas pierden sin equivalente alguno los placeres de un temprano amor, y la conveniencia de unirse en un tiempo en que las costumbres son mas dóciles, y el entendimiento mas susceptible de nuevas impresiones, pudiendo así borrar la diversidad de carácter por medio del largo trato, del mismo modo que los cuerpos blandos con el continuo contacto conforman las superficies entre sí.

Yo creo que los que se casan tarde, están mas contentos con sus hijos, y los que se casan temprano con sus consortes.

La union de estos dos afectos, dixo Raselas, produciria todo lo que se puede desear. Habrá quizas un tiempo en que el matrimonio los pueda unir, un tiempo no demasiado temprano para padre, ni demasiado tarde para marido.

Cada vez, dixo la Princesa, me confirmo mas en la idea favorable que formé sobre la proposicion que tan amenudo oí de la boca de Imlac, y es que la naturaleza coloca sus dones á derecha y á izquierda. Aquellas situaciones que lisonjean la esperanza, y atraen el deseo, están constituidas de tal suerte, que conforme nos acercamos á una, nos apartamos de otra. Hay bienes tan opuestos entre sí, que no es posible asirlos ámbos; y por demasiada prudencia solemos pasar por medio á tan larga distancia, que no podemos lograr uno ni otro.

Esto es lo que resulta muchas veces de considerar demasiado, pues nada hace el que pretende hacer mas de lo que permite la humanidad.

No os lisonjéeis con ideas de placeres contrarios: de las felicidades que se os presentan, elegid una y contentaos. Ningun hombre puede gustar los frutos del otoño en el momento en que se está deleitando con el suave olor de las flores de la primavera, ni puede ninguno á un tiempo llenar un vaso

en el nacimiento del Nilo y en su embocadura.

CAPÍTULO XXX.

Imlac entra y se muda la conversacion.

Aquí entró Imlac, y los interrumpió. Imlac, dixo Raselas, he estado escuchando á la Princesa la triste historia de la vida privada, y me hallo casi desalentado de seguir mi solicitud.

Pareceme, dixo Imlac, que mientras andais haciendo eleccion de vida os olvidais de vivir, pues vagais por una sola ciudad, que por grande ó variada que sea nos puede presentar poco de nuevo, y se os olvida que estais en un pais famoso entre las mas antiguas monarquías por el poder y sabiduría de sus habitantes; un pais donde primero rayó la luz de las ciencias que iluminan al mundo, y en donde solo y no mas allá se pueden descubrir los principios de las artes útiles á la sociedad civil y doméstica.

Los antiguos Egipcios han dexado á la posteridad monumentos de industria y poder, ante los quales hemos de confesar que se obscurece toda la magnificencia europea. Las ruinas de su arquitectura son escuelas para los modernos arquitectos, y en vista de las maravillas que ha perdonado el tiempo, podemos conjeturar, aunque inciertamente, lo que ha destruido.

Mi curiosidad, dixo Raselas, no me inclina mucho á exâminar montones de piedras, ni de tierra : mi cuidado es el hombre, y aquí he venido, no á medir fragmentos de templos, ni descubrir el curso de aqüeductos ya cegados, sino para ver las varias escenas del mundo.

Las cosas que tenemos ahora presentes, dixo la Princesa, exîgen y merecen atencion. ¿Qué tengo yo que hacer con los héroes y los monumentos de tiempos antiguos? ¿Con tiempos que no han de volver, y héroes cuyo género de vida era tan diverso de lo que requiere ó permite el estado presente de los hombres?

Para conocer alguna cosa, replicó el Poeta, hemos de saber sus efectos: para ver al hombre es menester ver sus obras, y para que entendamos lo que dictó la razon, ó lo que la pasion obró, es necesario descubrir quales son los mas poderosos motivos de las acciones. Para juzgar con rectitud de lo presente lo hemos de comparar con lo pasado, pues todo juicio es comparativo; y á la verdad rara vez se ocupa mucho el entendimiento con lo presente : recuerdos y anticipaciones llenan casi todos nuestros instantes : nuestras pasiones son gozo y tristeza, amor y odio, esperanza y temor. Del gozo y de la tristeza es objeto lo pasado, y lo futuro lo es de la esperanza y del temor; aun el amor y el odio

son respecto á lo pasado, pues la causa ha de haber exîstido ántes que el efecto.

El estado presente de las cosas es conseqüencia de lo pasado, y es muy natural inquirir quales fuéron los manantiales del bien que gozamos, y del mal que padecemos. Si para nosotros solos trabajamos, no es prudencia descuidar el estudio de la historia, y si estamos encargados del cuidado de otros, no es justo. La ignorancia voluntaria es delito; y bien se podrá tener como causa del mal, el que se negó á aprender el modo de evitarlo.

No hay parte de la historia tan útil en general como la que se dirige á conocer los progresos del entendimiento humano, los grados por donde se ha adelantado la razon y los progresos sucesivos de las ciencias, las vicisitudes de la sabiduría y de la ignorancia, que son la luz y sombras de las criaturas discursivas; la extincion y resurreccion de las artes y las revoluciones de este mundo intelectual. Si las noticias de batallas, é invasiones son peculiarmente la ocupacion de los Príncipes, no se han de descuidar las de las artes de comodidad y elegancia, pues aquellos que tienen que gobernar reynos tambien tienen que cultivar entendimientos.

El exemplo siempre es mas eficaz que el precepto. El soldado se forma en la guerra, y el pintor se perfecciona copiando pinturas. En esto tiene

ventajas la vida contemplativa, pues rara vez se ven acciones grandes, pero los modelos del arte están siempre á mano para el que desea saber lo que pudo obrar el arte.

Quando la vista de la imaginacion mira atónita alguna obra extraordinaria, el primer paso que da un entendimiento vivo es inquirir por qué medios se hizo. Aquí empieza el uso verdadero de la contemplacion, con la qual se ensancha la comprehension con nuevas ideas, y quizas se recupera algun arte olvidado ya de los hombres, ó se aprende lo que con ménos perfeccion se conoce en otro pais; ó á lo ménos comparamos nuestros tiempos con los pasados, y nos alegramos de los adelantamientos, ó descubrimos nuestros defectos, que es el primer paso hácia el bien.

Yo quiero, dixo el Príncipe, ver todo lo que merezca mi exámen. Y yo, dixo la Princesa, me alegraré de aprender algo de las costumbres de la antigüedad.

El mas pomposo monumento de la grandeza del Egipto, y una de las obras mas abultadas de la humana industria, dixo Imlac, son las pirámides, fábricas elevadas ántes que se conociera la historia, y de las que, aun las mas remotas noticias, nos dan solo tradiciones inciertas. De estas la mas grande exîste todavía muy poco injuriada del tiempo.

Vamos, pues, á visitarlas mañana, dixo Ne-

hayah, pues he oido mucho de las pirámides, y no descansaré hasta que las vea por dentro y fuera con mis propios ojos.

CAPÍTULO XXXI.

Van á visitar las pirámides.

Tomada la resolucion emprendiéron su viage al dia siguiente. Echáron tiendas sobre sus camellos, y determinados á permanecer entre las pirámides hasta satisfacer plenamente su curiosidad, fuéron caminando despacio, apartándose para ver todo lo que hubiese digno de observacion; y á veces paraban á conversar con los habitantes, observando las varias apariencias de ciudades arruinadas y habitadas, y de la naturaleza silvestre, y cultivada.

Quando llegáron á la pirámide grande, quedáron atónitos al ver la extension de su base, y la inmensa altura de su punta. Imlac les explicó sobre qué principios fué erigida la forma piramidal para una fábrica cuya duracion se intentaba compitiese con la del mundo, y les manifestó que aquella diminucion gradual le da una estabilidad tal que resiste casi á todos los acometimientos de los elementos, y aun con dificultad podria ser trastornada por los terremotos que son el impulso mas irresistible de violencia natural. Un estremecimiento que abriese

la pirámide amenazaria á todo el continente de una total disolucion.

Midiéron todas sus dimensiones, y colocáron sus tiendas al pie de ella. Al dia siguiente se preparáron á entrar por sus interiores repartimientos, y habiendo alquilado guias del pais, trepáron hasta la primera entrada; pero la favorita de la Princesa, mirando aquella concavidad se detuvo, y empezó á temblar. Pehuah, dixo la Princesa, de qué temes? De la angosta entrada, respondió la Señora, y de la horrenda obscuridad. Yo no me atrevo á entrar en un parage que ciertamente estará habitado de almas desasosegadas. Los antiguos poseedores de estas tremendas bóvedas se levantarán á nuestra vista, y quizas nos encerrarán en ellas para siempre. Así habló y echó sus brazos al cuello de su Ama.

Si todo vuestro temor es de apariciones, dixo el Príncipe, yo os prometo seguridad: pues no hay porque temer á los muertos, puesto que el que una vez se entierra, no volverá á verse mas.

Que los muertos no se vuelvan á ver, dixo Imlac, es lo que no me empeñaré en defender contra el testimonio invariable y uniforme de todas las edades, y de todas las naciones, pues no hay gentes ignorantes ó sabias entre las quales no se cuenten y crean apariciones de difuntos. Esta opinion, que quizas prevalece por todo el ámbito de la na-

turaleza humana, solo por verdadera pudo hacerse universal, pues gentes que nunca se comunicáron no podian ponerse de acuerdo en una relacion que solo puede hacer creible la experiencia. El que lo duden algunos cavilosos, debilita muy poco la general evidencia, y muchos que con la lengua lo niegan, lo confiesan con sus temores.

No por esto pretendo añadir nuevos temores á los que ya han sobrecogido á Pehuah, pues no hay motivo para que los espectros hayan de freqüentar mas la pirámide que otros parages, ni para que hayan de tener poder ó voluntad para hacer daño á la inocencia y á la pureza, puesto que ni violamos sus privilegios con nuestra entrada, ni nada les podemos quitar.

Mi querida Pehuah, dixo la Princesa, yo caminaré siempre delante de tí é Imlac te seguirá: acuerdate que eres compañera de la Princesa de Abisinia.

Si la Princesa gusta que su sierva muera, replicó la Señora, mande alguna muerte ménos tremenda que el encierro en esta hórrida caverna. Bien sabeis que no osaré desobedeceros, y que habré de ir donde mandeis, pero si una vez éntro, jamas volveré á salir. Conoció la Princesa que su terror era demasiado fuerte para ser vencido con reconvenciones ó amenazas, y así, dándola un abrazo la dixo que se quedaria en la tienda hasta que volvie-

sen todos. Pehuah, no hallándose aun satisfecha, empezó á rogar á la Princesa que se dexase de aquella tremenda empresa de entrar en las cavidades de la pirámide. Pero Nehayah la respondió: aunque no puedo comunicar valor, no debo aprender cobardía, ni dexar al fin por hacer aquello mismo á que vine.

CAPÍTULO XXXII.

Entran en la pirámide.

Pehuah baxó á las tiendas y los demas entráron en la pirámide. Pasáron por las galerías, viéron las bóvedas de mármol, exâmináron el arcon en que suponian estar depositado el cuerpo del fundador, y sentáronse luego en una de las mas espaciosas piezas para descansar un rato ántes de emprender la vuelta.

Ahora, dixo Imlac, hemos satisfecho nuestros entendimientos con un prolixo exámen de la mayor obra del hombre, excepto la muralla de la China.

De la muralla es fácil asignar el motivo, que no fué otro que asegurar á una nacion rica y cauta contra las incursiones de bárbaros, cuya ignorancia en las artes, los estimulaba mas bien á suplir sus necesidades por medio de la rapiña que por la in-

dustria, y que de quando en quando se dexaban caer como buytres hambrientos, sobre las pacíficas moradas de la industria y del comercio. Su velocidad y fiereza hacian necesaria la muralla, y su ignorancia la hacia útil.

Mas en quanto á las pirámides, jamas se ha encontrado motivo proporcionado á su gasto y trabajo. La angostura de las estancias prueba que no podian servir de retirada en tiempo de enemigos: y qualesquiera tesoros se podian ocultar de otro modo con mucho ménos dispendio y con igual seguridad. Parece que fuéron erigidas únicamente con la mira de saciar aquella hambre de imaginacion que incesantemente come y consume la vida, y que es menester aplacar con alguna ocupacion. Aquellos que tienen ya todo lo que pueden gozar, han de extender necesariamente sus deseos. El que edificó para su uso hasta no necesitar mas, habrá de empezar á edificar por vanidad, y extenderá su plan hasta el último extremo de la habilidad humana, para no verse presto obligado á formar nuevos deseos.

Considero esta inmensa estructura como un monumento de la insuficiencia de los placeres humanos. Un Rey, cuyo poder no tiene límites, y cuyos tesoros alcanzan mas allá de toda urgencia real ó imaginaria, se ve compelido á solazar mediante la ereccion de un pirámide, la saciedad del mando

y la insulsez de los placeres, y entretener el tedio de una vida que declina, viendo trabajar á millares de hombres incesantemente, y poner piedras sobre piedras sin mas fin que ponerlas.

Como quiera que sea, vos que no contento con una condicion mediana, imaginais encontrar felicidad en la magnificencia real, y soñais que el mando y las riquezas pueden alimentar el apetito de la novedad con perpétuas gratificaciones, exâminad las pirámides, y confesad vuestra delirio.

CAPÍTULO XXXIII.

Afligese la Princesa con una desgracia inesperada.

Se levantáron y saliéron por las mismas cavidades por donde habian entrado. Iba la Princesa preparando para su favorita una larga narracion de aquellos obscuros laberintos y magníficas estancias; y de las varias impresiones que habia hecho en su ánimo la diversidad del camino; mas quando llegáron al sitio donde estaba su tren halláron á todos en un triste silencio; los hombres manifestaban en su semblante temor y vergüenza, y las mugeres estaban en las tiendas llorando. Sin detenerse en hacer conjeturas sobre lo que podia haber sucedido, preguntáron inmediatamente la causa de aquella novedad; y uno

de los criados les dixo: apenas habiais entrado en la pirámide, se arrojó sobre nosotros una tropa de Árabes, y como eramos muy pocos para resistirles, y con poco lugar y presteza para escapar, iban á registrar las tiendas y colocarnos sobre nuestros camellos para llevarnos consigo, quando al mismo tiempo se acercáron algunos Turcos á caballo que los pusiéron en precipitada fuga, pero se apoderáron de la Señora Pehuah y sus dos criadas y se las lleváron. Los Turcos van en su seguimiento á instancia nuestra, mas temo mucho que no los alcanzarán.

La Princesa se sobrecogió de dolor. Raselas en el primer ardor de su enojo mandó á sus criados que los siguiesen, y se preparaba á correr tras de los ladrones con el sable en la mano; pero Imlac le dixo: Señor, qué teneis que esperar de la violencia ó del valor? Los Árabes llevan caballos exercitados en las batallas y en las retiradas; nosotros no tenemos mas que bestias de carga; y si nos apartamos de este sitio, podrémos perder á la Princesa sin esperanza de recobrar á Pehuah.

De allí á poco volviéron los Turcos sin haber podido alcanzar al enemigo. Volvió de nuevo la Princesa á sus lamentaciones, y con dificultad pudo Raselas refrenarse para no vituperarles de cobardes; pero Imlac era de opinion, que el haber escapado los Árabes, no era aumento de desgracia, pues era

dable que si los hubieran alcanzado, primero habrian matado sus cautivos que entregarlos.

CAPÍTULO XXXIV.

Se vuelven al Cayro sin Pehuah.

No habia que esperar con detenerse allí mas tiempo. Volviéron al Cayro, arrepentidos de su curiosidad, censurando la negligencia del gobierno, lamentando igualmente su propio descuido en no haber procurado una guardia, imaginando varios expedientes que podrian haber estorbado la pérdida de Pehuah, y determinando hacer algo para recuperarla aunque ninguno daba en el modo de conseguirlo.

Nehayah vivia retirada en su quarto entre sus criadas que procuraban consolarla, diciendola que todos tenian sus trabajos, y que la Señora Pehuah habia gozado mucha felicidad en el mundo, y por tanto era regular que le tocase ya una mudanza de fortuna. Que ademas esperaban que lograria algun bien donde quiera que estuviese, y su ama encontraria alguna amiga que supliese su lugar.

La Princesa no les respondia, y ellas proseguian en su forma de duelo, aunque sus corazones no estaban muy afligidos por la pérdida de la favorita.

El dia siguiente presentó el Príncipe un memorial al Baxá quejándose del agravio recibido y pidiendo justicia. El Baxá prometió castigar á los ladrones, pero no dió pasos para cogerlos, pues en realidad no se podian dar señas, ni rastro por donde dirigir el alcance.

Presto se conoció que nada se haria por autoridad, pues los gobernadores acostumbrados á oir mas delitos de los que pueden castigar, y mas agravios de los que se pueden deshacer, se adormecen y descansan en una sórdida negligencia, y apenas pierden de vista al demandante, quando ya han olvidado la súplica.

Imlac solicitó noticias por medio de agentes particulares, y encontró muchos que preciándose de conocer exâctamente todas las guaridas de los Árabes, y de tener una correspondencia regular con sus xefes, ofreciéron recobrar á Pehuah. Á algunos de estos se les dió dinero para su viage, y no volviéron á parecer, y á otros se les pagó liberalmente por noticias, cuya falsedad se descubrió en pocos dias. Pero la Princesa que no sufria el dexar de probar todos los medios posibles, solo vivia mientras se estaba haciendo algo que alimentase su esperanza. Desvanecido un expediente se sugeria otro, y quando un mensagero volvia sin haber acertado, se despachaba inmediatamente otro hácia otra parte.

Pasáronse dos meses, y aun no se sabia nada de

Pehuah. Se iban amortiguando ya las esperanzas con que unos á otros se habian querido sostener, y la Princesa viendo que no habia mas recursos que probar, se halló sumergida en un piélago de tristeza y abatimiento. Mil veces se reprehendia á sí misma de la blandura con que permitió á Pehuah quedarse atras. Si mi cariño, decia, no hubiera contenido mi autoridad, no se habria atrevido Pehuah á hablar de sus terrores, pues debia haberme temido á mí mas que á los espectros. Un semblante severo la hubiera sobrecogido, y una órden absoluta la hubiera compelido á obedecer. ¿Por qué prevaleció en mí una necia indulgencia? Por qué no alcé la voz, y me negué á escucharla?

Gran Princesa, dixo Imlac, no vitupereis vuestra propia virtud, ni considereis como digno de censura aquello de que accidentalmente ha resultado daño. La ternura con que mirásteis el miedo de Pehuah fué generosa y humana; y quando obramos conforme á nuestra obligacion dexamos el suceso en manos de aquel por cuyas leyes son gobernadas todas nuestras acciones, y que no permitirá que sea ninguno finalmente castigado por obediente. Quando con la mira de algun bien aparente, sea natural ó moral, quebrantamos las reglas que nos están prescritas, nos separamos de la direccion de aquella inmensa sabiduría y nos cargamos con todas las consequiencias. No le es posible al hombre tener tal

conocimiento de la conexîon que exîste entre las causas y sus efectos, que pueda aventurarse á obrar mal para que resulte bien. Quando por medios lícitos procuramos alcanzar los gustos á que aspiramos, siempre nos queda por consuelo, aunque se frustren nuestros esfuerzos, la esperanza de una futura recompensa; mas si consultamos solo á nuestra astucia, queriendo hallar mas breve camino para el bien quebrantando los linderos señalados entre lo justo é injusto, no podemos ser dichosos aunque lo consigamos, porque no podemos huir de los remordimientos de nuestra conciencia; y si el suceso es malo, nuestro desconcierto es sin remedio mas amargo. ¡Quan sin consuelo es el dolor de aquel que á un mismo tiempo siente las angustias de culpado y la molestia de la calamidad que le atraxo su delito!

Considerad, Princesa, en qué situacion os hallariais si la Señora Pehuah hubiera solicitado acompañaros, y habiendo quedado contra su gusto en las tiendas se la hubieran llevado; ó como podriais sufrir la idea de haberla hecho entrar por fuerza en las pirámides y que hubiese caido muerta de terror á vuestra vista.

Si qualquiera cosa de esas hubiese así sucedido, respondió la Princesa, no pudiera haber sufrido vivir hasta ahora, pues me atormentaria en extremo la memoria de semejante crueldad, y me hubiera ido consumiendo en odio de mí misma.

Tal es á lo ménos la recompensa de una virtuosa conducta, que ninguna conseqüencia desgraciada puede obligarnos al arrepentimiento.

CAPÍTULO XXXV.

La Princesa se consume por la falta de Pehuah.

Reconciliada ya Nehayah consigo misma, hallaba que no hay mal insufrible sino el que está acompañado de los latidos de una conciencia culpada. Desde entónces se vió ménos combatida de los ímpetus violentos de la furiosa afliccion, y vino á parar en un estado de silencio pensativo, y de sombría tranquilidad. Pasaba todo el dia desde la mañana hasta la noche recordando todo lo que su Pehuah habia dicho, ó hecho, y recogia con el mayor cuidado, hasta la mas mínima friolera que casualmente habia sido del gusto de Pehuah, y que podia traer á la idea qualquier pequeño incidente, ó conversacion casual. Los pensamientos de aquella que ya no esperaba ver los colocaba en su memoria como reglas para la vida, y siempre que deliberaba sobre algo, todo era conjeturar qual seria acerca de aquello la opinion y el consejo de Pehuah.

Las mugeres que la servian no sabian el verdadero estado de su ánimo, porque no las hablaba

sino con cautela y reserva. Se iba amortiguando en ella toda curiosidad, y no anhelaba ya por recoger ideas que no hallaba gusto en comunicar. Raselas trató al principio de consolarla y despues solicitó divertirla. Buscáronla músicos hábiles que parecia escuchaba, mas no los oia, y la traxéron maestros que la instruyesen en varias artes, pero sus lecciones eran repetidas una y otra vez infructuosamente. En fin habia perdido toda inclinacion al placer, y todo deseo de lucir, y su ánimo aunque alguna vez se esparcia por breves instantes, recurria siempre á la imágen de su amiga.

Cada mañana se le encargaba á Imlac con el mayor ahinco que renovase las pesquisas, y cada noche se le preguntaba si habia sabido algo de Pehuah: hasta que no pudiendo dar á la Princesa la respuesta que deseaba, llegaba con mucha repugnancia á su presencia; pero ella observando esta detencion le mandó que la acompañase. No debeis, le dixo, confundir la impaciencia con el enojo, ni suponer que os acuso de negligente, porque me desazona el mal suceso. No extraño mucho vuestra ausencia, pues sé que nunca agradan los infelices, y que cada qual huye naturalmente del contagio de la miseria. El oir lamentos es igualmente penoso al desgraciado y al feliz, porque ¿quién habrá que quiera obscurecer con la tristeza agena los breves ratos de alegría que nos concede esta miserable

vida? ¿Ni qual será el que luchando con sus propios males, les quiera agregar las miserias de otro?

Se acerca el tiempo en que ya no incomodarán á nadie los suspiros de Nehayah: ya se acabáron para mí los anhelos por la felicidad, pues estoy determinada á retirarme del mundo, y de todas sus lisonjas y engaños, escondiéndome en la soledad, sin mas cuidado, que el de serenar mis pensamientos y arreglar mis horas por medio de una constante sucesion de ocupaciones inocentes, hasta que con un ánimo purificado de todo deseo terreno, éntre en aquel estado al que todos velozmente caminamos, y en el que espero volver á gozar de la amistad de Pehuah.

No entregueis vuestro ánimo, dixo Imlac, á determinaciones irrevocables, ni agraveis el peso de la vida con un cúmulo voluntario de desdichas, pues se irá aumentando el tedio del retiro á medida que se vaya entibiando la memoria de la pérdida de Pehuah. El haber sido privada de un gusto no es buena razon, para desechar todos los demas.

Desde que me quitáron á Pehuah, dixo la Princesa, no hallo gusto que desechar, ni que admitir, porque la que no tiene á quien amar, ni en quien confiarse, poco tiene que esperar, puesto que le falta el principio radical de la felicidad. Quizas las satisfacciones que se pueden gozar en este mundo, se derivan de la union de las riquezas, del sa-

ber, y de la bondad ; mas las riquezas no sirven sino se reparten, y el saber tampoco sino se comunica, ¿con quien, pues, podré ya gustosa participarlas? La virtud sola concede el único consuelo que se puede gozar sin compañia ; y esta se puede practicar en la soledad.

Hasta qué punto se pueda en la soledad entablar ó perfeccionar la virtud, replicó Imlac, es lo que por ahora no me empeñaré en disputar. Mas acordaos de la confesion de aquel piadoso Ermitaño. Desearéis quiza volver al mundo, quando la imágen de vuestra compañera se haya borrado de vuestro pensamiento.

Ese tiempo nunca llegará, dixo Nehayah, aquel candor amable y franco, aquel obsequio modesto, y fiel secreto de mi amada Pehuah, siempre lo echaré ménos, y tanto mas, quanto viva mas tiempo á la vista del vicio y de la locura.

El estado de un ánimo oprimido con una repentina calamidad, dixo Imlac, es como el de aquellos fabulosos habitadores del recien criado orbe, quienes en vista de la primera noche que sobrevino, suponian que nunca volveria el dia. Quando nos circundan los nublados de la tristeza, no alcanzamos á ver nada mas allá de ellos, ni podemos imaginarnos como se han de disipar: con todo, un nuevo dia sucede á la pasada noche, y la afliccion nunca dura mucho sin que haya algunas vislumbres de so-

siego; pero los que se retraen de admitir consuelo, hacen como hubieran hecho aquellos salvages, si se hubiesen sacado los ojos, quando estaba obscuro. Nuestros ánimos, del mismo modo que nuestros cuerpos, están en un perpétuo fluxo y refluxo: cada hora se pierde algo, y se gana algo. El perder mucho á la vez, es perjudicial á ámbos; mas si las potencias vitales se mantienen ilesas, hallará medios la naturaleza para reparar los daños. Tiene la distancia los mismos efectos en el ánimo que en los ojos; mientras surcamos por la corriente del tiempo, todo lo que dexamos atras se va aminorando, y aquello á que nos acercamos, aumenta su magnitud.

No querais dexar estancar vuestra vida, pues se encharcará por falta de movimiento. Volveos á entregar á la corriente del mundo: Pehuah insensiblemente se irá desvaneciendo, y acaso podréis encontrar otra favorita y volveréis gustosa al trato de gentes.

Á lo ménos, dixo el Príncipe, no desespereis hasta que se hayan tomado todos los medios posibles, pues aun se está siguiendo la pesquisa de la desgraciada Señora, y se seguirá con mas y mas diligencia, á condicion que prometais aguardar un año las resultas ántes de tomar ninguna resolucion irrevocable.

Le pareció á Nehayah razonable esta propues-

ta, é hizo á su hermano la promesa que pedia. Todo esto era manejo de Imlac, que á la verdad no tenia grandes esperanzas del recobro de Pehuah; pero suponia que ganando el intervalo de un año no estaria muy en peligro la Princesa de entrar en el claustro.

CAPÍTULO XXXVI.

Aun es recordada Pehuah, y progresos de la tristeza.

Viendo Nehayah que ninguna solicitud se omitia para el recobro de su favorita, y habiéndose obligado mediante su promesa á suspender por entónces la intencion de retirarse, empezó insensiblemente á volver á sus acostumbradas ocupaciones y regulares divertimientos, alegrándose sin saber como, al advertir alguna suspension en sus angustias, y alguna vez se indignaba contra sí misma al verse capaz de apartar la memoria de aquella á quien no queria absolutamente olvidar.

Luego señaló cierta hora del dia, para hacer reflexîones sobre el mérito y cariño de Pehuah, y durante algunas semanas, se retiraba indefectiblemente á la hora señalada, y salia con los ojos hinchados de llorar, y el semblante abatido. Poco á poco se fué haciendo ménos escrupulosa, y por

qualquiera asunto de importancia ó cuidado se dispensaba del tributo diario de lágrimas. Luego cedia á mas leves ocasiones, y aun algunas veces, olvidando lo que en realidad temia recordar, llegó á aliviarse de la obligacion de aquel llanto periódico. Con todo, no se habia aminorado su verdadero cariño á Pehuah; mil ocurrencias se la traian á la memoria, y mil urgencias, que solo podian aliviar la amistad y la confianza se la hacian echar ménos.

Rogaba, pues, á Imlac que no desistiese en la solicitud, ni dexase de aprovechar hasta la mas mínima inteligencia, para poder siquiera tener el consuelo de saber que no padecia por desidia ó pereza; pero añadia: ¿qué hay que esperar de nuestros afanes en busca de la felicidad, quando hallamos ser tal el estado de esta vida, que la misma felicidad es causa de la miseria? ¿Por qué hemos de desear la consecucion de aquello que aun conseguido no podemos hacer permanente? En adelante temeré siempre entregar mi inclinacion á lo mas excelente, aunque sea á la ternura misma del cariño, para no verme expuesta de nuevo á la pena de perder lo que con mi Pehuah perdí.

CAPÍTULO XXXVII.

Adquiere la Princesa noticias de Pehuah.

A los siete meses volvió uno de los mensageros, que habia sido enviado el dia que se logró la promesa de la Princesa, diciendo que despues de haber peregrinado infructuosamente por varias partes, y llegado á las orillas de Nubia, habia sabido que Pehuah se hallaba en poder de un Xefe de Árabes dueño de un castillo ó fortaleza en la extremidad de Egipto, y que el tal Árabe, cuyas rentas eran el pillage, se inclinaba á entregarla con sus dos criadas por doscientas onzas de oro.

No se trató de disputar el precio. La Princesa se vió arrebatada de gozo al oir que su favorita vivia, y podia ser rescatada por tan poco dinero, y no podia sufrir que se dilatase un instante la felicidad de Pehuah y su propio contento. Rogó á su hermano con las mayores ansias, que inmediatamente despachase al mensagero con la suma requerida; mas Imlac á quien se pidió parecer, no confiaba mucho en la veracidad del mensagero, y aun dudaba mas de la buena fe del Árabe, que podria, si se le trataba con demasiada confianza, hacer presa del dinero, y retener las cautivas. Al mismo tiempo le parecia peligroso ponerse en poder del Árabe en-

trando en su distrito, y no podia esperar que este se quisiese exponer tanto, como baxar al pais llano donde podria verse acometido y preso por las fuerzas del Baxá.

Es muy difícil negociar quando ámbas partes desconfian; pero Imlac despues de haber deliberado un poco, mandó al mensagero que fuese á proponer al Árabe que conduxese á Pehuah con diez hombres á caballo hasta el convento de San Antonio, situado en los desiertos del alto Egipto, donde irian otros tantos á encontrarla y seria pagado su rescate.

Para no perder tiempo, supuesto que esperaban que no seria desechada la proposicion, emprendiéron inmediatamente su viage al monasterio, y luego que llegáron, se adelantó Imlac con el mensagero hasta la fortaleza del Árabe. Raselas deseaba ir con ellos, pero ni su hermana, ni Imlac lo quisiéron consentir. El Árabe, segun la costumbre de su nacion, observó fielmente las leyes de la hospitalidad con aquellos que se habian puesto en su poder, y á pocos dias traxo á Pehuah y sus criadas por jornadas cortas y suaves al parage señalado, donde habiendo recibido el precio estipulado, la entregó con mucho respeto á sus libertadores y amigos, y se ofreció á conducirlos en su regreso al Cayro, libres del peligro de toda violencia y robo.

La Princesa y su favorita, arrebatadas de gozo,

se abrazáron, y saliéron juntas á llorar y manifestarse mútuamente sus sentimientos pasados y su mútuo agradecimiento y cariño. Al cabo de algunas horas, volviéron al refectorio del convento donde se hallaba junta su comitiva y en presencia del Prior y todos los hermanos, pidió el Príncipe á Pehuah una relacion de sus aventuras.

CAPÍTULO XXXVIII.

Aventuras de la Señora Pehuah.

En qué tiempo y de qué modo fuí arrebatada, dixo Pehuah, vuestros criados lo habrán contado. Lo repentino del suceso me aterró de tal manera que la misma sorpresa me dexó mas bien en un estado de estupidez, que agitada de pasion alguna de temor ni de tristeza. Mi confusion se aumentaba con el apresuramiento y tumulto de nuestra huida mientras fuimos perseguidos por los Turcos, los quales al cabo nos dexáron, desesperando de alcanzarnos, ó quizas temerosos de aquellos mismos á quienes aparentaban amenazar.

Quando los Árabes se viéron fuera de peligro, detuviéron la velocidad de su carrera, y como me ví ménos fatigada de violencia exterior, empecé á sentir mas las inquietudes del ánimo. Á poco tiempo parámos cerca de un nacimiento de agua, cubierto

con sombras de árboles en un ameno prado, y poniéndonos en el suelo nos ofreciéron de aquellos mismos refrigerios que tomaban nuestros amos. Me diéron licencia de sentarme con mis criadas separada de las demas, y ninguno se atrevió á consolarnos ni á insultarnos. Aquí empecé á sentir todo el peso de mi desdicha. Las muchachas lloraban callando, y de quando en quando me miraban, como pidiéndome socorro. Yo no sabia á qué estado nos destinaban, ni podia conjeturar qual seria el lugar de nuestro cautiverio, ni de donde sacar esperanzas de libertad. Hallábame en manos de salteadores salvages, y no tenia motivo para suponer que fuese mayor su piedad que su justicia, ni que quisiesen contener el ímpetu de algun ardiente deseo, ó de algun capricho de crueldad. Sin embargo acaricié á mis criadas y procuré serenarlas, observando que aun nos trataban con decencia, y que puesto que ya nos tenian donde no podian ser alcanzados, no corrian peligro nuestras vidas.

Quando se trató de montar á caballo para seguir el camino, se abrazáron mis criadas á mí y no querian separarse; mas yo las mandé que no irritasen á los que ya nos tenian en su poder. Hiciéronlo así, y caminámos el resto del dia por un pais casi desierto y sin senderos, y llegámos con luna á la falda de un monte donde se hallaba acampada el resto de la tropa, colocadas las tiendas y

lumbres encendidas, y nuestro Xefe fué recibido con las señales de gozo que se atrae un hombre amado de sus dependientes.

Nosotras fuimos introducidas en una anchurosa tienda, donde encontrámos mugeres que habian seguido á sus maridos en la expedicion. Sirviéronnos la cena que estaba prevenida, y yo comí mas bien para alentar á mis criadas que porque tuviese hambre. Luego que se lleváron las viandas, tendiéron alfombras por el suelo para descansar. Hallábame fatigada, y esperaba encontrar en el sueño aquel refrigerio que rara vez niega la naturaleza; y habiendo mandado que me desnudasen, observé que las mugeres me miraban con extraordinaria atencion, extrañando segun creo, el respeto y sumision con que era servida. Luego que me fué quitada la casaca de encima, les dió golpe el esplendor de mi ropage, y una de ellas con reverente temor, puso la mano en el bordado. Salió luego, y á poco rato entró con otra muger que parecia ser de mayor distincion y autoridad, la qual me hizo al entrar la usual reverencia, y tomándome de la mano me llevó á una tienda mas pequeña, y adornada con mas finas alfombras donde pasé la noche sosegadamente con mis criadas.

Por la mañana habiéndome ido á sentar sobre la yerba, vino hácia mí el Xefe de la tropa. Levantéme para recibirle, y él saludándome con gran

respeto me dixo : Ilustre Señora , mi fortuna es mayor de lo que mis esperanzas me podian lisonjear, pues me han dicho mis mugeres que tengo una Princesa en mi campo.

Señor, le respondí, vuestras mugeres se han engañado : yo no soy Princesa, sino una infeliz extrangera que intentaba muy presto salir de este pais, en que me veo ahora aprisionada para siempre. Qualquiera , ó de donde quiera que seais , replicó el Árabe , vuestro trage y vuestros criados manifiestan que sois de alta gerarquía y de grandes riquezas. ¿Por qué , pues , pudiendo con tanta facilidad procurar vuestro rescate , pensais estar en peligro de perpétuo cautiverio? El fin de mis incursiones es el aumentar mis riquezas , ó mas bien diria , cobrar tributos. Los hijos de Ismael son señores naturales y hereditarios de esta parte del continente que les ha sido usurpada en estos últimos tiempos por injustos invasores y viles tiranos, de los quales nos vemos obligados á arrancar con la espada lo que nos niega la justicia. La violencia de la guerra no admite distinciones, y la lanza que se enarbola contra el vicio poderoso , alguna vez ha de caer sobre la inocencia y la bondad.

Quan poco , dixe yo, pensaba ayer que hubiese caido sobre mí!

Las desgracias, respondió el Árabe , se deben siempre esperar. Si los ojos de la hostilidad pudie-

sen aprender urbanidad ó compasion, una excelencia como la vuestra se libertaria de injuria. Mas los ángeles de la afliccion esparcen sus golpes igualmente á los virtuosos y á los perversos, á los grandes y á los pequeños. No os desconsoleis, pues no soy uno de aquellos vagabundos crueles y sin fé que andan por el desierto. Conozco las reglas de la vida civil: señalaré el precio de vuestro rescate: daré pasaporte á vuestro mensagero, y cumpliré lo estipulado con la mas delicada puntualidad.

Fácilmente creeréis que me agradó su cortesía, y conociendo que su pasion dominante era la codicia del dinero, empecé á creerme en ménos peligro. Por otra parte, sabiendo que ninguna suma pareceria grande para el rescate de Pehuah, le dixe que no tendria motivo para acusarme de ingratitud, si se me trataba con benignidad, y que qualquier rescate que se pudiera esperar por una doncella de mediana esfera, le seria pagado; pero que no debia persistir en valuarme como Princesa. Dixo que consideraria lo que habia de pedir, y luego sonriéndose me saludó y se fué.

Á poco me cercáron las mugeres, porfiando entre sí sobre qual habia de ser mas oficiosa, y sirviendo con respeto aun á mis doncellas. Seguimos el viage á jornadas cortas; y el quarto dia me dixo el Xefe que mi rescate habia de ser doscientas onzas de oro. Yo se lo prometí, y le dixe que añadiria

cincuenta mas, con tal que mis doncellas y yo fuesemos tratadas con honor.

Hasta entónces no habia conocido el poder del oro. Desde aquel dia fuí la conductora de la tropa: la jornada era mas larga ó mas corta segun yo mandaba, y se colocaban las tiendas donde yo queria descansar. Entónces teniamos ya camellos con las demas conveniencias de viage: mis mugeres iban siempre á mi lado, y yo me divertia en observar las costumbres de aquellas naciones vagantes, y en mirar las ruinas de edificios antiguos, que en aquellos paises desiertos se conoce habian exîstido en muy remotas edades, y que parecian haber estado profusamente adornados.

El Xefe de la tropa era un hombre nada ignorante: sabia caminar guiado por las estrellas y el compas, y habia señalado en sus expediciones errantes aquellos lugares mas dignos de observacion para un pasagero. Me hacia reparar que los edificios se conservan mejor en parages poco freqüentados y de difícil entrada, porque quando llega un pais á declinar de su primitivo esplendor, quanto mayor es el número de habitantes que quedan, mas velozmente se convierte en ruinas; pues de las murallas se sacan piedras con mas facilidad que de las canteras, y serán demolidos palacios y templos, para hacer quadras de granate, y chozas de pórfido.

CAPÍTULO XXXIX.

Prosiguen las aventuras de Pehuah.

Peregrinámos de esta suerte durante algunas semanas, sea como me decia nuestro Xefe, para divertirme, ó mas bien como yo sospechaba, por alguna conveniencia propia suya. Yo procuraba aparentar contento, viendo que no habia otro remedio, y que este esfuerzo que yo hacia servia mucho para calmar mi ánimo. Pero mi corazon siempre estaba con Nehayah, y las angustias de la noche superaban con mucho á los entretenimientos del dia. Mis criadas que cargaban todos sus cuidados sobre su ama, quedáron con ánimo sereno desde el instante que me viéron tratada con respeto, y se entregáron gustosas á los accidentales alivios de nuestra fatiga, sin solicitud ni tristeza. Yo me contentaba con su contento, y me animaba con su confianza: mi situacion era mucho ménos terrible desde que advertí que el Árabe, solo rodeaba el pais para lograr riquezas. La avaricia es un vicio tratable y uniforme. Todas las otras enfermedades intelectuales varian segun la varia constitucion del entendimiento; y lo que satisface el orgullo de uno ofenderá el de otro; pero para lograr el favor del codicioso hay un medio siempre conocido: traigase dinero y nada se niega.

Al fin llegámos á la morada de nuestro Xefe que era una casa espaciosa y fuerte hecha de piedra en una isla del Nilo, situada, segun me dixeron, debaxo del trópico. Señora, dixo el Árabe, aquí descansaréis de vuestro viage por algunas semanas, en este lugar donde os debeis considerar como Soberana. Mi ocupacion es la guerra, y por tanto he elegido esta incógnita residencia de donde puedo salir inesperadamente, y donde me puedo retirar sin ser perseguido. Podeis ahora descansar con seguridad, pues aquí hay pocos placeres, pero ningun peligro. Luego me llevó á las viviendas interiores, y sentándome en el mas rico canape, me saludó con el mayor rendimiento. Sus mugeres que me consideraban como rival, me miraban con malignidad; pero hallándose presto bien informadas de que yo era una gran Señora detenida solo por mi rescate, empezáron á porfia á tratarme con el mayor obsequio y veneracion.

Hallándome otra vez consolada con nuevas seguridades de pronta libertad, divertí por algunos dias mi impaciencia con la novedad del sitio. Desde las torres se alcanzaba á ver el pais á mucha distancia, y se veian muchas vueltas de la corriente del rio. De dia andaba de una parte á otra, segun el curso del sol variaba la hermosura de la vista, y ví muchas cosas para mí nuevas. Los cocodrilos y caballos de rio son comunes en esta desierta region,

y su vista muchas veces me causaba terror, aunque sabia que no me podian dañar. Por algun tiempo esperaba ver sirenas y tritones, que Imlac me habia dicho, colocan los viajantes europeos en el Nilo, pero nunca pareció tal cosa, y el Árabe á quien pregunté por ellos, se rió de mi credulidad.

Por la noche me llevaba el Árabe siempre á una torre señalada para hacer observaciones en el cielo. Allí procuraba enseñarme los nombres y curso de las estrellas. Yo no tenia mucha inclinacion á este estudio, pero era necesaria una aparente atencion para agradar á mi maestro, que se preciaba mucho de su ciencia; y ademas conocí que era necesaria alguna ocupacion para sobrellevar el tedio del tiempo que se habia de pasar siempre entre los mismos objetos. Estaba fastidiada de mirar por la mañana las cosas que habia dexado con disgusto la noche ántes: por tanto, ya me pareció que convenia observar las estrellas, mas bien que estarme sin hacer nada, pero no podia siempre aquietar mis pensamientos; y muchas veces estaba pensando en Nehayah, quando creian otros que contemplaba el firmamento. Poco despues salió el Árabe á otra expedicion, y entónces mi único gusto era hablar con mis criadas de la desgracia con que fuimos arrebatadas, y la felicidad que gozariamos viéndonos fuera del cautiverio.

¿Cómo habiendo mugeres en la fortaleza de

vuestro Árabe, dixo la Princesa, no las hicisteis vuestras compañeras gozando de su conversacion, y participando de sus diversiones? En un lugar donde hallaban ellas ocupacion y entretenimiento; ¿por qué os habiais de estar segregada y carcomida con una ociosa melancolía? ¿O cómo no podiais sufrir por pocos meses aquella situacion á que estaban ellas condenadas por toda su vida?

Las diversiones de aquellas mugeres no eran mas que juegos de niñas con los quales no podia distraerse el ánimo acostumbrado á operaciones mas sólidas. Yo podia executar todo aquello en que ellas se deleitaban por medios meramente sensitivos, y entre tanto mi imaginacion volaba al Cayro. Ellas corrian de una estancia á otra lo mismo que un paxarillo brinca de un alambre á otro en su jaula: baylaban por moverse, del mismo modo que los corderos retozan en el prado: qual fingia haberse lastimado para que se asustasen las demas, y qual se escondia para que otra la buscase. Pasaban parte del tiempo en acechar el curso de cuerpos ligeros por la corriente del rio, y parte en observar las varias figuras que las nubes formaban en el cielo.

Su única ocupacion era coser y bordar; yo y mis criadas las ayudábamos á veces; pero bien conoceis que el pensamiento fácilmente se extravia de los dedos, y que el cautiverio y la ausencia de Nehayah no podian recibir alivio de las flores de seda.

De su conversacion tampoco habia que esperar satisfaccion alguna, porque ¿de qué habian de hablar, si nada habian visto, pues vivian desde su mas tierna edad en aquel angosto recinto? Y como por otro lado tampoco sabian leer para adquirir conocimientos, sus ideas se limitaban á aquellas pocas cosas á que su vista alcanzaba, y apenas tenian nombres para mas cosas que sus vestidos y comida. Como reconocian en mí alguna superioridad, era buscada muchas veces para terminar sus pendencias, y yo procuraba decidir con la mayor equidad. Si hubiera podido divertirme el oir las quejas que tenian unas de otras, hubiera oido historias muy largas; pero los motivos de sus reyertas eran tan frívolos que no los podia escuchar sin interrumpir la narracion.

¿Y cómo, dixo Raselas, puede un hombre que nos representas dotado de mas que regular talento y conocimientos hallar gusto alguno en su serrallo, quando está lleno solamente de tales mugeres? Son de hermosura exquisita?

No les falta, dixo Pehuah, aquella insulsa y fria hermosura que puede subsistir sin viveza ni sublimidad, sin energía de pensamientos, ni nobleza de virtud; pero á un hombre como el Árabe semejante hermosura es como una flor que casualmente se coge y al descuido se tira. Los placeres que entre ellas podia encontrar, no eran ciertamente de

amistad ni sociedad; y así quando jugueteaban al rededor suyo, las miraba con desatenta superioridad, y quando se disputaban su afecto, solia volver la vista disgustado hácia otra parte. Como no tenian conocimientos, su conversacion no le servia para aliviar el tedio de la vida, y como no tenian eleccion, su cariño aparente ó verdadero, no excitaba en él complacencia ni gratitud, y no se estimaba en mas por la halagüeña risa de una muger que no veia otro hombre, ni podia lisonjearse con la apariencia de un cariño, cuya sinceridad nunca podia verificar, y que muchas veces advertia dirigirse ménos á deleitarle á él que á entristecer á una rival. Lo que él ostentaba y ellas recibian como amor no era otra cosa que una indiferente distribucion del tiempo sobrante, un amor igual al que tiene un hombre al objeto que desprecia, y tal que no produce esperanza ni temor, alegría ni tristeza.

Señora, dixo Imlac, razon teneis de mirar como una felicidad el haberos libertado tan fácilmente. Porque ¿cómo podria esperarse que un entendimiento ansioso por adquirir conocimientos, consintiese gustoso en perder un regalo como la conversacion de Pehuah?

Me inclino á creer, respondió Pehuah, que por algun tiempo estuvo dudoso; pues sin embargo de su promesa, siempre que yo proponia enviar un mensagero al Cayro hallaba excusa para retardarlo.

Miéntras estuve detenida en su casa hizo varias correrías en las provincias vecinas, y quizas se hubiera negado á soltarme si sus rapiñas hubieran igualado sus deseos. El volvia siempre muy obsequioso, referia sus aventuras, se deleitaba en oir mis observaciones, y procuraba perfeccionarme en la ciencia de las estrellas. Quando le importunaba para que enviase mis cartas, me halagaba con protestaciones de honor y sinceridad, y quando ya con decoro no se podia negar á mis ruegos, ponia de nuevo su tropa en movimiento, y me dexaba el mando en su ausencia. Mucho me afligian estas estudiadas dilaciones, y llegué á temer que saldriais del Cayro, y que tendria que acabar mis dias en una isla del Nilo.

Al fin llegué á verme despechada y abatida, y á excusar tanto su trato, que por algun tiempo empezó á hablar mas amenudo con mis criadas. El que se enamorase de ellas ó de mí hubiera sido igualmente peligroso, y no me gustaba mucho ver que aumentase semejante amistad. Poco duró mi cuidado, pues conforme recobré alguna serenidad volvió á mí, y no pude ménos de despreciar mi pasada inquietud.

Aun dilataba siempre el enviar por mi rescate, y acaso nunca lo hubiera determinado, si vuestro agente no hubiese encontrado el camino de buscarlo. Aunque no queria solicitar el oro, no tenia valor de desecharlo quando se lo ofrecian, y así apre-

suró las disposiciones para traerme aquí, como un hombre que se libertaba del dolor de un interior conflicto. Me despedí de mis compañeras en la casa, y ellas me viéron salir con fria indiferencia.

Habiendo Nehayah oido la relacion de su favorita, se levantó á darla un abrazo, y Raselas le dió cien onzas de oro que presentó al Árabe en lugar de las cincuenta que le habia prometido.

CAPÍTULO XL.

La historia de un hombre de estudios.

Volviéronse al Cayro llenos de contento al verse todos juntos, y tanto que apenas se acordaban de salir. El Príncipe amaba ya el estudio, y un dia declaró á Imlac que estaba determinado á dedicarse á las ciencias, y pasar el resto de sus dias en soledad literaria.

Ántes de determinar vuestra eleccion, respondió Imlac, debierais exâminar sus riesgos, y conversar con algunos de los que han envejecido en el trato consigo mismos. Acabo de salir del observatorio de uno de los mas sabios Astrónomos del mundo, que ha gastado quarenta años en observar con infatigable atencion los movimientos y apariencias de los cuerpos celestes, y ha consumido su mente en cálculos infinitos. Admite una vez al mes algu-

nos amigos para que oigan sus cálculos, y gocen de sus descubrimientos. Introduxéronme con él como un literato digno de su atencion. Los sugetos de ideas varias y conversacion amena son por lo regular bien recibidos de aquellos cuyos pensamientos han estado largo tiempo fixos en un solo punto, y sienten que se les desvanecen las imágenes de otras cosas. Advertí que le deleitaban mis observaciones, que se sonreia al oir la narracion de mis viages, y que se alegraba de olvidar las constelaciones y baxar por algun rato á este baxo universo.

Al siguiente dia de vacacion renové mi visita y tuve la fortuna de agradarle tambien. Desde aquel dia fué afloxando la severidad de su método y me permitia entrar quando me daba la gana. Lo encontraba siempre ocupado y siempre gustoso con el alivio de mi conversacion. Como ámbos sabiamos mucho que uno de otro deseabamos aprender, comunicabamos recíprocamente nuestras ideas con el mayor deleite, y conocia yo que cada dia ganaba mas su confianza, y á cada instante hallaba nueva causa de admiracion en la profundidad de su entendimiento. Su comprehension era inmensa, su memoria capaz y retentiva, su discurso metódico, y su explicacion clara.

Igualaban su integridad y benevolencia á su sabiduría. Sus mas profundas indagaciones y los estudios de su mayor agrado los interrumpia con gusto

en presentándosele ocasion de hacer algun beneficio, ya con sus consejos, ó ya con sus riquezas. En su mas oculto retiro y en los instantes de mayor ocupacion, admitia á todo el que necesitaba de su asistencia, porque, decia, aunque huyo de la ociosidad y de los placeres, nunca cerraré mis puertas á la caridad: al hombre le es permitida la contemplacion del firmamento; mas la práctica de la virtud le está mandada.

Ciertamente, dixo la Princesa, ese hombre es feliz.

Yo, prosiguió Imlac, lo seguí visitando con mas freqüencia, y cada vez me embelesaba mas su conversacion, pues era sublime sin altanería, cortés sin ceremonia, y comunicativo sin ostentacion. Al principio, gran Princesa, fuí de vuestro parecer, teniéndole por el mas feliz de los mortales, y así le congratulaba amenudo sobre la dicha que gozaba; mas él parecia escuchar siempre con indiferencia las alabanzas de su situacion, respondiendo siempre á ellas con términos generales, y echando la conversacion hácia otro asunto.

En este anhelo de hallar gusto, y en el afan que manifestaba por agradar, presto encontré motivo de presumir que algun doloroso sentimiento oprimia su ánimo. Muchas veces levantaba la vista mirando atentamente al sol, y en medio del discurso baxaba la voz. Algunas veces que estabamos solos

me miraba de hito en hito, sin hablar palabra, como un hombre que deseaba decir lo mismo que habia resuelto ocultar. Bien amenudo me enviaba á llamar con la mas vehemente apresuracion, y quando llegaba, no tenia cosa particular que decirme, y algunas veces quando me despedia, me volvia á llamar, se paraba algunos momentos, y luego me dexaba ir.

CAPÍTULO XLI.

Descubre el Astrónomo la causa de su fatiga.

Por fin llegó el tiempo de manifestar el secreto que tanto ocultaba. Hallándonos juntos anoche, en la torre de su casa, exâminando la salida de un Satélite de Júpiter, una tormenta repentina cubrió el cielo de nubes, y estorbó nuestra observacion. Quedámos un rato en silencio á obscuras, y luego me dirigió estas palabras: Imlac, he considerado por mucho tiempo tu amistad como la mayor felicidad de mi vida: la integridad sin ciencia es débil é inútil, y la ciencia sin integridad es terrible y peligrosa; yo he hallado en tí todas las qualidades que se requieren para la confianza; benevolencia, experiencia y fortaleza. Yo he exercido mucho tiempo un oficio que segun me avisa la naturaleza, debo muy

presto dexar, y me gozaré en las horas de dolor é insulsez dexándotele á tí.

Me tuve por muy honrado con este testimonio, y le aseguré que qualquiera cosa que contribuyese á su felicidad, haria igualmente por él.

Oye, pues, Imlac, lo que no creerás sin dificultad. Yo he estado en posesion, por el término de cinco años, de arreglar los tiempos y distribuir las estaciones: el sol ha atendido á mis mandatos, y pasado de un trópico á otro por mi direccion: las nubes á mi voz han derramado sus aguas: y ha crecido el Nilo segun se lo he mandado. He contenido la furia del Capricornio, y mitigado los hervores del Cangrejo. Solo los vientos entre todas las potencias elementales, se han negado hasta ahora á mi autoridad, y han perecido innumerables gentes por las tormentas del Equinoccio, que nunca pude impedir, ni aun moderar. He administrado este grande oficio con la mas recta y equitativa justicia, y repartido á las varias naciones de la tierra con la mayor imparcialidad su porcion de lluvias y de sol. ¿Quál hubiera sido la miseria de la mitad del globo si hubiese limitado las nubes á regiones particulares, ó detenido el sol á una ú otra parte del Equador?

CAPÍTULO XLII.

Se explica la opinion del Astrónomo y se justifica.

Supongo que advertiria en mí aun en medio de la obscuridad de la estancia, algunas señales de sorpresa y duda, pues despues de una breve pausa prosiguió así. El no ser creido con facilidad no me admira ni me ofende, pues soy probablemente el primero de los humanos, á quien se ha confiado semejante encargo; ni puedo resolver si he de mirarlo como premio ó como castigo, pues soy ménos feliz con mucho desde que lo poseo, que ántes; y solo el íntimo conocimiento de mi buena intencion, podia ayudarme á sobrellevar la fatiga de una incesante vigilancia.

¿Y quanto tiempo, le dixe, ha subsistido en vuestras manos este alto oficio? Habrá como diez años, dixo, que mis diarias observaciones de las mudanzas del firmamento me induxéron á discurrir, si acaso teniendo á mi disposicion las estaciones, podria conferir mayor abundancia á los habitantes de la tierra. Esta contemplacion se fixó en mi entendimiento, y por muchos dias y noches yacia en mi dominio imaginario, derramando sobre este pais lluvias de fertilidad, y fomentando cada turbion de

agua con una debida proporcion de sol. Hasta entónces aun no tenia mas que la voluntad de hacer bien, y no imaginaba que llegaria á tener el poder de executarlo.

Un dia que estaba mirando los campos que se secaban con el calor, sentí en mi ánimo un deseo repentino de poder enviar lluvia á las montañas del Sur, y causar una inundacion en el Nilo. En el acaloramiento de mi imaginacion mandé á la lluvia que cayese, y comparando el instante de mi mandato con el de la inundacion hallé que las nubes habian obedecido á mi voz.

¿Y no pudo suceder, dixe yo, que otra causa produxese esta concurrencia, puesto que no siempre suben en un mismo dia las aguas del Nilo?

No creais, replicó él con impaciencia, que se me hayan ocultado semejantes objeciones. La razon por mucho tiempo batallaba en mí contra la evidencia, y se oponia obstinadamente á la verdad. Alguna vez me recelaba estar loco, y no me hubiera atrevido á participar este secreto sino á un hombre como vos, capaz de distinguir lo maravilloso de lo imposible, y lo increible de lo falso.

¿Y por qué, dixe yo, llamais increible lo que sabeis, ó pensais saber, siendo así que es verdadero?

Porque no lo puedo probar, respondió, por medio de ninguna evidencia exterior; y sé demasiado bien las leyes de la demostracion para creer

que mi convencimiento deba influir á otro que no encuentre igual fuerza en mis razones; y por tanto no me he de empeñar en ganar crédito por medio de disputas, pues me basta saber que siento en mí esta facultad, que la he poseido mucho tiempo y que diariamente la he exercido. Mas como la vida del hombre es breve, las dolencias de la edad me van cargando, y se llega presto el tiempo en que el regulador del año habrá de convertirse en polvo. El cuidado de señalar sucesor, me ha causado una contínua inquietud; he gastado las noches y los dias en hacer comparaciones entre los varios caractéres de los sugetos que han llegado á mi noticia, y hasta ahora no he hallado ninguno tan digno como tú.

CAPÍTULO XLIII.

Da el Astrónomo á Imlac sus instrucciones.

Oye, pues, con atencion lo que te voy á participar, en que no pende ménos que la felicidad de un mundo. Si se considera como en extremo dificultosa de cumplir la obligacion de un Rey que solo tiene el cuidado de algunos millones de hombres, á los que no puede hacer ni mucho bien, ni mucho mal, ¿qual será el afan y ansia de aquel que tiene á su arbitrio la accion de los elementos, y los mag-

níficos dones de la luz y del calor? Escuchadme, pues, con atencion.

He considerado con la mayor prolixidad la posicion de la tierra y del sol, y formado innumerables proyectos, cambiando su situacion. Alguna vez he ladeado el exe de la tierra, y á veces variado la eclíptica del sol; pero siempre hallé ser imposible hacer alguna disposicion que fuese ventajosa á todo el mundo, pues lo que una region gana lo pierde otra con la mas leve alteracion, aun sin considerar las remotas partes del sistema solar, que no conocemos.

No te dexes, pues, llevar de oculta vanidad, haciendo innovaciones, ni te complazcas en pensar que puedes hacerte famoso en las futuras edades desordenando las estaciones, porque la memoria de una ruina no es fama que se deba desear, y mucho ménos te convendrá dexarte arrastrar del afecto ó del interes, privando á otros paises de la lluvia para derramarla en el tuyo, pues para nosotros el Nilo basta.

Yo le prometí que estando en posesion del poder lo exerceria con la mas firme integridad. El me apretó la mano y me despidió, diciendo: ahora descansará mi corazon, y mi benevolencia no inquietará mas mi sosiego, pues he hallado un hombre sabio y virtuoso á quien puedo entregar la herencia del sol.

Oyó esta narracion el Príncipe con muy seria atencion; pero la Princesa se sonrió, y Pehuah echó á reir á carcajadas. Señoras, dixo Imlac, el mofarse de la mas terrible de las dolencias humanas, es falta de caridad y de juicio. Muy pocos pueden alcanzar á la sabiduría de este hombre, y bien pocos practicarán sus virtudes; pero todos pueden padecer igual calamidad. De todas las incertidumbres de nuestro estado presente la mas cruel y temible es la incierta permanencia de la razon.

La Princesa volvió sobre sí, y la favorita se abochornó. Raselas mas íntimamente movido inquirió de Imlac si pensaba que fuesen estas enfermedades del ánimo muy freqüentes, y cómo se contraian.

CAPÍTULO XLIV.

El peligroso dominio de la imaginacion.

Las enfermedades intelectuales, respondió Imlac, son mucho mas freqüentes de lo que podrán creer los observadores superficiales, y quizá, si hablamos con rigurosa exâctitud, apenas se hallará un entendimiento humano que esté en su debido estado. No hay hombre en quien alguna vez no domine la imaginacion sobre la razon, que pueda arreglar enteramente su atencion á medida de su voluntad, y cuyas ideas vayan y vengan segun él quiera. No se

encontraria hombre cuyo ánimo no se halle á veces tiranizado con ideas insubstanciales que le suelen obligar á esperar ó á temer mas allá de los límites de una juiciosa probabilidad. Todo lo que supere la imaginacion sobre la razon es un grado de locura; pero mientras este afecto se puede contrariar y sujetar, no se hace visible á los demas, ni se considera como depravacion de las facultades mentales, y solo se declara locura, quando llega á hacerse ingobernable, y quando influye visiblemente en la conversacion ó accion. El dar rienda suelta al poder de la fantasía, es muy amenudo la diversion de aquellos que se deleitan demasiado en el silencio de la especulacion. Quando estamos solos no siempre estamos ocupados. El trabajo de la contemplacion es demasiado violento para durar mucho, y el ansia de inquirir dará alguna vez lugar á la ociosidad y saciedad. El que no encuentra en lo exterior cosa que le divierta, habrá de buscar placer en sus propios pensamientos, y llegará á tenerse por lo que no es, pues no hay quien esté contento con lo que es en sí. Luego revolotea por los inmensos espacios de lo futuro, y escoge entre todos los estados imaginables aquel que en el momento actual mas le acomoda, entretiene sus deseos con gozos imposibles, y confiere á su orgullo un inasequible dominio. Juguetea la fantasía de una en otra escena reuniendo todos los placeres en todas sus combina-

ciones, y se recrea en delicias que ni la naturaleza ni la fortuna son capaces de conceder.

Con el tiempo llega á fixar la atencion en alguna particular serie de ideas, y desecha qualesquiera otras intelectuales complacencias: el ánimo, esté fatigado ó reposado recurre siempre á su idea favorita, y se regala con la empalagosa falsedad, quando le ofende la amargura de la verdad. Insensiblemente se va confirmando el dominio de la fantasía, que al principio se manifiesta imperiosa y con el tiempo despótica: luego las ficciones empiezan á manifestarse como realidades, y las opiniones falsas se fixan en el ánimo, y se pasa la vida entre sueños de excesivo gozo ó de tremenda angustia.

Este, Señor, es uno de los peligros de la soledad, que segun el Ermitaño confesaba, no siempre promueve la virtud; y la miseria del Astrónomo nos prueba que no siempre es propicia á la sabiduría.

Ya no quiero mas, dixo la favorita, imaginarme Reyna de Abisinia. Quantas veces he gastado las horas que dexaba la Princesa á mi disposicion, en ajustar y arreglar el ceremonial y costumbres de la Corte; en reprimir el orgullo de los poderosos, y acceder á los ruegos de los pobres; en labrar palacios nuevos en mas agradable situacion, y en plantar arboledas en lo alto de las montañas, desvaneciéndome con las ideas de beneficencia real, hasta tal punto que quando entraba la Princesa,

casi se me olvidaba el hacerle la reverencia.

Y yo, dixo la Princesa, no me dexaré ir mas á representar el papel de pastora, soñando aunque despierta. Muy amenudo he divertido mis pensamientos con la inocencia y quietud de las ocupaciones pastoriles, hasta haberme parecido oir en mi quarto silvar los vientos y balar las ovejas: y tal vez desenredar un cordero de entre las zarzas, y otras con mi cayado defender el rebaño del lobo. Tengo un trage como el de las muchachas de la aldea, que suelo ponerme para ayudar á mi imaginacion, y una gayta que toco suavemente, figurándome seguida de mi manada.

Y yo confesaré, dixo el Príncipe, que me he dexado llevar de un placer fantástico aun mas peligroso que el vuestro, pues he procurado freqüentemente imaginar la posibilidad de un gobierno perfecto en que toda injusticia se reprima, todo vicio se reforme, y todos los vasallos vivan con inocencia y tranquilidad. Este pensamiento producia innumerables proyectos de reforma, y dictaba muchos útiles reglamentos y edictos salutíferos. Este ha sido el entretenimiento, y á veces el trabajo de mis soledades. Me asusto al acordarme con quanta indiferencia he pensado algunas veces en la muerte de mi padre y mis hermanos.

Tales son, dixo Imlac, los efectos de los fantásticos proyectos. Quando empezamos á formarlos, sa-

bemos que son absurdos, pero insensiblemente nos familiarizamos con ellos, y perdemos de vista su locura.

CAPÍTULO XLV.

Tienen conversacion con un viejo.

Era ya la tarde, y se levantáron para volver á su casa; y conforme iban paseándose por la orilla del Nilo, encantados con la vista de los rayos de la luna que reberberaban en el agua, viéron á corta distancia un viejo á quien el Príncipe habia oido hablar muchas veces en la asamblea de los sabios. Allí va, dixo, uno en quien la edad ha calmado las pasiones, sin obscurecer su razon. Concluyamos la discusion de esta noche inquiriendo qué siente de su actual estado, para que sepamos si sola la juventud está destinada á luchar con los disgustos, y si queda mejor esperanza para el último tercio de la vida.

En esto se acercó el sabio y los saludó. Convidáronle á acompañarlos en el paseo, y siguiéron algun tiempo hablando, como conocidos que casualmente se encontraban. El viejo estuvo risueño y discursivo, y el camino parecia corto en su compañia. Le daba gusto verse obsequiado, y los acompañó á su casa donde instado del Príncipe entró con ellos, y haciéndole sentar en el lugar

preeminente, le sirviéron vino y conservas.

Señor, dixo la Princesa, un paseo de tarde debe daros muchos placeres que la ignorancia de la juventud apenas puede comprehender. Sabeis las qualidades y causas de todo lo que mirais; porqué leyes crece el rio: los periodos que forman la revolucion de los planetas; todo os da motivos de contemplacion y renueva en vos el conocimiento de vuestra dignidad. Señora, respondió, en hora buena esperen placeres los vigorosos y alegres en sus excursiones, para la ancianidad basta solo alcanzar sosiego. Para mí el mundo ha perdido el mérito de la novedad: miro al rededor y veo lo que me acuerdo haber visto en tiempo mas feliz: descanso al pie de un árbol, y considero que en la misma sombra disputé una vez sobre la creciente anual del Nilo con un amigo que yace en el silencio del sepulcro: alzo los ojos y los fixo en la mudable luna, y pienso con dolor en las vicisitudes de la vida; ya apenas me deleito en la verdad física, porque me interesan poco aquellas cosas que he de dexar muy presto.

Á lo ménos podreis recrearos, dixo Imlac, con el recuerdo de una vida larga, útil, y llena de honor, gozando de los elogios que todos os dan de comun acuerdo.

Las alabanzas, dixo el sabio suspirando, son para un viejo un rumor sin substancia; yo ya no

tengo ni madre que se goce en la reputacion de su hijo, ni muger que participe de los honores de su marido. He sobrevivido á mis amigos y á mis enemigos, y nada para mí es de mucha importancia, porque solo tengo interes en mí mismo. La juventud se deleita con los aplausos, porque los considera como presagios de algun bien futuro, y porque el prospecto de la vida se extiende á mucho; pero para mí que voy declinando á la decrepitud, tengo poco que temer de la malevolencia de los hombres, y mucho ménos que esperar de su afecto ó estimacion. Aun me pueden quitar algo, pero nada me pueden dar; pues las riquezas me serian inútiles, y los empleos elevados me servirian de trabajo. El recuerdo de mi vida me presenta á la idea muchas ocasiones de hacer bien, que descuidé malbaratando mucho tiempo en fruslerías, y perdiendo mucho mas en ociosidad é insulsez. Dexo muchos grandes designios sin emprender, y muchas empresas grandes sin acabar. Mi ánimo no se halla oprimido de delitos grandes, y por tanto procuro tranquilizarme, y separar mis pensamientos de todo temor y esperanza, pues sin embargo que mi razon me dicta que son vanos, aun quieren guardar la posesion del corazon; aguardo con humildad serena aquella hora que naturalmente no puede tardar mucho; y espero poseer en mejor estado la felicidad que aquí no he podido alcanzar.

Levantóse, y se fué, dexando á su auditorio con poco anhelo de larga vida. El Príncipe se consoló observando que no habia motivo de asustarse con esta relacion, porque nunca se miró la ancianidad como estado de felicidad, y que si era posible vivir con sosiego en el ocaso y debilidad de la vida, era muy probable que los dias de vigor y jovialidad pudieran ser felices; y que el meridiano fuese brillante pudiendo ser sereno el crepúsculo.

La Princesa recelaba que la ancianidad era penosa y maliciosa, y que se deleitaba en reprimir las esperanzas de los recien entrados en el mundo. Habia visto algunos poseedores de mayorazgos mirar con envidia á sus herederos, y conocido muchos que solo gozaban placer miéntras se lo aplicaban á sí mismos.

Pehuah conjeturaba que el tal hombre era mas viejo de lo que parecia, y estaba inclinada á atribuir sus quejas á un caduco abatimiento, ó bien suponia que habria sido desgraciado y por lo mismo descontento; pues no hay cosa mas comun que llamar nuestro propio estado el comun de la vida.

Imlac que no queria verlos abatidos, se sonreía al ver los consuelos que con tanta facilidad se procuraban, y se acordaba que á la misma edad vivia igualmente confiado en una prosperidad sin mezcla de amargura, y era tan sagaz en hallar expedientes consolatorios.

Se contuvo en adelantarles tristes conocimientos, que el tiempo les manifestaria demasiado. La Princesa y su favorita se retiráron ocupando sus pensamientos la locura del Astrónomo, y dixéron á Imlac que principiase á exercer su oficio, retardando por la mañana la salida del sol.

CAPÍTULO XLVI.

Visitan la Princesa y Pehuah al Astrónomo.

Habiendo hablado á solas la Princesa y Pehuah del Astrónomo, amigo de Imlac, hallaban su carácter tan extraño, y al mismo tiempo tan amable, que no podian descansar sin conocerlo mas de cerca, por lo que rogáron á Imlac buscase medios para que lo tratasen. En esto habia alguna dificultad, pues el Filósofo jamas habia recibido visitas de mugeres, aunque vivia en una ciudad donde se hallaban muchos Europeos que seguian las costumbres de sus propios paises; y muchos de otras partes del mundo que allí vivian con libertad europea. Las Señoras que no entendian de negativas fuéron ideando varios arbitrios para el cumplimiento de su designio. Pensáron primero introducirse como forasteras, que se hallaban en trabajos, pues á esta clase de personas siempre él era accesible; pero despues de algu-

na deliberacion les pareció que por medio de este artificio no se podia formar conocimiento, pues seria breve la conversacion y no podian decentemente importunarle amenudo de aquel modo.

Eso es verdad, dixo Raselas; y tengo aun otro mayor reparo: yo siempre he mirado como una vil traicion contra la gran república de la naturaleza humana hacer servir las virtudes de qualquier hombre como medios para engañarle, sea grande ó pequeña la ocasion. Toda impostura debilita la confianza y yela la benevolencia. Quando el sabio descubra que no sois lo que habiais parecido, tendrá el resentimiento natural á un hombre, que conociendo sus propios talentos, se halla burlado por entendimientos muy inferiores al suyo, y quizás la desconfianza que nunca podrá desechar, acallará la voz del consejo y cerrará las manos de la caridad. Y en este caso, ¿donde hallaréis medios de restaurar al género humano su beneficencia, y á él mismo su paz?

Como á esto no hallasen que replicar, empezó Imlac á esperar que se aquietara la curiosidad; mas al dia siguiente le dixo Pehuah, que habia hallado un medio decente para pretender la visita del Astrónomo, pues solicitaria licencia para seguir baxo su direccion los estudios en que fué iniciada por el Árabe, y la Princesa la podria acompañar, ó para seguir el mismo estudio, ó bien porque no era decen-

te á una muger ir sola. Me recelo, dixo Imlac, que se cansará presto de vuestra compañia. Los hombres muy adelantados en una ciencia no gustan de repetir los elementos de ella, y aun dudo si los elementos segun los irá manifestando sin enlace ni union, y mezclados con reflexîones serán bastante claros para la inteligencia vuestra. Eso, dixo Pehuah, es cuidado mio: yo solo os pido que me lleveis allá, quizás sabré mas de lo que pensais, y adhiriendo siempre á sus opiniones, le haré creer que es mayor mi ciencia.

En conseqüencia de esto se le dixo al Astrónomo que una Señora extrangera que viajaba para adquirir ciencia, habiendo tenido noticia de su reputacion, deseaba ser su discípula. Lo extraño de la proposicion le movió á igual sorpresa que curiosidad, y despues de una corta deliberacion consintió en admitirla; no pudiendo apenas aguardar sin impaciencia al dia siguiente.

Las Señoras se vistiéron magníficamente, y fuéron acompañadas de Imlac á casa del Astrónomo, que recibió mucho gusto al verse tratado tan respetuosamente por personas de tan espléndida apariencia. Á las primeras expresiones de recíproca cortesía se halló algo turbado; pero introducida la conversacion, volvió sobre sí, é hizo ver con quanta justicia habia celebrado Imlac su carácter y talento. Preguntó á Pehuah con qué motivo se habia incli-

nado al estudio de la astronomía? Ella refirió la historia de su aventura en la pirámide, y del tiempo que pasó en la isla del Árabe, con tanta gracia y elegancia, que se aposesionó de su corazon; se siguió el discurso sobre la astronomía, y manifestó Pehuah lo que sabia; la admiró como un ingenio prodigioso, y la rogó que no desistiese de un estudio que tan felizmente habia empezado.

Volviéron una y otra vez, y cada vez eran mas bien recibidas que la antecedente. Procuraba el sabio entretenerlas para que prolongasen sus visitas, pues hallaba que sus pensamientos eran mas brillantes entónces. Los nublados de solicitud se desvanecian insensiblemente con el cuidado de divertirlas, y se entristecia al separarse, de tener que volver á tratar de su antiguo empleo de regulador de las estaciones.

La Princesa y su favorita habian observado por muchos meses sus conversaciones, sin haber podido coger una sola palabra por donde inferir si continuaba ó no en la idea de su comision preternatural. Varias veces procuráron atraerle á una declaracion abierta; mas él facilmente eludia todos sus acometimientos, y por qualquiera parte que apretaban, se les iba á otro asunto de conversacion.

Segun se fué aumentando la satisfaccion, lo convidaban freqüentemente á la casa de Imlac donde le obsequiaban con extraordinario respeto, y fué

insensiblemente tomando gusto á los placeres sublunares. Venia temprano y se retiraba tarde : se esforzaba para agradar por medio de la complacencia y oficiosidad. Procuraba excitarlas la curiosidad hácia nuevas artes, para que necesitasen de su asistencia, y quando hacian algun viage de diversion ó en busca de descubrimientos, pedia licencia para acompañarlas. La larga experiencia de su integridad y juicio, llegó á persuadir totalmente á el Príncipe y á su hermana de que podian sin peligro fiarse de él ; y recelosos de que la mucha distincion y afecto con que le trataban pudiese moverle á algunas mal fundadas esperanzas, le descubriéron sus circunstancias y los motivos de su viage, pidiendo su parecer sobre la eleccion de estado.

De los varios estados que el mundo presenta, qual sea el mas elegible, dixo el sabio, no soy capaz de señalaroslo, y solo puedo decir que yo elegí mal. He pasado mi tiempo en estudios sin experiencia, y en adquirir ciencias que las mas veces son de muy remota utilidad al género humano; he comprado el saber á costa de todos los consuelos regulares de la vida, desconociendo la amable elegancia de la femenil amistad y el comercio feliz de ternura doméstica.

Si he logrado alguna prerogativa superior á otros hombres de estudio ha sido con gran mezcla de temor, inquietud y escrupulosidad ; y aun de estas prerogativas, sean quales fueren, he comen-

zado á dudar de su realidad desde que han variado mis pensamientos con el diferente trato del mundo, pues quando por algunos dias he estado entretenido en agradable disipacion, me hallo inclinado á creer que todas mis pesquisas han parado en error, y que he padecido mucho, y padecido en vano.

Imlac se llenaba de gozo, advirtiendo que el entendimiento del sabio, iba deshaciendo la niebla, y resolvió tenerle separado de los Planetas hasta que se le olvidase la tarea de arreglarlos, y cobrase la razon su primitiva influencia.

Desde este tiempo fué admitido el Astrónomo á una amistad mas familiar, y participaba de todos los proyectos y placeres. Su respeto le hacia atento, y la viveza de Raselas no dexaba mucho tiempo desocupado; siempre se gastaba el dia en hacer observaciones, que daban asunto de conversacion para la tarde, y esta se concluia con algun plan para el siguiente dia.

Le confesó el sabio á Imlac, que desde que habia intervenido en la tumultuosa jovialidad de la vida teniendo sus horas repartidas entre sucesivos entretenimientos, conocia que la persuasion de su autoridad se iba poco á poco debilitando en su mente, y empezaba á fiar ménos de una opinion de que no podia dar prueba convincente á otros, y que hallaba muy sujeta á variaciones, por causas en que no tenia parte la razon. Si acaso me quedo solo

por algunas horas, añadió, mi inveterada persuasion se apodera de mi alma; y se hallan mis pensamientos oprimidos con una violencia irresistible, pero presto se desenredan con la conversacion del Príncipe, y se serenan instantaneamente al entrar Pehuah. Estoy como un hombre habitualmente temeroso de fantasmas que se aquieta entrandole una luz, y se admira del terror que le acongojaba en la obscuridad; y no obstante si se apaga la lámpara, siente de nuevo los terrores que sabe que no sentirá mas en volviendo la luz. Con todo, alguna vez recelo no sea que con una indulgencia delinqüente quiera adquirir serenidad, olvidando voluntariamente el grande empleo que se me ha confiado. Si me lisonjeo á mí mismo en un error conocido, ó me determina el amor de propio reposo á dudar en una qüestion de tanta importancia ¡quan enorme será mi delito!

Ninguna dolencia de la imaginacion, respondió Imlac, es tan difícil de curar, como la que se halla complicada con el terror de un delito. La fantasía y la conciencia obran alternativamente en nosotros, y mudan tan freqüentemente de lugar, que las ilusiones de la primera no se distinguen de los dictados de la segunda. Si la fantasía nos presenta imágenes opuestas á la religion ó á la moral, el entendimiento las desecha quando le disgustan; pero quando melancólicas ideas toman la forma de obli-

gacion, se apoderan sin oposicion de las facultades, porque tememos excluirlas ó desterrarlas; por esta razon sucede que los supersticiosos son freqüentemente melancólicos, y los melancólicos adictos á la supersticion.

Pero no dexeis vencer vuestra recta razon por las sugestiones del temor. El peligro de negligencia se ha de comparar con la probabilidad de la obligacion; y ésta quando la contemplais con libertad, la hallais muy pequeña, y aun cada dia os va pareciendo ménos. Creedme, abrid vuestro corazon á las influencias de la luz que á veces se le asoman, y quando os importunen los escrúpulos que vos mismo en vuestros lucidos momentos reconoceis por vanos, no os detengais en argumentos, sino acorred sin tardanza á algun negocio, ó á Pehuah, y tened siempre firme en el pensamiento, que sois no mas que un mero átomo de la masa de la humanidad, y que no teneis virtud tan eminente, ni vicios tan enormes que merezcan sobrenaturales favores ni aflicciones.

CAPÍTULO XLVII.

Entra el Príncipe, é introduce nuevo asunto.

Todo eso, dixo el Astrónomo, lo he pensado muchas veces; pero mi razon ha estado tanto tiem-

po violentamente oprimida de una incontrastable idea, que no se atreve á fiarse de sus propias decisiones. Ahora veo quan fatalmente he errado el camino de la serenidad, dexándome llevar secretamente de quimeras; pero como la melancolía huye de toda comunicacion, nunca hasta ahora encontré hombre alguno con quien comunicar mis fatigas, aunque hubiera estado cierto del alivio. Me lleno de gozo al ver mis propias ideas confirmadas con las vuestras, sabiendo que no sois fácil de engañar ni podeis tener motivo ni fin alguno en engañarme. Espero que el tiempo y la variedad disiparán las densas nieblas que tanto tiempo me han rodeado, y que el último tercio de mi vida se pasará en paz.

Vuestra ciencia y virtud, dixo Imlac, pueden con justo motivo daros esas esperanzas.

Á este tiempo entró Raselas con la Princesa y Pehuah preguntando si habian dispuesto alguna nueva diversion para el dia siguiente. Tal, dixo Nehayah, es el estado de la vida, que nadie es feliz sino con la idea anticipada de mudanza: y la misma mudanza parece nada quando se ha conseguido, pues el deseo inmediato es mudar otra vez. No está exahusto aun el mundo; hacedme ver mañana algo que no haya visto ántes.

La variedad, dixo Raselas, es tan necesaria al contento, que aun el valle feliz me disgustaba por la repeticion de delicias y de luxo; pero á la ver-

dad no pude dexar de vituperar mi propia impaciencia, quando ví los Frayles de San Antonio sobrellevar sin quejas una vida no de uniformes delicias, sino de uniformes trabajos.

Aquellos hombres, respondió Imlac, son ménos infelices en el silencio de su claustro que los Príncipes de Abisinia encarcelados entre placeres. Á todo lo que hacen los monges, son incitados por motivos razonables y adequados. Su trabajo les suministra lo necesario para la vida; por tanto no puede ser omitido, y es ciertamente recompensado. Su devocion los prepara para otro estado, les recuerda su cercanía al mismo tiempo que los dispone para él. Su tiempo se halla distribuido con regularidad, y una obligacion sucede á otra, de suerte que no pueden quedar expuestos á las resultas de un distraimiento mal dirigido, ni á perderse entre sombras de insulsa ociosidad. Hay cierta tarea que se ha de cumplir en horas apropiadas, y están alegres entre sus afanes, porque los consideran como actos de piedad por cuyo medio van siempre acercándose á una felicidad sin término.

En fin aquellos retiros de oracion y contemplacion congenian tanto con el entendimiento humano, que habrá pocos hombres á quienes alguna vez no se les ocurra la idea de acabar su vida en un piadoso retiro acompañados de amigos escogidos é igualmente desengañados.

Tal, dixo Pehuah, ha sido muchas veces mi deseo, y he oido á la Princesa afirmar, que no quisiera morir entre el bullicio del mundo.

El uso de los placeres inocentes, prosiguió Imlac, no se puede disputar; pero es necesario exâminar quales son los placeres inocentes. El daño de qualquier placer que pueda Nehayah imaginar, no está en el acto mismo, sino en sus conseqüencias. Un placer inocente en sí puede hacerse perjudicial, apegándonos demasiado á un estado que sabemos ser transitorio, y de prueba; y apartando nuestros pensamientos de aquel á cuyo principio nos va acercando cada hora, y del que ningun espacio de tiempo nos hará ver el fin. En el estado futuro de perfeccion á que todos aspiramos habrá placeres sin riesgos, y seguridad sin sujecion.

Callaba la Princesa, y volviéndose Raselas al Astrónomo le preguntó, si podria ir dando largas al retiro que intentaba su hermana, haciéndola ver alguna cosa que ántes no hubiese visto. Vùestra curiosidad, dixo el sabio, ha sido tan universal, y vuestras solicitudes en busca de conocimientos tan eficaces, que no es fácil ya hallar novedades; pero lo que no den de sí los vivos, lo procurarémos entre los muertos. Entre las maravillas de este pais, se cuentan las catacumbas ó antiguos depósitos en que se colocaban los cuerpos de las mas remotas generaciones, y donde por la virtud de las gomas con que

se embalsamaban, yacen todavía incorruptos.

Yo no sé, dixo Raselas, qué gusto pueda dar la vista de las catacumbas; pero pues no se ofrece otra cosa, estoy resuelto á verlas, y anotaré esta con otras muchas cosas que he hecho solo por hacer algo.

Alquiláron una guardia de gente acaballo, y al dia siguiente visitáron las catacumbas. Quando tratáron de baxar á aquellas cuevas sepulcrales, dixo á Pehuah la Princesa: ahora vamos de nuevo á invadir las mansiones de los muertos; yo sé que os quedaréis fuera; cuidado que os quiero hallar en seguridad á mi vuelta. No quiero que me dexeis, respondió Pehuah: baxaré entre vos y el Príncipe.

Baxáron luego todos, y anduviéron con admiracion por aquel laberinto de veredas subterráneas, donde los cuerpos estaban colocados en hileras por uno y otro lado.

CAPÍTULO XLVIII.

Discurso de Imlac sobre las Momias.

Qué razon, dixo el Príncipe, se podrá dar de la costumbre que tenian los Egipcios de conservar tan costosamente estos cadáveres, quando algunas naciones los consumen en el fuego, otras los depositan en la tierra para que se mezclen con ella, y todos de

acuerdo procuran apartarlos de la vista luego que se puedan con decencia hacer aquellos ritos?

El orígen de las costumbres antiguas, dixo Imlac, por lo comun se ignora, pues suele continuar la práctica quando la causa ya cesó; y son vanas las conjeturas en punto de ceremonias supersticiosas, pues lo que no dictó la razon, mal podrá la razon explicar. He creido mucho tiempo que la práctica de embalsamar no tuvo otro orígen que el tierno afecto á las reliquias de los parientes y amigos; y me inclino mas á pensarlo así por parecerme imposible que este cuidado haya sido general; pues si todos se hubiesen embalsamado, hubieran llegado con el tiempo á ocupar mas lugar los depósitos de los muertos que las habitaciones de los vivos. Así, supongo que solo los ricos é ilustres eran librados de la corrupcion, y los demas dexados al curso de la naturaleza; pero se atribuye comunmente á los Egipcios la opinion de que el alma vivia todo el tiempo que el cuerpo quedaba entero, y por tanto procuraban este método de eludir la muerte.

Quedáron todos algun rato en un silencio reflexîvo, quando Raselas dixo: salgamos de este teatro de mortalidad. Quan tristes serian estas mansiones de difuntos para aquel que no supiera que nunca ha de morir, y que lo que ahora obra y lo que ahora piensa seguirá ocupando su pensamiento y las demas facultades de su alma para siempre. Estos

que yacen estendidos á nuestra vista, los sabios y poderosos de la antigüedad, nos recuerdan la brevedad de nuestro estado presente; ellos quizas serian arrebatados al tiempo que se ocupaban en elegir modo de vida.

Para mí, dixo la Princesa, la eleccion de vida se ha hecho ménos importante, espero en adelante no ocuparme mas que en elegir el camino de la eternidad.

Se diéron luego priesa en salîr de las cavernas, y baxo la proteccion de su guardia volviéron al Cayro.

CAPÍTULO XLIX.

La conclusion en que nada se concluye.

Habia ya llegado el tiempo de la inundacion del Nilo, y pocos dias despues de la visita de las catacumbas fué creciendo de tal modo, que se viéron en la precision de permanecer encerrados en su casa, y hallándose toda la region cubierta de agua, nada les convidaba á nuevas excursiones; pero como tenian buena provision de asuntos para la conversacion, se divertian haciendo comparaciones de los diferentes géneros de vida que habian observado, y de los varios planes de felicidad que habian discurrido.

Á Pehuah ningun lugar la habia encantado

tanto como el convento de San Antonio, donde el Árabe la restituyó á la Princesa, y solo deseaba llenarlo de piadosas doncellas, siendo ella Priora de la Orden. Se hallaba fastidiada de esperanzas y disgustos, y quisiera fixarse invariablemente en algun estado. La Princesa pensaba que entre todas las cosas sublunares, la ciencia es lo mejor, y así deseaba aprender primero todas las ciencias, y despues fundar un colegio de mugeres doctas en el que habria de presidir, para que conversando con las ancianas, y educando á las jóvenes, se repartiese el tiempo entre la adquisicion y comunicacion de la sabiduría, criando para la futura edad modelos de prudencia, y dechados de virtud.

El Príncipe deseaba un reyno pequeño en el que pudiese administrar justicia por sí y ver todas las partes del gobierno con sus propios ojos, pero nunca podia fixar los límites de su dominio, y siempre iba añadiendo al número de sus vasallos.

Imlac y el Astrónomo se contentaban con dexarse llevar de la corriente de la vida sin dirigir su curso á ningun puerto determinado.

De estos deseos que habian formado, bien sabian todos que ninguno se podia verificar: deliberáron algun tiempo sobre lo que habian de hacer, y resolviéron volverse á Abisinia luego que cesase la inundacion.

APOLOGÍA

DE

LAS MUGERES.

ADVERTENCIA.

Sabido es que la disputa sobre preferencia ó preeminencia de los sexôs, es uno de los asuntos de conversacion mas comunes en la sociedad.

Una vez que sostuve con particular calor esta disputa, quise referir despues á mis hijas quales habian sido mis principales argumentos, y les escribí la carta que ahora doy á el público: pero de la defensa de las mugeres pasé á notar algunos de sus defectos, y á dar tal qual consejo sobre la crianza de los hijos; en una palabra, salí casi sin conocerlo de los límites de el tema primitivo, como sucede ordinariamente en las conversaciones familiares.

Ruego á mis lectoras, que disimulen esta imperfeccion y los desaliños del estilo, en favor de mi recta intencion: y á los lectores aconsejo, que se abstengan de críticas mordaces ó impertinentes; pues confio no me faltarán en todo caso protectoras que se animen á emprender mi defensa, y si conspiran muchas á sacudir el yugo de la preocupacion

que injustamente favorece á los hombres, bien presto se verá quan poco puede el pedantismo de los que se llaman sabios contra la sana razon natural y la sencilla explicacion de las mugeres.

HIJAS MIAS:

No puedo sufrir con paciencia el ridículo papel que generalmente hacemos las mugeres en el mundo, unas veces idolatradas como deidades y otras despreciadas aun de hombres que tienen fama de sabios. Somos queridas, aborrecidas, alabadas, vituperadas, celebradas, respetadas, despreciadas, y censuradas. El mas ceñudo filósofo suele alegrarse al ver una muger hermosa; y el mas despreciable pisaverde, despues que se ha estado esmerando en atraerse la atencion de un concurso de damas, sale de allí, y á todas, una por una, las ridiculiza: se jacta de que ésta se muere por él, y que la otra rabia porque no la ha tributado obsequios: á la seria llama hipócrita melindrosa, á la alegre *Coqueta*, á la que raciocina bachillera, y á la que como él, solo trata de fruslerías ignorante, siéndolo él en extremo. Mas que digo? me quejo de la injusticia de los hombres con nuestro sexô, porque á la verdad me sobran razones; pero tambien es cierto que nosotras, por no saber usar de las ventajas que nos concedió la naturaleza, nos hemos constituido en este infeliz estado. Discurramos un poco, y veamos si me fundo.

Quando Dios crió á Eva y se la dió por com-

pañera á Adan, estaba éste en el estado de gracia; luego fué favor con que quiso Dios completar su dicha. Se dexó Eva seducir por la astucia de la serpiente, y Adan se rindió á los ruegos de la muger: pecáron ámbos, y ámbos lleváron su castigo. Dexo á los doctos la disputa de qual pecó mas, qual pecó ménos: lo cierto es que ámbos fuéron sentenciados á muerte, ámbos arrojados del paraiso, ámbos quedáron sujetos á las miserias del estado de la culpa, y á cada uno se le dió su pena particular; al hombre, que habia de ganar el pan con el sudor de su rostro, y á la muger, que con dolor pariria sus hijos. El que hubiese de estar sujeta al hombre (cosa que tanto nos echan en cara los preciados de discretos) fué una precisa conseqüencia del estado imperfecto á que quedó reducida la naturaleza humana. Miéntras duró el de gracia mandaba la razon sin encontrar repugnancia alguna; pero al pecado se siguió el desórden de las pasiones que causan la variedad de pareceres, y en esta variedad y contradiccion no habiendo subordinacion alguna, todo habia de ser precisamente disensiones, discordias y desórden. Así que, al hombre como mas robusto y que debia ganar el pan, se le encargó la proteccion y defensa del otro sexô, y á esta proteccion era consiguiente un género de gobierno. Pero de esto no se arguye desigualdad, así como no arguyen desigualdad personal, ni esencial, las varias

autoridades que conocemos en el mundo. Manda en grado superior en la milicia un mero particular á muchos Grandes que por su nacimiento y circunstancias son muy superiores á él. En la Iglesia, en la Toga, en todas clases sucede lo mismo; y bien se guardaria en estos casos el superior de decir soy mas que fulano, porque mi empleo es superior. Asignó Dios á cada sexô sus destinos, y conforme á ellos les dotó de aquellas propiedades que les convenian. Al hombre le dió la fuerza: á la muger la perspicacia, y como de genio mas blando y flexîble, dispuso fuese su voto el segundo en las consultas. Sin embargo, no se halla en ninguna parte que prohibiese el que mandára soberanamente, pues vemos y se han visto en todos tiempos Reynos gobernados por mugeres con mucho acierto y felicidad. Que el mayor talento esté anexo á la mayor robustez, es idea de que se reirá toda persona juiciosa; aunque no faltan necios, que para sostener su pretendida superioridad, lo defienden. Pero compárese un gañan forzudo é ignorante con un hombre de buena educacion y estudioso, aunque de complexîon delicada, y se verá que si se ponen á luchar vence el gañan; pero si á discurrir, el estudioso. Nos sacan á cada paso á colacion la ignorancia de las mugeres, su velcidad, su amor á las bagatelas, su curiosidad, su vanidad, su falsedad, &c; sin

embargo que todos sabemos que están prohibidos muchos libros que en nuestros tiempos han salido, los que, siguiendo en esta parte la doctrina del Alcoran, niegan á las mugeres la igualdad del alma racional. Es ciertísimo que en el modo con que se discurre y habla de nuestro sexô, son comunes tales máxîmas, pues nos tratan muchos hombres ó como criaturitas destinadas únicamente á su recreo y á servirlos como esclavas; ó como monstruos engañosos que exîsten en el mundo para ruina y castigo del género humano. Injusticia fuerte! Notable desvarío! Digan los hombres lo que quieran, las almas son iguales; y si por la mayor delicadeza de los órganos, son las mugeres mas aptas para un género de aplicacion, y los hombres por su mayor robustez para otro, nada prueba esto contra nosotras, pues no es la abeja entre los volátiles ménos apreciable que el buytre, aunque éste sea sin comparacion mas grande y forzudo; ni la oveja ménos que el leon, pues miéntras éste solo se ocupa en destruir y devorar, sirve aquella al hombre mansamente con alimento y vestido. La abeja gobierna su colmena y la llena de delicada miel y utilísima cera, miéntras el buytre anda vagueando para buscar entre crueldades su pasto. Vamos claros: los vicios ó defectos que se suelen hallar en las mugeres ya están dichos. Rara, rarísima es la que cae en aquellos

enormes que se encuentran en los hombres muy comunmente, y que son difíciles de numerar; y por eso quando los robos, los asesinatos, la embriaguez, el juego que arruina las familias, la disolucion, el atrevimiento, el desprecio de las leyes, y otros delitos semejantes se encuentran alguna vez en las mugeres, causan grande horror, por ser tan agenos de su natural. Me dirán que los amores ilícitos son tambien comunes en las mugeres, y no lo negaré; pero con dificultad se hallará una encenagada en tan torpe vida, que si se llega á indagar el principio de su desgracia, no se encuentre haber sido los engañosos halagos de algun malvado. Perdida ya la estimacion, la misma desdicha en que se ve constituida la arrastra á seguir, las mas veces con repugnancia, aquella mísera carrera. Me redargüirán con que esta moda tan introducida del cortejo no la siguen por necesidad. Yo que soy ingénua, responderé con vivo dolor de mi corazon que es verdad; y por esto dixe al principio, que nosotras mismas, por no saber usar de las ventajas que nos concedió la naturaleza, nos hemos constituido en este infeliz estado. Sí, nosotras tenemos la culpa. Fuimos criadas para el noble destino de madres respetables de familia, y esposas que con la afabilidad del trato ayudasen á sus consortes á llevar la pesada carga de los cuidados de esta vida; y aquellas cuyo genio y circunstancias separan del yugo del matrimonio están destina-

das á conservar el buen órden en las casas de sus padres, hermanos, y parientes, pues dificilmente se encontrará casa bien gobernada y arreglada que no lo sea por muger. ¿Por qué, pues, hemos de poner nuestra gloria en ser celebradas de los hombres por nuestras prendas exteriores; y que esta mal fundada ambicion cause tan constante rivalidad entre nosotras, que el que se precia de político, si alaba á alguna en presencia de otras tiene cuidado de decir *mejorando lo presente?* Por eso comunmente empiezan los hombres á obsequiar á unas censurando y ridiculizando á otras, valiéndose de esta tan vergonzosa debilidad para engañarlas. Y á tanto llega nuestra flaqueza, que por mas que digan los hombres que las mugeres solo se adornan por parecerles á ellos bien, es muy cierto que qualquiera pone mas cuidado en prenderse quando ha de presentarse en un concurso de Señoras que quando ha de ir á donde no haya mas que hombres, pues no ignoran que á estos con ménos trabajo parecen bien; pero la propension que las mas tienen de satirizarse unas á otras, las hace temer su mordacidad, y esmerarse en evitarla. Arduo empeño á la verdad, y orígen de infinitos males! Á este deseo de sobresalir se debe el luxo excesivo que consume los caudales mas crecidos. Infinitas, sí, infinitas conocen y lamentan en su corazon estas conseqüencias, y quisieran cercenar sus gastos; pero ¡ó desgracia de nuestra natu-

raleza! (aquí hablo tanto con los hombres como con las mugeres) tememos mas la nota de ridículos, que la de viciosos, y arrebatados así del torbellino del mundo, pasamos la mayor parte de la vida haciendo lo que la razon condena, y no quisieramos hacer, y dexando de hacer lo que aprobamos y deseamos; y para no parecer inconseqüentes, defendemos en lo exterior lo que nuestro interior condena. Ponga cada qual la mano en su pecho, y á ménos que no sea alguno de aquellos ó aquellas que jamas pensáron, concederán que hablo la pura verdad.

Veamos el modo con que generalmente se crian las mugeres. Apenas empiezan á pronunciar y andar quando ya se les habla de hermosura, de garbo, y aun á muchas, por chiste, de cortejo, cuya doctrina suelen algunas entender ántes que la christiana. Aprénden á leer y escribir, y esto no todas, pues hay en España padres tan necios, aun de aquellos muy preciados de caballeros, que se resisten á que sepan escribir sus hijas, con el pretexto de que seria facilitarles correspondencias amatorias. ¡Que desvarío! Como si en caso que se inclinasen á tales veleidades les pudieran faltar Secretarios! Concedamos, pues, que las mas aprendan á leer mascado y hacer garabatos, pero letra clara, ortografía, estilo, eleccion de libros.... de eso no se trata. Comedias á centenares, algunas novelas y tal qual

vida de Santo, este es el cúmulo de su erudicion. Aprenden en su primera edad aquellas labores mugeriles que en todas y en qualquiera clase parecen bien en todos tiempos, pero generalmente es como por tarea y de mala gana, acostumbrándose sus oidos muy temprano á conversaciones en que se tratan las tareas domésticas de las mugeres como asuntos solo dignos de espíritus apocados, ó de personas de ménos que mediana esfera; y al mismo tiempo oyen celebrar el buen gusto en el vestir de ésta, lo que lució aquella en el bayle, y los corazones que estotra arrastra por donde quiera que pasa.

Llega á un pueblo una forastera y oye que lo primero que se pregunta es, si es bonita, si es petimetra; pero nunca si es entendida, si es juiciosa. Lo mas celebrará alguno su agudeza, donayre, y chiste, que exâminado despacio, será quizás bachillería, fruslería, altivez, y descaro. Si por el contrario tiene algo de cortedad ó timidez, luego la motejan de tonta. Bueno es un cierto despejo en el modo de presentarse y hablar; pero esto se adquiere con el trato de gentes y el tiempo, y no tendré por tonta á una Señorita de poca edad que se turbe al encontrarse con gente que no acostumbra tratar. Con gusto leí en Feijoo que nunca hizo buen concepto de muchacho en quien advirtió frente muy osada. Y si de los muchachos se dice esto, ¿qué dirémos de nuestro sexô cuyo amable carácter es la

modestia? ¿Á quien no encanta un semblante que con facilidad se cubre del carmin de la vergüenza? Vamos claros, el amor propio nace con nosotras como con los hombres, y por mas que nos digan que la virtud se debe seguir porque es apreciable, y que todo bien se debe obrar sin pensar en aplauso ni vituperio; sin embargo, el deseo de aquel y la repugnancia á éste permanecen siempre en el corazon humano. Digo mas, que en el dia en que se llegasen á desarraigar estos dos principios de las acciones, y plantar en su lugar una entera indiferencia acerca de la opinion del mundo, nos inundára el torrente de la maldad, de suerte que los pocos, si los hay, que desnudamente aman la virtud por lo que es en sí, tendrian que huir á los montes. He dicho si los hay, pues en realidad estoy léjos de mirar como vicio una noble emulacion, y un justo y moderado cuidado de conservar la honra.

Sentada, pues, esta basa, digo que las gentes naturalmente se inclinan á aquello que desde sus tiernos años oyéron celebrar, y huyen de lo que oyéron vituperar y mofar. Por tanto las impresiones que he dicho se les dan generalmente á las mugeres desde el principio son contrarias á su propia felicidad, á la de su familia, y al bien estar de la sociedad humana. Y esto es evidente, pues toda su exîstencia se pasa en ser, quando niñas, juguetes de sus padres y familias, y en llegando á la edad florida,

idolillos vanamente adorados y ofuscados con el mismo incienso que se les tributa. Que anhelo para sobresalir unas entre otras! Que envidia, que rabias quando ven en otra mejor vestido, mejor peynado que el que tienen, ó pueden tener! Que aflicciones quando un cortejante las dexa por otra! Que lamentos quando su peluquero no llega á tiempo, ó no las ha peynado con aquella perfeccion que querian! Y que angustia si en medio de esto vienen unas desgraciadas viruelas á desfigurar aquel semblante que idolatran con muchas mas veras que los pisaverdes que se lo están diciendo á cada instante! Y al fin, el reynado de la hermosura de todas suertes es brevísimo: se va insensiblemente marchitando esa flor, y entónces ¡que de afanes para conservarla! que medios para disimular los estragos del tiempo! Mas á pesar de sus esfuerzos, llegan los dias en que por mas que les pese, el mundo las desengaña. Ya no ven en los semblantes aquel agrado que causa la vista de una hermosura: ya no oyen celebrar como gracias aquellas fruslerías que realzadas por su belleza, parecian donayres y agudezas: en fin ya se fué el esmalte, y no queda mas que el valor del metal. ¡Desdichadas si este es de baxa calidad! Ya no hay quien las corteje: sus maridos se fastidian de ellas, sus hijos no las respetan, son objeto de burla, y pasan el resto de sus dias entre vapores y murmuraciones. Felices si á este de-

sengaño sigue el entregarse á la virtud; pero la lástima es que la que en tiempo no se acostumbró á hacer reflexîones útiles, es difícil que en estas circunstancias las haga capaces de darla serenidad y paz de ánimo. El consuelo de la amistad se les niega porque en tiempo no apreciáron este don del cielo. Nada tienen que esperar de los hombres, pues huyen de ellas, ni de las de su sexô, porque las jóvenes se vengan de lo que por envidia las murmuran, haciendo burla de sus canas; y sus contemporáneas están hechas á mirarlas como competidoras, y la amistad no es fruto que brota, florece, y madura en breves dias.

Pero quan distinta es la suerte de una muger acostumbrada á conocer su alma, á usar de su razon, y á no dar á las prendas exteriores mas valor del que se merecen! Aun en sus floridos años, quando todo conspira á desvanecerla tiene presente que durará poco su hermosura, y que los que mas la obsequian, si advierten que se complace en sus adoraciones, se jactarán de una correspondencia que no hay, ó se vengarán, si no les corresponde, con las sátiras mas mordaces: ella sabe hacer justicia al mérito de otras mugeres, y es amiga verdadera de sus amigas, disimulando sus defectos ¿pues quién no los tiene? Dura cosa es que viva nuestro sexô privado de la única satisfaccion que hay en el mundo, que es la de una sincera amistad. Esta es rara sin du-

da, pero la hay, y afirmo que el natural de las mugeres es mas propenso á ella que el de los hombres. Me dirán que hay en las historias algunas noticias de amistades heroycas entre hombres, y no de amistad fina entre mugeres; pero esto no hace fuerza. Son pocas las amistades firmes de los hombres, y por raras se han señalado. Por otra parte, como los hombres están mas expuestos al teatro del mundo, salen á luz muchas acciones suyas que aunque en las mugeres las hay igualmente heroycas, como no interesan al público, quedan sepultadas en el olvido. Nadie me negará que no cabe verdadera amistad sino se funda en la virtud, y es cierto que comunmente se pone mas cuidado en inspirar á las mugeres amor á la virtud, y horror al vicio. Ademas su genio mas blando, flexîble y benévolo las inclina naturalmente á la amistad. Por desgracia estas bellas disposiciones las vician temprano ó el mal exemplo, ó el esmero de los hombres en atraer su voluntad; de suerte que se vuelve pasion que aflige, lo que era semilla de felicidades. ¡Quantas niñas contraen entre sí en sus primeros años un cariño que les causa infinitas satisfacciones! Pero esto dura hasta que entran en la palestra del mundo, donde nunca faltan hombres frívolos que se divierten en desunir aquellos cándidos corazones, trayendo y llevando chismes, y ensalzando á la que tienen delante á costa de la que está ausente; y como nada hiere mas á un corazon

sincéro que la falsedad, la persuaden á que la que tenia por amiga la vende; y esto basta para que se desprenda de todas, ó si conserva algunas que llama así, es solo por razon de estado, á fin de que no falten concurrencias donde divertirse y lucir. Pero las que se crian con sólidos pensamientos, se avergüenzan de la envidia, y se precian de reconocer el mérito de las otras. Si en esto quieren decir que entra vanidad, será porque manifiestan su discernimiento. Pero como aman sinceramente á su sexô, celebran á todas aquellas que poseen qualidades dignas de aprecio: saben lo que pueden contribuir á la reforma de las costumbres: desean que todas conozcan su valor y que no limiten su ambicion á tan baxo punto como el de ser cortejadas de los hombres, los quales generalmente persuadidos de que á eso aspiramos, van perdiendo insensiblemente el respeto que nos tenian en aquellos tiempos en que nos miraban como mas altivas. No soy amiga de citar á cada paso tiempos antiguos, pues sé que siempre hubo en el mundo bueno y malo; pero es comun opinion que ménos de medio siglo hace no habia tanto de esto que se llama marcialidad, y no servian de diversion en los corrillos de muchos jóvenes los nombres de Señoras, aun las mas distinguidas, inventando pasages que nunca hubo, y jactándose de preferencias que nunca lográron. No faltará quien á esto pregunte si han de volver á vivir encarceladas las mugeres.

Estoy muy léjos de pensarlo, pues jamas se podrá llamar buena la que solo por miedo, ó falta de ocasion dexa de ser mala. No, hijas mias, son mas nobles mis ideas: nuestro pundonor, nuestro juicio han de ser las únicas cadenas que nos sujeten; pero vamos claros, guardémonos de este duende, que baxo los títulos de Chichisveo, Cortejo, &c. se ha ido introduciendo en la sociedad, siendo peste de ella, y ruina de la paz de las familias. Creo que el mayor número de las que siguen esa perniciosa moda, solo lo hacen llevadas del vano deseo de sobresalir fomentando por la frívola educacion que se les acostumbra á dar; pero sin embargo, no hay duda que entregadas una vez á semejante distraccion se avergüenzan de retroceder, y pierden el gusto á aquellos placeres mas sencillos, inocentes y durables que produce el interior de una familia bien arreglada, y el trato racional y amistoso de una sociedad de gentes juiciosas y agradables. Y en pago de esto ¿qué alcanzan sino ser el objeto de una fingida ó inconstante adoracion, y el platillo de las conversaciones de las gentes? Los hombres que se dedican al papel de cortejantes llevan envuelta en sus aparentes rendimientos mas malicia de la que comunmente sospecha la que los oye. ¡Quantos entran llenos de sumision y luego se portan como dueños no temiendo dar muestras de su mala condicion aun á los criados de la casa! Fuerte cosa es

que de tal suerte tiranice la moda á algunas que teniendo muy á mal que un marido las quiera gobernar, ó ponga algun reparo en su conducta, sufren que un cortejo se atreva á mandar muchas veces hasta en los asuntos interiores de la familia, y si se muestra enojado no saben como darle satisfaccion bastante! Intolerable cosa es sufrir á un marido zeloso, impertinente, vicioso, &c. &c. pero al fin hay la esperanza de que con la paciencia y la maña se podrá mudar; y sobre todo es virtud el tolerarlo, y esto sirve de consuelo. Pero tolerar á un tirano que solo porque conoce un corazon flaco (y por tanto lo desprecia) se atreve á hablar en tono de autoridad, y se quiere hacer temer, es baxeza, es vileza, es.... que sé yo. Creanme todas: si es casada la que sigue la moda del cortejo, busca sin duda satisfaccion, y esta la tendrá solo aquel corto tiempo que la deslumbre su vanidad, pues muy pronto se cansarán, ó ella de él, ó él de ella, y luego todo se vuelve enfados. Y precisamente ha de ser así si ámbos son de espíritu frívolo; y si Madama tiene entendimiento presto se fastidiará de un Adonis preciado de su linda figura; y del mismo modo si él tiene algun talento le ha de cansar muy pronto la repeticion de bagatelas y monadas. Y entónces ¿qué han de hacer? Si se dexan de cortejos, dicen las gentes que es á mas no poder, y si van de uno en otro no cesan de motejarlas de liviandad.

Si una soltera da en esa manía va enteramente errada, pues si su idea es encontrar marido, sepa que el que mas obsequio la haga, será el último que de veras piense en casarse con ella; y por mas que se lo dé á entender no lo crea, pues aunque la dé conversacion en todas partes, y la siga como á su sombra, luego que vea que se dice entre las gentes algo de casamiento, se irá desviando con maña; y aun dirá con mucha cachaza á qualquiera que se lo pregunte, que nunca tal pensó, y que no es culpa suya que las gentes hablen sin motivo, ó que la Señorita se lo consintiese. Creanme: es el hombre de tal condicion que donde encuentra facilidad se fastidia. Sea una Señorita afable con todos en general, pero silla á silla siempre esquiva, siempre rezelosa, siempre incrédula. Sepan que es idea general entre los hombres, que con Señoritas no puede haber mas conversacion que enamorar, hablar de modas, y murmurar de otras mugeres; y que si á las arengas amatorias que tienen siempre prontas se les contexta con agrado y no se corta la conversacion quedan consentidos de que aquel corazon es suyo; y raro será el que le falte algun confidente á quien contar la conquista que ha hecho. En fin, estén ciertas de que las que mas cortejos tienen tarde ó nunca se casan, ó casan mal.

Pero ¿qué precision hay de que se casen? ¿Por qué se ha de mirar como desairada la que lle-

gó al tiempo de ser lo que vulgarmente llaman *Tia*? Viven infinitos hombres, (y aun muchos á quienes sobra caudal para mantener con decencia una familia) largos años solteros, diciendo que no quieren perder su libertad, y que temen encontrar con muger impertinente, zelosa, tonta, &c. De todo esto hay, es verdad: mas tambien hay infinitas capaces de hacer feliz la suerte de qualquier hombre sensato. Pero de estas, la una les parece fea, la otra no tiene bastante caudal, ésta sabe mucho, aquella es ignorante, una es muy niña, otra no lo es bastante: valgate Dios por mugeres y que perfecciones se exîge de ellas, y un hombre aunque sea viejo, feo, y mentecato le parece que tiene derecho para pretender, si tiene caudal, aun á la muger mas perfecta. Y lo peor es que hay muger que censurará á una pobre niña porque cavila y se detiene en admitir el partido que se le presenta, sin hacerse cargo de que donde hay discernimiento cuesta mucho el vencerse á tomar por compañero y cabeza de su casa, á quien no se puede mirar, no digo con amor, que es pasion poco durable, pero ni aun con aquel aprecio que se convierte en amistad firme. Los hombres tienen la ventaja del uso establecido de que á ellos toca pretender, y el que pretende elige donde ha de dirigir su pretension. Á nosotras toca solamente admitir ó negar. Y si aunque sean muchos, no llega uno que agrade y convenga, ¿no será mu-

cho mejor quedar solteras, que exponerse á entregar su libertad á quien les repugne? ¿No seria esto engañar al pretendiente, y exponer á grandes riesgos su dicha en esta vida y en la otra? ¿Hay tormento mayor que el vivir siempre con quien se aborrece? Y si á esta natural aversion con que se tomó el yugo matrimonial, se sigue encontrar un genio imperioso, impertinente, zeloso, gastador, vicioso, jugador, &c. ¿no es infierno temporal muy próxîmo á precipitar en el eterno? Me dirán que tambien están expuestos los hombres á encontrar mala suerte, y es mucha verdad; pero si quieren caminar con juicio y cautela no tienen tanto riesgo. Ademas, no se me puede negar que la muger que dió con mal marido tiene mas que sufrir que el hombre con muger pésima, pues no está obligado á parar en casa quando no le agrada, sino á las horas precisas. Entra y sale, hace viages, se hace sordo á sus voces (si es de las que la levantan) y tiene mil modos, si quiere, de sujetarla. Pero la infeliz muger ¿qué recurso tiene? Quanto mas prudente es, mas sufre y padece. Se vió obsequiada, acariciada, seguida por un hombre rendido mientras la pretendia, y luego que se ató el fatal nudo, se encuentra con un tirano que hasta sus pensamientos quiere gobernar.

Pero dicen comunmente, aun gentes sensatas, que para los hombres hay diversos destinos; mas que para las mugeres no hay sino dos, pues han de ser

ó monjas ó casadas. ¡Máxîma perniciosa, erradísimo concepto que es causa de infinitos casamientos disparatados é infelices, y de que se vean tantas arrepentidas! En toda la conducta de nuestra vida nos es necesaria la prudencia, reyna de todas las virtudes, pero en nada mas que en la eleccion de estado. Esta prudencia nos dice que ántes de determinar consultemos á Dios por medio de la oracion, á nuestros padres, ó los que hagan sus veces, á nuestro director, y á nuestro propio genio y propiedades. Ello es cierto y cosa sentada que en quanto al matrimonio no nos toca solicitarlo; pero sí el estado de religiosas en caso que nos hallásemos con vocacion verdadera, la que se ha de exâminar mucho ántes de emprehenderlo. Pero estemos ciertas de que no nos llama Dios al matrimonio mientras no se nos proporciona casamiento adequado á nuestras circunstancias. Yo estoy firmemente persuadida de que una de las principales causas de la perversidad de costumbres, conseqüencia pésima de la mala educacion que se da generalmente á los niños, es la ligereza con que suelen contraer muchos este tremendo lazo. La codicia, la ambicion, la vanidad intervienen solas en los que son tratados por los padres para sus hijos, ó en los que estos en edad de reflexîon, pero imbuidos de las máxîmas reynantes del siglo, tratan para sí; al paso que otros los forma no mas que un ciego impulso de amor. ¿Qué crianza

pueden dar á sus hijos unos consortes sitiados siempre de la hambre y de la necesidad de las cosas mas precisas; los que en sus casas vivian quando no con grandeza, á lo ménos en aquella abundancia correspondiente á su estado, y ahora unidos todo se les va en pensar como conseguirán el pan del dia; y en cada hijo que les viene tienen un nuevo motivo de angustia? Sino llegan á fastidiarse uno de otro será mucho; pero aun quando no llegue este caso, no pueden tener aquella serenidad de ánimo que exîge el cuidado de formar el corazon de sus hijos, cuidado que principalmente pertenece á los padres, y que ha de empezar casi desde la cuna. No pretendo por esto que sean los padres sus únicos maestros, pues aunque muchos lo dicen y lo escriben, la práctica hace ver su imposibilidad. Maestros hay de primeras letras y sucesivamente para lo que les convenga aprender en sus primeros años segun las circunstancias en que se hallen, ó el destino que tengan; (aunque á la verdad en esto hay trabajos en muchos pueblos de España, debiéndose en gran parte atribuir al poco aprecio con que se acostumbra mirar á un maestro de escuela, lo qual es causa de no aplicarse á tan útil y respetable ocupacion gentes que sean suficientemente capaces.) Pero estudiar el genio de los niños, acostumbrarlos temprano á reprimirlo, darles ideas de rectitud, de veracidad, de compasion, de caridad, de beneficencia,

en una palabra, de amor á lo bueno, y horror á lo malo; esto, vuelvo á decir, lo harán los padres sin mucho trabajo como estén de acuerdo. Por desgracia se suele equivocar la idea de educacion, tomando muchas veces lo accesorio por lo esencial. Piensan muchos que quien no aprendió á hacer la cortesía á la francesa, baylar con primor, presentarse entre gentes con despejo, hablar varias lenguas, conversar á la moda, &c. aunque tenga infinitas qualidades excelentes, varios conocimientos útiles, un corazon recto y desinteresado, y gran fondo de religion, es hombre mal educado, porque quizas sus padres, aunque no despreciaban estos adornos, no tuviéron caudal ó proporciones para dárselos; pero en recompensa procuráron darle caudal de sólidas virtudes, para hacerle ciudadano útil y capaz de presentarse delante de qualesquiera gentes sensatas, aunque delicadas, supliendo la falta de otras lecciones con aquel fondo de juicio que les hace hallar el modo de agradar con la suavidad de su trato.

Pues qué dirémos de los casamientos tratados con mucho aparato, si acierta á unirse un Adonis preciado de su persona con una esposa igualmente satisfecha de la suya: si dos niños: si viejo zeloso con *Coqueta*: si.... pero dexemos esto: ello es cierto, ciertísimo que los hijos quando advierten discordias entre sus padres (y lo reparan mas temprano de lo que se piensa) les pierden fácilmente el res-

peto, y perdido éste, no les hace tanta impresion la enseñanza, ni los documentos que les oyen. Por otra parte, los casados disgustados con su suerte, hasta de sus hijos se fastidian, y por tanto los entregan del todo á ageno cuidado sin exâminar siquiera si los Maestros y Ayos son para el caso. Sean de moda, estén bien recomendados, esto basta. El niño saldrá bien ó mal criado segun la suerte haya querido sean sus Maestros. Es innegable que las primeras impresiones las reciben los hombres de las mugeres á cuyo cuidado están enteramente sujetos hasta los cinco años por lo ménos. ¿Quién ha manejado niños que no haya observado que al año ó ántes empiezan á discernir, y si se les riñe por algo, se acuerdan, ó si los celebran repiten aquellas monadas con gracia? Sobre este principio es fácil concluir que el tiempo de la infancia es el que se ha de aprovechar para poner en aquellos tiernos corazones los cimientos de todas las virtudes, y que mediante este cuidado, que debiera ser nuestro, se podia seguir mucha reforma en las costumbres. Hagámonos á contemplar encerrada en su débil cuerpecito una alma, imágen de su Criador, y destinada á poseerle eternamente: y al paso que trabajamos en criarlo saludable y hermoso, tratemos con mayor esmero en arrancar quanto sea posible las semillas de los vicios de su entendimiento. Valgámonos para esto de la mayor industria, sirvámonos del exemplo, y de

las diversiones, y en lugar de los cuentos desatinados con que se les entretiene, contémosles siempre historias verdaderas, pues tan lindamente se entretendrán refiriéndoles la creacion del mundo, y otros pasages interesantes de la Historia Sagrada, que qualquiera persona de regular crianza debe saber, como con las patrañas de gigantes, enanos, brujas, encantos, &c. de que se les llena la cabeza. De este modo llevarán la ventaja de almacenar verdades que hacen amar la virtud, y temer á Dios. Aquí entraba bien un tratado de educacion, pero bastantes hay escritos. El caso es elegir los buenos, y no preferir lo brillante á lo sólido, escollo en que nunca se tropezó mas que en estos tiempos. Empecemos desde luego con espíritu de religion: sean las máxîmas fundamentales la verdad, la fidelidad, la docilidad, y la aplicacion: tengamos por cosa cierta, y hablo por experiencia, que se les imprime mas á las criaturas qualquiera máxîma hablando delante de ellas como sino se advirtiese que estaban presentes, que en dos horas de amonestacion que se les haga directamente: haya cuidado de no proferir delante de ellas máxîmas peligrosas ni aun en chanza, pues en aquella tierna edad no son capaces de discernir, y todo lo que oyen se les imprime, ya sea crítica de personas eclesiásticas y religiosas, ó de prácticas de devocion, aunque no sean las necesarias. De todo esto se ha de hablar en su presencia

con suma veneracion y respeto, pues demasiado expuestos estarán en el discurso de su vida á perder el afecto á su religion. Y en un tiempo que se va haciendo moda reirse de lo mas sagrado es menester trabajar constantemente en que eche el espíritu de piedad profundas raices en aquellos tiernos corazones. Algunos que escriben de crianza, empiezan poniendo todo su conato en persuadir á las madres á que alimenten á sus hijos con su propia leche. Tienen razon, pero no es justo traten de malas madres á todas las que no lo hacen. Muchas hay cuya constitucion delicada no las permite tolerar los trabajos de tal empeño, y yo he conocido algunas á quienes costó la vida. Lo peor es que algunos maridos que leen los tales tratados, el primero, y á veces el único punto á que se aficionan es ese, teniendo valor de ver á sus pobres mugeres pasar postemas de pecho, inapetencias, y otros males, sin querer que se remedien. Las infelices sienten todavía mas la dureza y falta de compasion de sus maridos, que el mismo mal que padecen; y quanto mas entendidas y de mas finos sentimientos, mas se afligen. Este es ciertamente un punto que se deberia dexar á la prudencia y conciencia de la misma que lo ha de sufrir. Por otra parte, ¿cómo me probarán que siempre ha de ser mejor al niño la leche de su madre, si ésta es de complexîon poco sana (y muchas lo empiezan á ser luego que se casan, por culpa de

los Señores mios)? Ha y que bien vendria aquí la fábula del hombre y el leon paseándose en una galería de pinturas. Rara vez escriben las mugeres, y ya es asunto de moda entre los modernos eruditos escribir sobre la crianza física de los niños, sacando siempre la grave falta de las mugeres que no dan de mamar á sus hijos; pero ninguno he visto que toque la inhumanidad de los hombres que habiendo vivido una vida desenfrenadamente viciosa pasan sin escrúpulo á contraer matrimonio con una sencilla paloma, cuyo semblante á muy pocas semanas manifiesta la impiedad del que la ha contaminado y de resultas á todos sus descendientes. No quiero extenderme mas: harto he dicho, y oxalá me entendieran y me creyeran. Ciertamente perjudica mas esto á la sociedad que el que algunas mugeres (que siempre son en corto número) por alguna sobrada delicadeza dexen de criar sus hijos, pues generalmente la que busca ama, la busca sana y de buenas propiedades: y afirmo que hay muchas que no pueden criar y son excelentes madres de familias. Seria alargar este discurso mas de lo que me permite el tiempo y la idea que me he propuesto, el responder á todo lo que afirman sobre esto los modernos Escritores de crianza física. Mas bien suplicaria á algun facultativo imparcial que escribiese sobre las varias enfermedades que padecen las que crian, y sobre los medios de precaverlas y curarlas. Vol-

vamos á mi tema principal de que se forme temprano el corazon de los niños, procurando desarraigar las semillas de los vicios, é inclinándolos á la virtud. Para que la madre sepa hacerlo seria menester que fuesen las mugeres algo mas instruidas de lo que por desgracia se pretende. He oido á algunos Reverendos de bonete y capilla, á pretendidos filósofos y á doctos decir que basta que la muger sepa coser, gobernar la cocina de su casa, y rezar, que lo demas es en ellas bachillería. Falta la paciencia para oir desatino tan garrafal. Pues que, ¿todos los hombres á quienes diariamente oimos discurrir sobre asuntos políticos, Historia, Artes &c. han estado en colegios, ó seguido estudios? No por cierto: muchos ni palabra de latin saben: y muchos adquirié-ron la tal qual instruccion que tienen en edad casi adulta, porque sus padres no supiéron, ó no tuvié-ron proporcion de darsela quando se criáron. Pero llegó el caso de acercarse á gentes cultas, les vino el deseo de poder tener parte en las conversaciones, lográron buenos libros; se aplicáron á leer, y con esto y el trato de buenas compañias se disipáron las nieblas de la ignorancia que ofuscaban su entendimiento, y hablan en las concurrencias sin recelo de que se traten de bachillerías sus discursos, teniendo siempre el cuidado de no dar voto en lo que no entienden. Pues si con solas aquellas luces naturales tales quales Dios se las dió, se les admite en qual-

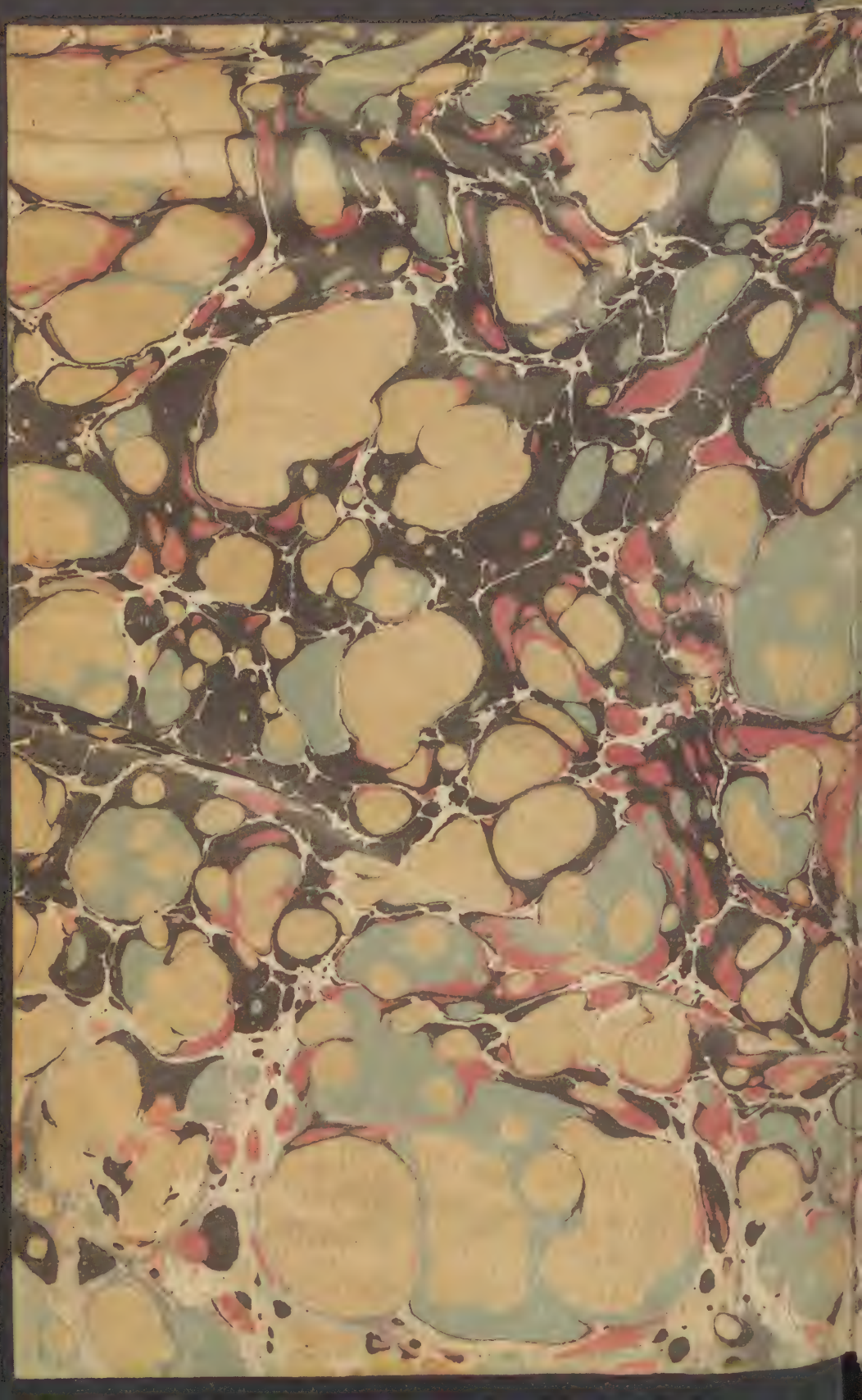
quiera conversacion, quisiera saber qué ley hay, en qué tiempo se promulgó ó por quien para que las mugeres estén siempre reducidas á tratar de sus modas, cintas, flores, &c. ¿Por qué ha de ser su única conversacion el cortejo, la murmuracion, las reyertas de su casa, y el mostrar su erudicion en punto de cocina, vanagloriarse de su gobierno doméstico, celebrar las gracias de sus hijos, y las mas finas tratar del bayle, juego, paseo, comedia, &c? Hay en una sala seis, ú ocho Señores y otras tantas Señoras, y si se suscita alguna conversacion racional habrá tal vez alguna que guste de ella; pero las mas, ó empiezan á bostezar, ó suscitan entre sí alguno de los asuntos caseros, ó frívolos que he apuntado, y no dexan de mirar con algun ceño á la que se arrimó á los Señores, porque como están en posesion de ser ignorantes, les hace sombra la que no lo es. Los hombres en general las quieren ignorantes porque solo así mantienen la superioridad que se figuran tener. Y no es mucho piensen comunmente de este modo, quando un ingenio como el Marqués de San Felipe en su Monarquía Hebrea, hablando de Débora, Juez de Israel dice: *para que todo sea en las mugeres riesgo hasta lo que saben lo es. No faltó Filósofo que dixo que era en la muger la ciencia imperfeccion: como las dominamos es criándolas ignorantes.*

Yo quisiera desde lo alto de algun monte don-

de fuera posible que me oyesen todas darles un consejo. Oid mugeres, les diria, no os apoqueis: vuestras almas son iguales á las del sexô que os quiere tiranizar: usad de las luces que el Criador os dió: á vosotras, si quereis, se podrá deber la reforma de las costumbres, que sin vosotras nunca llegará: respetaos á vosotras mismas y os respetarán: amaos unas á otras: conoced que vuestro verdadero mérito no consiste solo en una cara bonita, ni en gracias exteriores siempre poco durables, y que los hombres luego que ven que os desvaneceis con sus alabanzas os tienen ya por suyas: manifestadles que sois amantes de vuestro sexô, que podeis pasar las horas unas con otras en varias ocupaciones y conversaciones sin echarlos ménos: y entónces huirán de vosotras los pisaverdes, y los hombres frívolos: ninguno de estos buscará vuestro trato porque perderá la esperanza de engañaros con fingidas adoraciones; pero los sensatos, los de crianza verdaderamente buena se hallarán bien en vuestra compañia, os respetarán, os estimarán; tendreis la gloria de reformar las costumbres haciendo amable la virtud; irá decayendo el luxo: vuestro exemplo hará moderados á los hombres: vuestros maridos os amarán y apreciarán: vuestros hijos os venerarán: vuestros hermanos se tendrán por dichosos con vuestro trato: viviréis felices quanto cabe en el mundo, y moriréis con la gloria de dexar una posteridad virtuosa.

CORRECCIONES.

Pag.	*Lin.*	*debe decir.*
15	9	la ignorancia de la niñez ni la imbecilidad de la decrepitud.
110	28	quedase
112	28	una
113	5	los que no contentos
115	2	cautivas
id.	id.	entregarlas.



A 040 (a) / 231
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600704212
i25040637

HISTORI

DE

RASELAS

colorchecker CLASSIC
calibrite
mm